

ALFAGUARA

Demencia

Eloy Urroz



ALEAGUARA

Demencia

Eloy Urroz



Demencia

Eloy Urroz

Demencia

ALFAGUARA


SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleermex](#)



[@megustaleermex](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*a Jorge Volpi y Pedro Ángel Palou,
el criminal y el demente, mis secuaces,
porque, como dice Pavese,
“un hombre como yo sólo trabaja cuando
tiene amigos que lo comprenden”*

Sentía como si poco a poco hubiese ido ingresando en una suave pesadilla en que todo era irreal y absurdo.

ERNESTO SÁBATO,
Sobre héroes y tumbas

Meditation on inevitable death should be performed daily. Every day when one's body and mind are at peace, one should meditate upon being ripped apart by arrows, rifles, spears and swords, being carried away by surging waves, being thrown into the midst of a great fire, being struck by lightning, being shaken to death by a great earthquake, falling from thousand-foot cliffs, dying of disease or committing seppuku at the death of one's master. And every day without fail one should consider himself as dead.

YAMAMOTO TSUNETOMO,
Hagakure. Book of the Samurai

1

Néstor y yo conversamos hasta la una y media de la tarde. De hecho, sólo había venido a dejarme el primer capítulo de lo que, me dijo, era su nueva novela, algo bastante torvo y siniestro, por lo que no tuve otro remedio que dejar el repaso de las tres sonatas para más tarde. Debían ser, pues, algo así como las doce pasadas cuando llegó con las hojas impresas. Se le veía jubiloso, festivo. Nos tomamos dos expresos, que no hicieron, a la postre, sino agitarlo más; me contó un par de cosas relacionadas con el intrínquilis de su novela y al final se marchó sin decirme adónde iba y sin contarme *eso importante* que me quería contar...

No fue sino hasta las dos y cuarto que recibí la llamada de Rogelio Ricart, a quien no había visto desde el martes anterior, el día del asesinato de la adolescente. Sonaba irritado, irascible casi. Su voz, habitualmente tranquila, estaba muy alterada. Le pregunté si quería pasarse aunque sabía que no debía hacerlo: tenía encima el compromiso con Daniela a las tres en el Schweik para luego ir a ensayar a su casa las Opus 30.

—Estoy allá en veinte minutos —me amenazó—. No te muevas de allí.

Eso hice: no me moví hasta que escuché el timbrado de la puerta y no el del interfono que está en la cocina, pero no era él; se trataba de mi vecina, una anciana de 75 años y cabello totalmente cano, quien deseaba saber si el agua se me había ido *también*. Sí, eso dijo: *también*, como si tuviesen que ocurrirme las mismas calamidades que le ocurrían a ella. Contrariado, fui al baño, luego a la cocina, verifiqué que corriera el agua y volví a la puerta a decírselo. No estaba. Ni siquiera se había despedido. Irritado, volví al sillón, lo recliné al máximo y me puse a releer ese inicio de relato que me había impuesto mi amigo en lugar de sacar el violín y repasar algunas partes flojas del scherzo de la segunda de las tres sonatas.

A sólo cinco minutos de haber empezado sonó el timbre otra vez, pero no era el de la puerta, sino el de la calle, un piso más abajo. Era Ricart. Le abrí, subió por las escaleras, cruzó el umbral sin verme y me soltó a bocajarro:

—¿Sabías que Néstor sale con mi hermana?

Me quedé de piedra.

—¿Cómo iba a saberlo? —respondí.

—¿No te lo dijo?

—No...

—¿Lo has visto?

—No —mentí casi involuntariamente.

Se quedó callado, pensativo, dando vueltas por la sala, yendo de un lado para otro. Parecía una fiera herida, vapuleada. Tenía el pelo alborotado sobre la frente, unas cuantas gotas de sudor le perlaban las sienes mofletudas. Vi que miraba el legajo de hojas que, por fortuna, había dejado boca abajo. De pronto se acercó a echar un vistazo, pero me interpuso:

—Pero si Viviana tiene novio... —exclamé.

—No sale con Vivi, güey.

—¿Cristina?

—Sale con Marisa... Le lleva once años.

No salía de mi estupefacción.

—Lo raro es que no te lo haya dicho.

—Resulta que Marisa está perdidamente enamorada de él.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Viviana y luego me lo confirmó Marisa cuando se lo pregunté. Incluso me he enterado que iban a ir a comer esta tarde...

Caí redondo: por eso la intempestiva escapada de Nes después de verificar la hora y dejarme sus malditas hojas impresas. Nunca me contó *eso importante* que me quería contar.

—¿Y cuándo empezó todo? —pregunté.

—No sé. Muy poco. Un par de meses, creo.

—No creo que debas preocuparte más de la cuenta.

—Marisa es una niña. Nunca ha tenido novio... y ahora viene a enamorarse de ese pelafustán once años mayor que ella.

—No exageres.

—No me digas que le presentarías a tu hermana.

—No tengo hermanas.

—Por fortuna para ti.

—Pero si la tuviera —mentí— no lo vería mal, a pesar de que, como dices, pueda parecer peligroso.

—Ese es mi punto: Néstor es peligroso y es mucho mayor que ella. Dos amenazas.

—No lo es si ha decidido salir con la hermana de su mejor amigo. Es distinto, Rogelio...

—Él no es mi mejor amigo —rectificó—. Al menos me lo debió haber avisado...

—¿Pedirte permiso?

—Estoy hablando en serio...

—Pero si apenas empezó todo, ¿cuándo te lo iba a contar?

—Tiene 17.

—Tampoco es una niña —adujo en su defensa.

—Néstor tiene 28.

—Mi tío Pepe también le lleva once años a su mujer y son muy felices...

—Eso sucede en provincia; no aquí, Fabián —y luego añadió como si se tratara de un augurio—: A menos, claro, que el hijo de puta la embarace.

—Tampoco exageres.

Guardamos silencio. Yo, por supuesto, no lo quería romper, deseaba mantenerlo o cambiar el tema de la charla.

—¿Y cómo van esas sonatas? —dijo, por fortuna.

—Más o menos.

—¿Beethoven?

—Sí.

—¿Cuándo es el recital?

—El jueves próximo. No faltes. Y, porfa, avísale a tus padres.

—Mi madre no va a ningún lado y a mi padre prefiero no verlo —y luego añadió—: Te llamó Hernán Badillo, supongo.

—Sí, gracias por el contacto. Va a pagarnos muy bien.

—¿Tocarás con Daniela otra vez?

—Justo iremos a ensayar esta tarde a su casa...

—¿Y ésas son las partituras? —preguntó señalando las hojas impresas,

vueltas hacia abajo, desparramadas sobre el sillón.

—No.

—¿Qué son?

No podía seguir mintiendo:

—La nueva novela de Nes.

—¿Y qué tal?

—No la he leído.

—¿O sea que lo has visto?

—Sí, estuvo esta mañana, pero sólo vino a traerme esas hojas. Nada más —aclaré con cierto malestar.

—¿Y no te dijo nada de Marisa?

—Nada, te lo juro —me sentí un imbécil redomado—. Te lo diría.

—¿Y por qué me dijiste que no lo habías visto?

—Cuando me soltaste que salía con tu hermana, no supe qué decir. No quería echarle más leña al fuego. Estabas un poco alterado, Rogelio.

—No es para menos. Néstor tiene una hija con su ex novia de la prepa. Antes tuvo otro con la criada y a eso añádele que se acuesta con quien se deje y le presentes. ¿Tú crees que Marisa va a ser la excepción? ¿Y si la embaraza? Evidentemente no tienes hermanas, Fabián. Lo defiendes como si fueras su abogado...

—No me dijo nada. Salió de aquí como una flecha —insistí—. ¿Quieres un expreso?

—No, me tengo que ir —respondió yendo a la puerta enfurecido—. Te dejo con tus malditas sonatas...

Salió en estampida como un toro herido en el testuz. Eso parecía: ancho de hombros, gordo, sin demasiado cuello y ojos pequeñitos. Un toro de lidia. Era obvio que mi pequeña mentira le había caído como balde de agua, y no era para menos: Néstor era un cabrón y nadie en su sano juicio querría que su hermana (mucho menos la más pequeña) se enamorara de ese bribón con dos bastardos encima...

Me senté en el sillón reclinable, apunté la luz de la lámpara de base e intenté empezar a leer ese inicio de novela: no pude. Terminaba un párrafo y volvía a empezar. No conseguía concentrarme más allá de las primeras líneas. Dejaría la lectura para otro día; ahora mismo no paraba de pensar en Néstor y

Marisa, en la obvia diferencia de edades, en lo que podía o no ocurrir, en el peligro y osadía al seducir a la hermana de Rogelio. En eso Ricart tenía razón, era una imprudencia... pero ¿por qué Néstor no me había dicho una palabra?

Me levanté para cepillarme los dientes: aún sentía los sedimentos del café. Estaba asqueado, pero ¿de qué exactamente? ¿Del expreso? ¿De mi mentira? ¿De Néstor seduciendo a Marisa o de mí mismo que no podía dejar de sentir un poquito de envidia a pesar de todo? A mí también me gustaba la hermana de Ricart. Delgada, acaso demasiado delgada, de ojos negros achinados y cabello negrísimo, ondulado, hasta los hombros, siempre se le veía alegre e inquieta, llena de curiosidad por la vida, aparte de ser una insaciable lectora... Era eso, sí. Al final, los libros de Néstor la embaucaron y no mi música. Pero tampoco había hecho un solo gesto o movimiento en todos estos años, jamás me hubiese atrevido: no era el hecho de que fuera una adolescente todavía o que la hubiese visto crecer, sino que era la hermana de mi mejor amigo.

Mierda. No había agua para cepillarse: se había ido *también*. Aún tenía el cepillo dispuesto con pasta mientras pensaba machaconamente en Néstor y Marisa. No salía una gota del grifo. La vieja del 4 tenía razón. Fui a verificar si salía del lavabo de la cocina, y nada. Luego fui a checar el baño del cuarto de la servidumbre —vacío e inutilizado— y tampoco salía una sola gota. Debía haberse ido en todo el edificio, pensé. Decidí ir a preguntárselo a la misma anciana de enfrente. Salí de mi departamento y toqué su puerta. Nada. Esperé un rato y volví a tocar, esta vez más fuerte.

Por fin apareció, demacrada, reseca, en sus eternas chancletas de hule amarillo.

—¿Sabe? —le dije al verla en el umbral, desgñada—. Tenía usted razón: se ha ido el agua.

—¿De qué habla? —me dijo enfadada hablándome de usted, aparentando no reconocermelo a pesar de habernos visto cien mil veces en los pasillos.

—Soy su vecino, ¿recuerda? Fabián Alfaro, el violinista.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿de qué tenía razón?

—Del agua —insistí—, se ha ido.

—Pero si yo tengo agua. No he tenido problemas.

—¿No vino a preguntarme si yo tenía agua?

—¿Cuándo?

—¿Cómo cuándo? Hace media hora.

—Está usted chalado, Fabián. Yo no he ido a su casa nunca y el agua aquí sale muy bien.

Desconcertado, le pedí si podía ir a verificarlo, y eso hizo medio contrariada, arrastrando sus chancletas y recogiendo el escaso pelo cano. La oí abrir el grifo de la cocina: escuché el agua caer, salpicar con fuerza en el lavabo de zinc. Sí había agua en casa de la anciana del 4. El agua debía haber vuelto apenas, colegí. Por fin regresó la vieja con la información que yo, por supuesto, ya sabía; le di las gracias no sin antes volver a preguntarle si de veras no recordaba haber ido a mi departamento a preguntarme lo mismo que yo le había ido a preguntar sobre el agua.

Lo negé rotundamente y cerró dando un portazo bastante descortés.

Volví a mi departamento y de inmediato pude escuchar, a lo lejos, el agua salpicar el lavabo: había dejado la llave abierta. Eso era. Tenía agua, podía cepillarme los dientes y largarme a comer con Daniela. Eran las 2:45 y nuestra cita era a las tres. A pesar de las prisas, dos asuntos, dos banalidades, me atormentaban: Néstor y Marisa, por un lado, y la peculiar visita de la vieja del 4. ¿Había venido a mi casa, lo había soñado o la pobre anciana padecía Alzheimer? ¿Estaría Néstor comiendo con Marisa, como ella le dijo a su hermano, o estarían en su casa en la Condesa como no me quiso decir y yo me sospechaba? ¿Por qué me preocupaban dos asuntos que francamente no me incumbían?

Metí las partituras dentro del estuche del violín, cerré la puerta con doble llave y me dirigí al Café Schweik a pie. No era lejos desde mi departamento, cinco o seis cuadras hasta topar con la Avenida Insurgentes, y de allí dos calles más hasta dar con el Parque de los Muertos. Al entrar al restaurante sentí la fresca bocanada de aire acondicionado. Sudaba; afuera hacía un calor atroz, presagio de lluvia en verano. Miré al cielo: nubes negras en la esquina y abajo la calina y el tráfico, el fuego del asfalto y el ensordecedor crujir de los motores encendidos.

Busqué a Daniela entre las mesas. No estaba por ningún lado. Volví a dar una segunda vuelta mirando en cada rincón hasta que el capitán, notando mi desazón, me preguntó si deseaba una mesa. Sí, le contesté, pero busco a una persona. Miré mi reloj: eran las tres pasadas.

—¿Ya subió al segundo piso? —me preguntó—. Hay una señorita

esperando...

—Gracias —le dije, y me dirigí a las estrechas escaleras al fondo del restaurante. Subí.

Sola, en la última de las mesas pegada al largo ventanal, mirando a Insurgentes, la vi de espaldas. Me acerqué sin hacer ruido. Pensé sorprenderla, asustarla o hacerle cosquillas en la espalda. Estaba por hacerlo cuando giró de pronto: no era Daniela. Qué hermosa, pensé al toparme con sus ojos negros y profundos, su sonrisa iluminada.

—Disculpa —dije a metro y medio de distancia—. Te confundí. Estaba buscando a una amiga y por un momento pensé que eras tú.

—Buscas a Daniela, supongo...

—Sí —dije atónito.

—Soy Herminia, su hermana —me dijo estrechándome la mano—. Me pidió que viniera. Tú debes ser Fabián Alfaro, el famoso violinista.

—Sí, pero no soy famoso —dije halagado, cogido fuera de guardia.

—Encantada... Siéntate —ordenó empujando una silla.

—Gracias —respondí, y añadí de inmediato, intrigado—: No sabía que Daniela tuviera una hermana. Nunca me lo dijo.

—Media hermana —precisó—. Tenemos el mismo padre, y aunque no lo creas, tenemos la misma edad.

Me quedé de piedra. No entendía por qué me contaba esto si apenas la conocía, si en mi vida la había visto.

Sin ponerme a reflexionar en su pequeño exceso, solté:

—O sea que...

—Sí —me interrumpió, riéndose—, mi papá, es decir, su papá, tenía una amante: mi madre... Pero eso no importa, nos llevamos muy bien y somos casi idénticas. Bueno, ella trigueña y yo morena, pero somos idénticas de carácter. Y también toco el piano, no te preocupes...

—Pero ¿y Daniela dónde está? —pregunté, pues ahora no sólo estaba preocupado por mi pianista sino por la nueva hermana de mi pianista que insinuaba (¿de qué otra manera entenderlo si no?) convertirse, a partir de este momento, en mi acompañante al piano, mi dueto para el ciclo de la UNAM la próxima semana.

—Se tuvo que ir a Nueva York —dijo, y después agregó con ojos llenos

de una oscura luz que, por extraño que parezca, tenía algo de monstruoso o terrorífico—: Algo muy malo le ha pasado, pero no puedo decírtelo. Ella te lo dirá cuando vuelva. Sé que ustedes tenían pocos días para ensayar las tres sonatas de Beethoven, ¿no es cierto? Si no te importa, lo haremos tú y yo. Las conozco bien. Mi versión favorita es la de Grumiaux y Haskill, aunque las más recientes de la Pires y Augustin Dumay no se quedan atrás...

—No, no... —la interrumpí—. También la de Grumiaux y Haskill es mi favorita. Del 55.

—No, las Opus 30 las grabaron en el 57 —me corrigió—. Pero no me has dicho si te importa que lo hagamos juntos...

—Por supuesto que no —dije, no muy seguro de saber lo que estaba aceptando.

Apareció el mesero y preguntó si estábamos listos para ordenar, a lo que Herminia respondió que yo apenas había llegado, aparte de que ni siquiera nos habían traído el menú. ¿Cómo diablos pediríamos algo?

—No lo necesito —intervine—. Quiero una ensalada mixta y una copa de vino blanco bien helada.

—Y yo lo mismo —dijo Herminia, y volviéndose hacia mí, exclamó—: ¡Pero qué calor hace!

—Insoportable.

—Parece que va a llover...

—Y bueno —arremetí—, ¿cuándo te podré ver tocar?

—Hoy mismo. Vivo atrás del parque, en Poussin. Podemos irnos caminando. Tengo un salón enorme y veo que trajiste tu violín.

Señaló mi estuche de piel sobre la tercera silla de la mesa.

—Es curioso... —dije de pronto.

—¿Qué?

—Que tu hermana no me hubiera dicho una palabra; ni un correo, ni una llamada, y que aparte vivamos tan cerca uno del otro. ¿No te parece?

—¿Y dónde vives tú?

—En Pallares, a seis o siete calles de aquí, pero justo al otro lado de tu casa. También yo vine caminando... Se suponía que tu hermana y yo íbamos a ensayar las tres sonatas esta tarde...

—Pues lo haremos nosotros. Si te defraudo, puedes cambiarme por otra.

—Tú también puedes cambiarme —dije por cortesía, pues ambos sabíamos que sin mí no habría recital en la sala Carlos Chávez la próxima semana.

A partir de que pagamos y salimos del Café Schweik, todo lo sucedido esa tarde fue, poco a poco, tornándose levemente extraño, diría incluso que turbio o hasta un poco anormal, si no es que ya lo había sido desde que la conocí, desde que la vi de espaldas y la confundí con Daniela, su media hermana. No estoy seguro de si ya llovía o si el chaparrón nos alcanzó al llegar a su casa con balcones volados al otro lado del inmenso parque vacío. Estábamos, por supuesto, empapados al llegar a Poussin e intentar guarecernos en el alero mientras Herminia abría el pesado portón de madera. Ninguno había traído paraguas; no obstante, yo había protegido mi violín con una bolsa que me ofrecieron en el restaurante antes de partir.

No había nadie en su casa y no supe si vivía sola o con alguien, tampoco se lo pregunté. Creo que iba a hacerlo, pero algo instintivo, de última hora, me frenó. ¿Tenía miedo a enterarme de algo nocivo? ¿Presagiaba lo que ocurriría esa noche? No lo sé. Tampoco vi muchas fotos en el estudio donde ensayamos. Las pocas que alcancé a mirar (cuidadosamente enmarcadas) eran, sobre todo, de animales, muchos animales: cachorros, unos gatos siameses, un hurón, un canario en su jaula, una tortuga inmensa... En una de ellas vi a una mujer de pie, rodeada por un centenar de palomas en la Plaza de San Marcos; en otra, esa misma señora abrazaba a una Herminia adolescente: probablemente sería su madre, pensé; es decir, la amante del padre de Daniela, si me atenía a esa extraña explicación de esta perfecta desconocida con la que tocaba las tres sonatas Opus 30 de Beethoven... Sí, eso era Herminia: una extraña con una complicada historia que de repente aparecía en un restaurante donde yo tenía una cita con otra mujer esa misma tarde de aguacero; una hermosa morena de mi edad que, quizá, se parecía a Daniela, mi compañera pianista desde hacía tres años, pero que no dejaba de ser, a pesar de todo, una persona de la que nunca había oído hablar en mi vida. Sólo tenía su palabra y mi buena fe para aceptar que lo que me contaba era cierto. Su palabra, sí, y el hecho de estar sentada en el Schweik esperándome a las tres en punto de la tarde. Y claro: sabía mi nombre y apellido, pensé entre brumas mientras ensayábamos la primera de las tres sonatas. Herminia sabía mi nombre, Herminia me estaba esperando, sabía que tarde o temprano aparecería, me conocía de oídas, tenía una historia que la conectaba con

Daniela y ahora Daniela estaba, según ella, en Nueva York por un motivo que no podía contarme, algo muy malo, había dicho con un anillo de misterio en las pupilas, un halo que en ese momento más bien me pareció una suerte de luz cenicienta, una chispa que no supe si reflejaba sincera piedad o un reprimido destello de enfado hacia esa repulsiva media hermana, quien desgraciadamente no podría acompañarme en la Carlos Chávez del Centro Cultural Universitario, quien no podría tocar las sonatas por las que ya me habían dado un anticipo, y quien, para colmo (discurría esto, claro, de manera fragmentaria, irracional) no lo hacía nada mal, incluso mejor que Daniela, con su mismo enérgico carácter, tal y como Herminia prometió en el restaurante, con la misma intensidad cuando había que atacar los allegros y con idéntica, suave, languidez cuando teníamos que prolongar la melancolía de los adagios, en especial el de la segunda sonata. Parecía que lo hubiésemos ensayado cien veces... Todo esto ocurría, por supuesto, de modo turbio y bajo una capa finísima de incertidumbre, pero en ese momento sólo presentía su inverosimilitud de manera inadecuada, a ramalazos, según me lo permitía la música, el furor, los golpes del arco restañando sobre las cuerdas del violín al lado de la bella Herminia de satinada piel morena que tocaba justo como yo quería, sin que tuviese que corregirla o pedirle que se detuviera o adelgazara un acorde o repitiera un fraseo.

Cuando salí de su casa, era noche entrada y había escampado. Recuerdo el húmedo silencio del Parque de los Muertos al cruzarlo, los árboles fantasmagóricos y el fragoroso aroma a eucalipto, mis pasos hollando la hojarasca, la soledad y las formas oscuras, sugerentes, de la noche; recuerdo haber subido, casi a tientas, la escalinata que lleva a la pequeña plaza dedicada a María Dolores del Río; recuerdo haber cruzado el reloj floral al lado del asta bandera; aún revivo el pánico que me asaltó al pensar de nuevo en mi osadía, la temeridad que implicaba cruzar un parque peligroso a medianoche: no me fueran a asaltar o a golpear por la espalda, no fuesen a asesinarme como a esa adolescente que mataron la semana pasada a cuchilladas. Sólo más tarde recapacité en lo irresponsable que había sido al no permitir que Herminia llamara a un taxi de sitio cuando me ofreció hacerlo, la candidez que había mostrado al beberme las dos botellas de Ribera que descorchó sin avisarme: la primera a mitad del ensayo, y casi de inmediato la segunda; luego, ya un poco ebrios, nos metimos dos pastillas y todavía más tarde vino la manzana que acuciosamente taladró con un lápiz por un lado y por encima, extrayendo el hueso y las semillas, poniendo en su

lugar un trozo de papel aluminio en forma de embudo al que luego puso, con mano experta, briznas de olorosas hierbas. Las encendía con un largo cerillo de cocina y fumábamos de manera alternada, riéndonos. Repetía el ritual una y otra vez entre nuevos sorbos de vino. Hacía mucho que no fumaba marihuana; era claro que había perdido la costumbre. El ritual me retrotraía a una época lejana con Rogelio y Néstor, agazapados los tres en una callejuela oscura de Guanajuato durante el Cervantino o en la casita del árbol de hule al fondo del jardín de los Ricart. A partir de que empezamos a inhalar (o desde que nos acabamos la primera botella), me sentí en total relajamiento, sentado, fumando o viéndola fumar, diciendo alguna cosa sin sentido o respondiendo alguna necesidad. Me veía, me escuchaba, pero era otro distinto el que hablaba por mi boca. Ella también era distinta: se parecía mucho más a Daniela de lo que al principio había notado. Era morena y Daniela era trigueña, pero eran idénticas o al menos así me lo pareció en ese momento. La manzana taladrada pasaba de sus manos a las mías, lo mismo que el vino y otras vez las malditas pastillas de éxtasis... No sé sin embargo cuándo vinieron las caricias y los besos en la piel, luego el juego de los besos en la comisura de la boca, a ver quién aguantaba más. Tengo viva la acidez en la lengua y tengo fresca en la memoria la tersa sensación de sus piernas morenas entrelazando las mías, los rasguños, el instante de miedo, no suyo, el mío...

Me levanté de un salto cuando me mordió casi con ímpetu, y sangré. Lo supe porque me toqué la herida y probé la sangre con la yema de los dedos, lo adiviné a pesar de las penumbras que regían esa casona adonde habíamos ensayado muchas horas, conversando de música, de Harnoncourt y Beethoven, de Sibelius y Bartok, de Yervinyam y Joshua Bell, de sonatas y cuartetos, del amor y la locura del que se enamora, bebiendo, luego fumando, otra vez besándonos con ardor enloquecido... Recuerdo que al cruzar el tenebroso parque, antes de topar con las luces y el neón de la Avenida Insurgentes, esa isla habitada al otro lado de la casa de Herminia en Mixcoac, sentí o imaginé unos ojos taladrados como la manzana, unos orificios que me perseguían en la oscuridad, presentí un cuerpo ligero (un espíritu maléfico) que, acaso, pretendía escabullirse entre las sombras de los setos y las reproducciones arqueológicas desparramadas por doquier: la efigie zapoteca y la maya, la cabeza totonaca, la huasteca... Giré varias veces sin desacelerar el paso, tratando de no confundir las figuras prehispánicas allí sembradas con personas de carne y hueso. Tropecé imbécilmente con algo, pero jamás caí. Mi violín, sujeto a mi espalda, estuvo a punto de zafarse, pero lo ajusté sin

perder el ritmo. Ahora sé que mi propia imaginación desbordada me había tendido una trampa, mi propio espurio miedo me acechó esa noche, probablemente el recuerdo del asesinato de la joven la semana anterior, mi turbación al ver la súbita violencia con que Herminia quiso despojarme de la ropa, la fiereza con que me bajó el cierre en un santiamén y luego empezó a morderme el cuello como una poseída... Todo eso aglutinado, apelmazado... Acaso por esa nimiedad (el zíper y la mordedura) tuve miedo al principio, por eso la huida de su casa, la fuga de sus brazos y sus piernas recias entrelazándome cuando pude haberla amado y no lo hice por algo parecido al horror, el vértigo al vacío que emanaba de su cuerpo tendido, su cuerpo maravilloso, iluminado, entregado. Herminia era un abismo ofrecido y esto, por absurdo que suene, me aterró como al niño le aterran las historias de hadas y maleficios. Luego contraí ese espanto como se contrae un virus y me lo llevé conmigo al parque, lo arrastré mientras hollaba la hojarasca e imaginaba los huecos de unos ojos taladrados o un cuerpo siguiendo las huellas del mío, mi carrera sobre el césped y los charcos, mi prisa por tocar Insurgentes y sentirme a salvo otra vez... ¿de qué o de quién?

Una vez hube alcanzado el adoquinado, supe que ya no debía preocuparme, podía respirar en paz. Me fui calmando mientras caminaba. Luego pensé que lo ocurrido era absurdo y pueril, lo más ridículo que había vivido. Había actuado como un niño escapando de su casa. ¿Miedo de una mujer? ¿Espanto por una simple mordedura en los labios? ¿Desde cuándo, Fabián? ¿Pavor de las manos de una desconocida bajándome el zíper del pantalón, dispuesta a hacerme el amor sin apenas conocerme? ¿Temor, yo? Había actuado impulsiva, ingenuamente, era claro. Empezaba a arrepentirme cuando, en una callecita cerrada detrás de Insurgentes, llamaron mi atención las luces de un pequeño bar que no había visto antes, El Tepe, invitándome a entrar y tomarme el último trago de la noche. Lo necesitaba.

Aunque rendido y con ganas de llegar a casa, la ordalía merecía una reflexión, una mínima concatenación de eventos, sin contar con la súbita sed que se había apoderado de mí. Culpa de tanto vino tinto y las putas pastillas, pensé.

Entré. No había nadie dentro salvo una pareja besándose en un rincón, un guitarrista cantando una balada de Rocío Dúrcal y un hombre sentado al otro lado de la barra bebiendo. Me senté lo más alejado posible del hombre. El cantinero se acercó y de inmediato pedí un Chivas puesto con mucho hielo. Se dio la media vuelta y yo cerré los ojos para despejarme, para comprender

(acaso más claramente) lo ocurrido esa larga tarde de aguacero, esta noche...

—¿Qué tal el chaparrón?

Era el hombre de la barra, quien sigilosamente se había venido a sentar a dos taburetes de distancia de donde yo estaba: con mi fatiga encima, eso era lo último que yo quería a esa hora de la noche. Necesitaba destensarme, olvidarme de Herminia y ponerme a pensar en Néstor y Marisa, en Rogelio Ricart y en su padre, don Eulalio, en Daniela y su extraña desaparición, en mí mismo, pero en lugar de todo esto, tenía a este imbécil sentado a mi lado, un individuo flaco y sin años, sin rostro, ni siquiera sé si con un pequeño bigotito ralo o eso me lo inventé (otra vez) más tarde. En todo caso, el hombre me dijo en un susurro:

—Mire, nadie sabe a ciencia cierta lo que pasó la semana pasada en el parque.

No entendí una palabra. ¿De qué mierda hablaba? Di un sorbo a mi Chivas y me volteé a decirle:

—Pero ¿de qué habla usted?

—Del asesinato, por supuesto. Yo lo vi... Aunque estaba muy oscuro...

—¿Qué asesinato? —lo interrumpí.

—Yo sé lo que pasó; si quiere se lo cuento...

Aterrado, saqué un billete y lo dejé sobre la barra. Sin despedirme, salí de allí corriendo. Lo siguiente fue una larga, delirante caminata por las calles mojadas bajo el ruin alumbrado eléctrico hasta llegar a mi edificio, exhausto. Recuerdo el insufrible olor a carne podrida al subir las escaleras y entrar en mi departamento. Recuerdo abrir mi laptop mientras me desabotonaba la camisa luego de haber abierto mi bandeja de entrada como hago cada noche antes de irme a la cama y por fin leer, fulminado, el correo de Daniela: “¿Qué pasó contigo, Fabián? Estuve esperándote en el Schweik hasta las cuatro y media y no llegaste. Terminé comiendo sola. Supuse que algo te habría ocurrido y me fui a casa a ensayar yo sola las sonatas. Nos queda poco tiempo. Escríbeme en cuanto puedas y dime qué día te conviene que nos reunamos. Un beso, Daniela”.

La cabeza empezó a darme vueltas. Parecía una especie de trompo, una canica de vidrio jaspeado dentro de un contenedor. El Chivas, el vino, el éxtasis, la mota, Herminia y el maldito parque embrujado, Néstor y Marisa copulando en mi imaginación, el hombre de la barra asesinando a una joven

entre los setos del parque, mi huida de la calle Poussin y el pueril miedo que sentí a partir del beso sangrante, todo entremezclado giraba a gran velocidad... Pulsé la tecla para responderle, pues los párpados se me caían de fatiga y alcohol: “Estuve en el Schweik esperándote, pero conocí a Herminia, tu hermana. Me dijo que no vendrías, que debía ensayar las sonatas con ella a partir de ahora. Que no volverías de Nueva York en mucho tiempo, que algo muy malo te había sucedido, pero que ella no me lo podía contar. ¿Dónde estabas tú sentada? Y dime ¿quién diablos es Herminia? Nunca me contaste de ella. Un beso y mil perdones, Fabián”.

Eran las tres de la mañana cuando, por fin, rendido y ofuscado, caí en el sofá de mi sala muerto de cansancio.

El olor, la peste, me despertó. No es cierto: fueron las voces primero, una estridente sirena en la calle, el inconsolable llanto de una mujer, el ruido resonando dentro del edificio. ¿Qué diablos pasaba allá afuera?

Con trabajos me rehíce y restregué los párpados. Me ardía la cabeza; presentí el cuello torcido por la mala posición elegida, la incomodidad de haber pasado la noche sobre un sofá y no haberme metido en la cama; la resaca, la travesía por el Parque de los Muertos en la noche, El Tepe y el hombre sin rostro en la barra vacía; mi estrepitosa salida de esa cantina y aun peor: mi intempestiva huida de casa de Herminia tras los golpes de marihuana a través de la manzana, las pastillas, el vino y el conato de coito, interrumpido, claro, por mi ñoñería.

Me acerqué a la laptop, la abrí y encontré la respuesta de Daniela en mi bandeja de entrada: “No tengo hermanas, Fabián. No sé quién es Herminia ni de qué diablos me estás hablando. No me fui a Nueva York. Estuve esperándote en el Café Schweik y nunca llegaste. Qué poca tienes. Invéntate mejores pretextos la próxima vez. Daniela”. No había terminado de leer el correo cuando escuché, estridente, el maldito timbre que sonaba, y esta vez no venía del interfono de abajo, sino de la puerta, allí mismo, a dos pasos de donde aún me hallaba petrificado con la inesperada información de ese email. No podían ser Rogelio ni Néstor, reflexioné. ¿A esta hora? Imposible. Vi mi reloj: las 7:50. Esos dos debían estar durmiendo, reflexioné al tiempo que el timbre volvía a sonar, esta vez con inusual persistencia. Abrí la puerta y el olor de la noche anterior vino a desperezarme, lo mismo que la mirada inquisitiva de dos hombres parados en el umbral. Detrás de ellos, un paramédico, una mujer, dos hombres y una camilla, ruidos y ajeteo, personas

ajenas al edificio, una barahúnda mezclada con la inmarcesible peste venida de quién sabe dónde. La puerta de la anciana del 4 estaba abierta: gente salía y entraba.

—Buenos días. Somos los agentes Juan Carlos Niño y Marcos Toledo —dijo uno de los dos mientras el otro extraía la ya conocida placa charolada de la Procuraduría. Me la puso frente a las narices, lo que provocó que no pudiera leer absolutamente nada.

¿Qué querían estos mamarrachos?, pensé. Uno de ellos era bajito, muy bajito, pecoso y con cara de niño: ése era el que había hablado. Ése debía ser Juan Carlos Niño. El otro, su comparsa, era un tipo moreno, tirando a delgado y bastante narizón —la nariz picada de viruela se destacaba del conjunto—. Sus ojitos eran, a pesar de todo, agradables: sonrientes y pizpiretos, pensé con alivio.

—¿Cómo se llama?

—Fabián Alfaro.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Mucho tiempo.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—Tres años —dije, y añadí—: Pero ¿qué pasa?

—Llevamos a cabo una averiguación previa —dijo Toledo—. ¿Conocía usted a la señora Ofelia Martínez?

—¿La anciana del 4?

Los dos asintieron.

—Sí, por supuesto —dije, y de inmediato corregí—: bueno: no, pero sé quién es...

—Dirá usted que sabía quién *era*, pues la anciana está muerta... —dijo Niño con tono suspicaz.

—¿Muerta?

—Sí. Lleva dos meses muerta, señor, aquí enfrentito de la casa de usted... ¿No se había percatado de la peste? ¿Le falla el olfato?

—No me había dado cuenta sino hasta ahora —y otra vez corregí, nervioso—: Bueno, ayer por la noche, ya tarde, cuando llegué a casa, noté un olor, es cierto, pero no lo había notado antes.

—¿O sea que sólo hasta ayer empezó a notar este maldito olor a podrido?

Me parece increíble... ¿No te lo parece a ti, Marquitos?

—Sí, suena increíble... —Toledo se sonrió al repetir, él mismo, el estribillo.

—¿Cómo podría haber notado nada si apenas la vi ayer a mediodía? —dije, arrepintiéndome en el acto, por supuesto.

—¿Cómo que la vio? —dijo el inspector Toledo, ahora sí completamente azorado.

—Vino a mi casa a preguntarme si se me había ido el agua *también* —no tenía nada que temer, me dije: simplemente contaría la verdad.

—¿Esta seguro que estamos hablando de la misma persona? —recapitó Niño obviamente desconcertado.

—Sí, la anciana del 4. Vino a mi casa y me preguntó por el agua y luego desapareció.

—¿Cómo que desapareció? —insistió Niño.

—Quiero decir que cuando volví a la puerta para decirle que sí tenía agua, ella ya no estaba.

—Suena a un sueño suyo o una alucinación —dijo Toledo enfático, y agregó—: Venga, por favor. Acompañenos.

—¿Adónde? —dije asustado.

—Aquí nomás, no se preocupe —insistió Marcos Toledo—. Queremos que reconozca el cadáver, a ver si estamos hablando de la misma persona.

Y sin esperar a que asintiera, Toledo me cogió del brazo, lo mismo que Juan Carlos Niño: ambos me llevaron (casi me empujaban) al departamento de enfrente, el número 4, desde donde venían algunos ruidos, murmullos de personas intercalándose, acaso un paramédico, otro policía, un fotógrafo, un perito, quién sabe cuántos más...

Tirada en el piso de azulejos de su estrecha cocina (igual a la mía), estaba la anciana con sus chancletas de hule amarillo que no se quitaba jamás. Su carne era, no obstante, verde. Quiero decir, el color de su piel era verde oliváceo y despedía un fuerte olor a podrido, un tufo que jamás había percibido en la vida... hasta ayer por la noche que había vuelto del parque y de casa de Herminia.

—¿Es ésta la señora Martínez, su vecina?

—Sí. Es ella.

Todo el mundo enmudeció al oírme identificar el cadáver: sentí sus miradas encima, ponderaban mi sinceridad, mi cordura o mi demencia, quién sabe.

—Según Gama —le dijo Niño a Toledo o me dijo a mí señalando a un hombrecillo acuclillado junto al cuerpo—, esta mujer lleva por lo menos cincuenta días en descomposición, ¿cómo, pues, pudo verla usted ayer?

—No tengo idea —repetí—. ¿Cómo voy a saberlo?

—¿Cómo va usted a saberlo? —se burló Toledo con sus pequeños ojos pizpiretos—. ¿Pues cómo que cómo?

—Exacto —añadió Niño, molesto y ufano—. ¿Cómo que cómo? Primero nos dice que no notó ningún olor en dos meses y ahora nos sale con que la vio ayer...

—Y no sólo eso, señores: volví a verla de nuevo —dije atolondrado: quería callarle la boca al imbécil de Niño y por su culpa me estaba yendo de la lengua—. Al salir del departamento, antes de partir a una comida que tenía, hacia las dos cincuenta, fui a preguntarle si se le había ido el agua.

—¿No dijo usted que fue ella la que vino a preguntarle si se le había ido el agua?

—Sí —balbucí—, pero quiero decir que primero ella vino y después fui yo.

—¿Y por qué fue usted a buscarla si ya nos dijo que sí tenía agua?

—Porque cuando más tarde quise cepillarme los dientes, el agua se me había ido *también*. Entonces pensé en ir a verificar con la anciana si a ella se le había ido el agua.

—¿O sea que primero usted tenía agua y la señora Martínez no tenía y luego usted ya no tenía agua y por eso vino a buscarla?

—Exacto.

—¿Y qué le dijo?

—Que sí tenía agua.

—¿Y qué más?

Estaba a punto de decirles que la anciana me había jurado que ella nunca había ido a mi casa a preguntarme por el agua como yo argumentaba, pero el confesarlo se hubiese vuelto en mi contra, me convertiría en un perfecto orate a quien ni siquiera una anciana muerta y en estado de descomposición le daba

el más mínimo crédito. Sí, contarle tal y como había ocurrido suscitaría, acaso, como resultado, el que yo, Fabián Alfaro, estuviera delirando... o de plano mintiendo a los agentes. Por eso decidí callarme la boca. Por eso ya no quise añadir una palabra.

—¿Y qué más? —insistió Toledo sacándome de mis cavilaciones.

—Es todo.

—¿Se da usted cuenta que lo que nos dice no tiene pies ni cabeza?

—Sí, me doy cuenta, pero así pasó. Yo vi a esta anciana viva ayer.

—No puede ser —intervino Gama, que seguía en cuclillas junto al cuerpo verdoso examinándolo—. Miren: la nota del supermercado demuestra que estas compras, las últimas que la occisa llevó a cabo, las hizo el 19 de abril en Superama, es decir, hace 61 días exactos.

—¿Qué compras? —dije.

—La señora Martínez había salido a hacer la compra ese día, y tal parece, al volver, cerró la puerta de su casa y luego cayó desvanecida...

—O la desvanecieron de un golpe en el cráneo —agregó Gama.

—Al forzar la puerta esta mañana —continuó Niño— vimos que las latas de conserva seguían tiradas en el suelo.

—Y las tortillas también... —dijo Gama—. Miren: están duritas, listas para hacer unos chilaquiles.

Yo sudaba como un choncho; sentía que las niñas de mis ojos giraban raudas, alucinadas, dentro de sus órbitas. ¿Los otros estarían viendo esas canicas rebotar como las sentía yo dentro de mi cabeza?

—Y las verduras están podridas —añadió Niño.

—Y la señora en descomposición —agregó Toledo con sapiencia.

—Y usted no se dio cuenta de nada y, para colmo, dice que la vio ayer.

—O sea que usted ve visiones, señor Alfaro —dijo Toledo examinándome—. ¿A qué se dedica, se puede saber?

—Soy violinista.

—Con razón —sonrió Niño con mordacidad.

—La bolsa y la cartera están vacías —dijo Gama—. Suena a robo. No creo que haya sido un accidente. Probablemente la amenazaron, se resistió... La golpearon en la cabeza. Se llevaron el dinero y cerraron la puerta. No veo otra explicación para que no haya una sola moneda en el suelo.

Una vez se hubieron marchado los inspectores, el paramédico, el perito y quienquiera que fuera esa turba apelonada en mi piso, una vez se llevaron envuelto el cuerpo oliváceo de la anciana Martínez, sin pensármelo me metí en la regadera con agua casi helada. Necesitaba entrar en materia, volver a la realidad, de la que estaba morosamente escapando. Niño y Toledo habían quedado en llamarme en cuanto supieran más noticias. Primero llevarían a cabo una autopsia y me avisarían más tarde, lo mismo que notificarían a los demás condóminos del edificio. La señora María Terrazas del 2, divorciada y sin hijos, les había dicho que, hasta donde ella tenía noticia, la anciana Ofelia Martínez no tenía parientes. Era viuda; tampoco había tenido hijos y por eso ningún nieto o sobrino las visitaba a ella o a la occisa. Tampoco tenía amigas. Era bastante gruñona y mal encarada... Una vieja ermitaña, me dijo María Terrazas que les había dicho a Niño y Toledo cuando más tarde me la encontré en la tortillería de la esquina. Yo no iba por tortillas, por supuesto, sino por el periódico en el quiosco, el cual está al lado de la tortillería y enfrente del Superama donde la vieja había comprado las últimas latas de conserva en su vida. Quería comprarme el diario antes de encontrarme con Néstor en el Vips de Félix Cuevas como habíamos quedado.

Antes de cerrar mi puerta con doble llave, le había escrito a Daniela un breve email. Le pedía una disculpa y enseguida le preguntaba si quería ensayar esa tarde o al día siguiente, a la hora que a ella mejor le conviniera. Sabía que debíamos practicar juntos, en su versión definitiva, las tres Opus 30. Cualquier otra alternativa —sabiendo lo que ahora sabía de Herminia y sus embelecocos— hubiese sido una traición a mi compañera. Ni por un segundo se me había cruzado sustituirla, desplazarla por la otra, la falsa media hermana o quien quiera que fuera esa farsante salida del oscuro abismo...

Antes de entrar al Vips, tiré el periódico: había leído el encabezado y los primeros dos párrafos: nuevas pistas conducían al verdadero asesino de la adolescente en el Parque de los Muertos. Lo mismo de siempre, la misma inepta retahíla. Volvería a comprar el periódico más tarde, pensé mientras recordaba la brusca escena de El Tepe, el momento en que abrí los ojos y apareció a mi lado, murmurándome algo, el señor sin rostro, sin bigote o con bigotito ralo. Creo que había dicho algo así como: “Yo sé quién mató a esa muchacha...”. Pero ¿de veras dijo aquello o me lo inventé más tarde? Ya no estaba tan seguro, la verdad. Pasadas las horas y a plena luz del día sonaba absolutamente inverosímil, turbido. ¿Acaso lo habría soltado así, a

quemarropa y sin conocerme, o yo lo interpreté de ese extraño modo? ¿Seguía bajo el efecto de la droga que me había dado Herminia o del Ribera o del espanto pueril que me agobió cuando me mordió, rabiosa, los labios y me quiso bajar la bragueta?

Sentado, esperándome con un montón de hojas impresas, estaba Néstor Canal. Como siempre, lo encontré con una taza de café medio vacía y sus ojillos traviosos recorriendo las líneas de eso que leía y corregía con frenesí. ¿Le contaría lo que me había ocurrido ayer, esta mañana, todo ese tumulto de asuntos indiscernibles y absurdos? ¿Me creería? ¿Pensaría que lo habría soñado o que de plano deliraba? No obstante, antes de poder abrir la boca, me dijo a bocajarro lo que él aún pensaba era un secreto de Estado:

—Salgo con Marisa Ricart. Iba a decírtelo ayer, pero se nos fue el tiempo con lo de mi novela.

No dije nada. Lo miré unos segundos: no, no era odio, era el puro deseo de saber qué lo orillaba al peligro y la insensatez, o mejor dicho: ¿qué diablos lo impulsaba? ¿Era el amor, tal y como siempre arengaba?

—¿Por qué te quedas callado? —insistió con la pluma en la mano, apretándola con fuerza.

—Porque ya lo sabía.

—¿Cómo?

—Rogelio me lo dijo.

—¿Se lo dijo Marisa?

—No, Viviana.

—Mierda —exclamó—. ¿Y cómo se lo ha tomado?

—Está furioso, por supuesto —le dije—. ¿En qué cabeza cabe, Néstor? ¿Cómo te fuiste a meter con la hermana pequeña de Rogelio? Al menos hubieras buscado a Cristina o Viviana.

—No es como lo cuentas, Fabián. Ella me buscó a mí. Me dijo que necesitaba hablar conmigo, y la verdad no imaginaba lo que esa chiquilla se traía entre manos...

—¿Y qué se traía entre manos, según tú?

—Que le hiciera el amor...

—Pero ¿estás loco? —y añadí después de pensármelo—: ¿O sea que ya se acostaron?

—Sí y no... Espera y te lo explico —dijo aturdido, cogiendo su taza de café medio vacía y agregándole un poco de crema.

—¿Sí o no?

—Me acosté con Marisa, pero no lo hicimos...

—Ésa sí es una doble pendejada.

—Tiene 17 y no quiero ser yo quien la desvirgue...

—Pero es la hermana pequeña de tu amigo —lo regañé como si se tratara de un hijo irresponsable y malcriado.

—Por eso no me he acostado con ella.

—¿Entonces qué diablos hacen cuando lo hacen?

—Todo lo demás.

—Rogelio piensa que ella está perdidamente enamorada de ti.

—Sí, está enamorada... y yo también —dijo Néstor con verdadera satisfacción, sacándose un peso de encima—, por eso le he pedido que venga...

—¿Qué dices?

—Para que ella misma te lo cuente...

—¿Que venga adónde?

—Allí está: mira —dijo señalando al otro lado del Vips, hacia la entrada con anchos ventanales a la izquierda, donde pegaba y traspasaba la hiriente luz del sol.

Néstor le hizo una seña para que se acercara; entonces la vi aproximarse a nuestra mesa. Es una niña, pensé como si no lo supiera de sobra, como si tuviese que recordármelo. De hecho, tenía 17, no era una niña en el sentido estricto de la palabra, pero lo parecía más que cualquier otra de su misma edad: demasiado delgada, frágil, de piel suave y clavículas finas, con unos grandes ojos llenos de vida, de curiosidad, de pasión por este imbécil que no respeta ningún límite ni menos una larga amistad.

—Hola, Fabián —me dijo dándome un beso en la mejilla, sin parar de sonreír, contenta o nerviosa de estar con los dos mejores amigos de su hermano, dos amigos once o doce años mayores que ella.

—Hola, Marisa —ahora era yo quien estaba nervioso.

Sin preguntarnos nada, la mesera trajo dos cafés: uno para mí y otro para Marisa. Dejó unas cremas a un lado y se marchó. No dijimos una palabra los

siguientes veinte segundos. Los tres, sentados allí, nos veíamos o agachábamos la mirada evadiéndonos. En cierto sentido, estar allí, reunidos, era ridículo. No podía recordar ninguna otra ocasión en que hubiera estado sentado a la mesa con Marisa y sin Rogelio. Era casi seguro que en veinte años no hubiese estado jamás con ninguna de sus hermanas en un Vips y mucho menos con Néstor a mi lado apretándole la mano a la más pequeña, ambos enternecidos y afectuosos.

—¿Qué piensas, Fabián? —me preguntó con su delgada voz adolescente, sus labios húmedos, rojísimos—. Estás muy callado...

—Estoy sorprendido.

—Yo mismo lo estoy —terció Néstor.

—¿Por qué lo dices? —se giró Marisa sin soltarle la mano.

—Porque no esperaba enamorarme de ti —contestó Fabián.

—¿Y ahora estás enamorado? —preguntó ella con coquetería, sin importarle que estuviera yo escuchándola.

—Ya sabes que sí.

—Y yo también —dijo ella entusiasmada.

Para ese momento yo ya había dejado de existir; me había convertido en un mueble estorboso. Estaba a punto de pararme y largarme de allí bajo cualquier pretexto, pero no conseguía encontrarlo, absorto como estaba observándolos.

—No me has dicho qué piensas —dijo ella—. Estás pálido y mudo, Fabián.

—Que me da gusto verlos tan contentos, pero que hay una obvia diferencia de edad —me dirigía a Marisa, no a él: quería hacerla entrar en razón, supongo.

—Eso no importa —exclamó Marisa dejando su taza sobre la mesa, secándose los labios con una servilleta.

—Le importa a Rogelio —aduje—, y probablemente a tus padres y a tus dos hermanas también.

—Cuando entiendan que nuestro amor es verdadero —sí, eso dijo Marisa: *verdadero*—, van a cambiar de opinión. ¿No es así, Néstor?

—Espero que sí.

—No va a ser tan fácil —insistí—. Debes entender, primero, el punto de

vista de los otros, el punto de vista de tu hermano, por ejemplo...

—¿A qué te refieres?

—A que tú eres, te guste o no, su *hermanita*, y Néstor, por el contrario, es un adulto... Visto desde fuera, parecería que se está aprovechando de ti.

—Pero no es así —levantó la voz—. Fui yo quien lo llamé y le pedí que saliéramos. Ahora nos amamos.

No lo podía creer: miraba a Néstor con el rabillo del ojo. Era demasiado. Definitivamente Canal debía poner alto a esta desafortunada situación. Cuanto más aprisa la terminase, menos el dolor, menor la tragedia... Marisa estaba fuera de sí. ¿Amarse? ¿De qué mierda estaba hablando esta chiquilla?

—Pero si llevan poco tiempo —dije ensayando una voz apacible, más o menos cuerda, dadas las circunstancias.

—El tiempo nos dará la razón —Marisa volvió a la carga y se giró para darle un beso a mi amigo, quien no lo esperaba y tampoco se atrevía a decir esta boca es mía: había demostrado su punto dejándola hablar, permitiéndole defender su prístino amor sempiterno.

Néstor Canal tenía un solo objetivo: que yo, antes que nadie, escuchase lo ocurrido de labios de la propia Marisa y no de los suyos, malvados; por ése y ningún otro motivo me había llamado esta mañana; por eso le urgía verme, y por culpa de ese idilio pederasta no podía contarle yo lo que me había sucedido ayer, apenas hoy, esta mañana con los inspectores Niño y Toledo, con la anciana del 4 y con Herminia...

—Por cierto —dije dándole un giro al tema de conversación—, ¿ayer que viniste notaste un olor un poco raro?

Néstor se quedó meditando sin soltar el asa del café.

—Quizá un olor a quemado en tu cocina, no sé...

—No, era un olor a podrido... y venía de fuera de mi departamento —aclaré, perdiendo la paciencia a cada instante.

—No, ¿por qué?

—Por nada —y luego añadí—: Tengo que irme.

—Pero si acabas de llegar... —dijo Marisa, desilusionada.

—Tengo una cita con mi pianista.

—¿Daniela? —preguntó Néstor.

—Sí —mentí al mismo tiempo que me levantaba y le daba un beso de

despedida a la hermana menor de mi amigo, a la más pequeña, a la que vi nacer, por lo que ya sólo dije como un patriarca senil, moralino y achacoso —: Sólo cuídense y no vayan a meter la pata.

Mentiras, excusas, patrañas... No tenía cita con nadie. Nadie me esperaba, salvo mi violín, mis tres Opus 30 y una fecha concreta para el recital: jueves 27 de junio. Consulté la hora: eran las once y media. No tenía hambre. Tampoco quería volver al departamento y refundirme a practicar el violín. Esperaría la respuesta de Daniela, primero...

Tomé Félix Cuevas hasta topar con Insurgentes, a la altura de Liverpool. Un ensordecedor embotellamiento en el cruce con el Eje 7 Sur había paralizado el tránsito: cláxones, gritos destemplados, esmog, aglomeración de coches, lanzafuegos y vendedores de refrescos y cacahuates aprovechando la ocasión... Ni los que venían del sur por Insurgentes podían pasar, ni lo que iban al norte podían seguir adelante; lo mismo ocurría con los autos detenidos sobre el Eje: los del este no pasaban al oeste y los del poniente no lograban cruzar al oriente. Es una bendición no tener coche, pensaba justo cuando se me ocurrió que, tal vez, podía aprovechar e ir a casa de Herminia a pedirle una explicación. No estaba lejos. Debía tomar un tramo de Insurgentes, pasar el Schweik, cruzar el Parque de los Muertos —el cual es inofensivo a esa hora del día, un parque lleno de madres y niños, bicicletas y carritos de helado y algodón de azúcar— y finalmente ponerme a buscar la casona escondida en la calle Poussin. Aunque estaba anocheciendo cuando llegamos los dos empapados, pensé que, con suerte, podría orientarme y encontrarla otra vez. Eso hice. Tomé por Insurgentes dejando el barullo de coches detrás y en escasos diez minutos estaba cruzando los columpios y subibajas del parque... Pero ¿para qué diablos me dirigía a su casa?, pensé. ¿Por qué querría una explicación si lo que más deseaba era no volvérmela a encontrar? ¿O tenía miedo y acaso me paralizaban su cuerpo y sus espléndidos brazos morenos, temía su entrega y sus felinos embelecos? Acaso por desafiar mi estúpida parálisis seguí bajo las sombras de los arrayanes, continué impertérrito hasta desembocar en Porfirio Díaz, crucé Augusto Rodin y topé con la plaza Gómez Farías. Sabía que me encontraba cerca. Una calle arriba estaba Fragonard. Debía seguir adelante hasta topar con Poussin, más pequeña y medio oculta por los árboles. Continué y por fin pude encontrarla: dos balcones desolados, envueltos en hiedra, sobrevolaban un tramo del jardín, el cual, aunque era grande, no se notaba por culpa de unas rejas negras

y herrumbrosas. Ésa era la casa, estaba seguro. Me acerqué al viejo portón de madera bajo el alero donde apenas la noche anterior los dos nos habíamos guarecido de la lluvia. Jalé el cordón de la campana al mismo tiempo que una especie de gruñido tras las rejas conseguía sacarme el alma del cuerpo. Odiaba a los perros. Más odiaba a los perros furtivos, pertrechados, a la espera de coger al paseante desapercibido y asustarlo. Ya no tuve que tocar de nuevo, pues casi de inmediato oí la voz de un hombre preguntando quién era:

—Buenos días —dije—. Soy un amigo de Herminia —era lo único que sabía de ella y apenas me daba cuenta: no sabía su apellido ni el nombre de sus padres o, para el caso, el nombre de su marido, ese desconocido tras el portón. Sólo hasta ese momento caí en la cuenta: Herminia podría estar casada y yo estaba conversando con su esposo. Mas descarté la idea. No podía estar casada. Era descabellado. ¿Meter a un hombre a tu casa, emborracharlo e intentar acostarte con él mientras el marido se halla fuera? Imposible. Ni la mujer más descarada se hubiera atrevido a hacer algo así, aparte de que no había visto una sola foto de un hombre la noche anterior.

—Aquí no vive ninguna Herminia —dijo el hombre al tiempo que abría el portón.

Permanecemos mirándonos unos segundos, los cuales se sintieron como una corta eternidad. Un estremecimiento recorrió mi espalda. Él se dio cuenta de mi perplejidad y de mi miedo: debía traslucirlo en la mirada tal como se transparenta la luz por una ventana sin manchas. Era el desconocido sin rostro de El Tepe... sólo que ahora sí tenía un rostro y un domicilio, un lugar donde poder ubicarlo: el número 16 de la calle Poussin, la misma casa de Herminia.

—Creo que me he equivocado —mentí dándome la vuelta, decidido a alejarme de allí a toda prisa.

Apenas lo dije, apenas había caminado tres cortos pasos dándole la espalda a ese hombre, sentí, enterrándoseme en la pantorrilla izquierda, los dientes afilados de un perrito o rata o hurón, su asquerosa mascota, quien no se decidía a soltarme. Agité la pierna con todas las fuerzas de mi alma, queriendo arrancármelo desesperadamente, pero sin conseguirlo: así de aferrado estaba a mi pierna el inmundo cachorro... Sólo entonces oí los gritos destemplados de su dueño reconviniéndolo y mandándole me soltase y se metiera en la casa. Podría jurar que el hombre sin rostro y bigotito ralo, el

muy cabrón, se tardó más de la cuenta en llamarlo; puedo jurar que lo hizo a propósito; que si no lo soltó ex profeso, al menos sí lo dejó morderme a sus anchas, antes de gritarle y pedirle que se metiera y me dejase en paz... No dijo una palabra, no se disculpó; se encerró en su casa, la misma casa de Herminia o quien fuera esa bastarda hija de puta que me había desquiciado la vida de la noche a la mañana.

Si no estaba seguro al momento de tenerlo frente a mí, a la vista, cogido a mi pierna y mi pantalón, pude corroborar la clase de animalejo que era ese roedor media hora más tarde cuando, por fin, llegué a mi departamento en un taxi, subí las escaleras, abrí la doble chapa de la puerta y me metí en el internet: un tepezcuintle, un perrito de montaña, una rata inmunda y sanguinaria parecida a una ardilla gigante, una zarigüeya o mapache del bosque. Sí, era la misma clase de perro y eran crueles y solían ser nocturnos, amaban las madrigueras y odiaban a los hombres, quienes se han dedicado a cazarlos por su carne tierna y apetitosa... En cada sitio los llamaban diferente: pacas, jochis pintados, saris, guaguas, lapas o guantas. En Belice las llaman gibnuts o water haas. Los mayas les decían paks y en el Petén se les conoce por el diminutivo de tepe. ¿Tepe? Un nuevo escalofrío recorrió mi espalda... Cerré mi laptop asqueado, furioso conmigo, con el hombre de bigotito y con Herminia. Sobre todo con ella...

El taxista me había hecho el favor de comprar unas vendas, alcohol y no sé qué unguento que le recomendó el farmacéutico mientras yo lo esperaba maldiciendo para mis adentros, sudando como un chanco dentro del coche, sujetándome la pantorrilla con la mano derecha. Ahora solo, metido en mi departamento, intentaba curarme: rocié alcohol copiosamente en la herida, luego la sequé, puse el unguento y finalmente me enrollé la venda. No eran rabiosos, decía la página de internet; no debía preocuparme más de la cuenta. Simplemente estaba cansado, harto de todo. Hasta ese momento descubría el grado de fatiga acumulada que llevaba encima. Cerré las cortinas y decidí echarme en el mismo sofá donde había pasado la noche anterior. Tal vez podría, con un poco de suerte, dormir una siesta...

2

No era de esta forma como quería comenzar. Al contrario: pensaba contar la historia del padre de Rogelio, el padre de Marisa, Viviana y Cristina, la historia infame de su matrimonio con Ática, la madre dócil y abnegada de mi mejor amigo. Por supuesto: pensaba cambiar sus nombres, los sitios, un par de anécdotas chuscas... Planeaba tergiversar datos que pudiesen iluminar escabrosos detalles y luego transfiguraría otros que encubrirían las identidades de los verdaderos protagonistas. No es para menos: la historia del padre de mi amigo es lo más esperpéntica que cabe. Dos cosas sin embargo sucedieron que al final —no sé si por pudor o por mera estrategia literaria— me empujaron hacia otro derrotero: primero la llamada inesperada de Marisa, su insistencia en querer verme, y, segundo, la machacona influencia de Raimundo, mi hermano, quien no ha parado de decirme, año tras año, que debo ponerme a escribir algo distinto a lo que suelo, un relato alucinante que atrape al lector desde el arranque: “Si no consigues engancharlo en las primeras líneas, pocos seguirán leyéndote. Eso te pasa siempre, Nes. Te pones sesudo, te engolosinas hilando disquisiciones y dejas de contar la que pudo haber sido una buena historia. Al final, si la retomas, ya es tarde: el noventa por ciento de tus lectores se habrán rendido, habrán cerrado el libro y no venderás muchos.” Acaso tenga razón; probablemente Raimundo haya dado en el clavo: no por nada es tan mal lector, no por nada lee tan poco y lo poco que lee no consigue acabarlo. Mi hermano debe ser, imagino, el auténtico rasero del lector promedio; la mayoría deben ser como él, sospecho: lectores ineptos, ávidos de intriga y misterio, fáciles de pastorear... Por eso digo que al final fue la influencia de Raimundo y sus consejos literarios —él que sabe de literatura lo que yo sé de fotografía— los que me llevaron por distinta senda, los que me condujeron hacia un relato que yo no imaginaba ni deseaba emprender. Al menos en esta ocasión (en ese primer capítulo que le di a leer a Fabián el otro día) me he dejado llevar por la pura imaginación sin reservas, he dejado correr el cursor como si no fuera yo, sino un demiurgo malsano, el que dictara, esquizofrénico, la historia...

Si no yerro, Ática, la madre de Rogelio, conoció a don Eulalio Ricart durante el segundo semestre de la carrera de medicina hace treinta años. Ática era la única mujer relativamente hermosa entre las pocas que estudiaban medicina en la UNAM. Eulalio Ricart no era guapo, pero era un tipo persistente, y al final consiguió lo que más deseaba en el mundo: casarse con la abnegada estudiante, quien, sin embargo, jamás acabó la carrera y en cambio sí se embarazó de Rogelio, el mayor de sus cuatro hijos, sellando con ello su martirologio.

Mi madre y Ática eran amigas de la infancia. Se conocían desde antes de que Ática y Eulalio coincidieran en la Facultad. Eulalio les cayó bien a mis padres: era determinado, estudioso y puntual, tal y como debe ser cualquier neurocirujano. Si acaso, tenía un problemita: su impenetrabilidad, una invisible muralla que impedía intimar con él más allá de lo mínimo indispensable. Podía ser todo lo extrovertido y dicharachero, pero su interlocutor jamás conseguía descubrir qué carajos albergaba su alma. Al menos eso me dijo mi madre cuando fui a verla a Zacatecas para recabar detalles de lo que ocurrió muchos años más tarde y ponerme a escribir, ya lo dije, una historia basada en la suya, la de los Ricart, pero en especial una sobre don Eulalio, el padre. Esa barrera, me dijo mi madre mientras tomábamos café con leche en la Plazuela de García, don Eulalio la disimulaba con una sonrisa bonachona, bromas ligeras y retruécanos. “Al principio conseguía engañarte: conforme lo fuimos conociendo, tu padre y yo adivinamos que algo enmarañado ocultaba... El problema fue que no sabíamos qué diablos era ese algo. Él y tu papá se llevaron siempre bien, cordialmente, pero nunca al grado de convertirse en verdaderos amigos. Las íntimas éramos Ática y yo, pero desde que nos vinimos a Zacatecas, nos hemos ido perdiendo la pista, lo que es natural y hasta comprensible, ¿no crees? Perdimos muchos amigos con la mudanza, Nes, pero ganamos en tranquilidad y seguridad, lo que ya no existe por desgracia en el Distrito Federal, donde tu hermano y tú se empecinan en seguir viviendo...”. Hasta aquí lo esencial, lo que más o menos yo ya sabía de los Ricart y ella no hizo sino corroborar durante mi visita. Después, como suele suceder, mi madre se desvió y comenzó a contarme, imparable, chismes zacatecanos que nada tienen que ver con lo que deseaba saber y no me atrevía a preguntarle a Rogelio. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo atreverme a hurgar qué pensaba de su padre cuando supo lo que supo o bien qué diablos sintió cuando don Eulalio los abandonó y les dijo solemnemente a él y a sus hermanas —y esta vez sin

la más mínima intención de broma— que era homosexual y que por ello debía largarse de la casa? De esto han pasado cinco años: Marisa debía tener 12 entonces, Cristina 16, Viviana 20 y mi amigo 23 o 24.

Decir homosexual o gay es, por supuesto, un eufemismo, pues don Eulalio es, más precisamente, lo que se suele llamar un marica o travesti, una loca, un mariposón, pero esto sólo por las noches, cuando se transforma. Es, en pocas palabras, bicho de nocturnidad, un poco como los sagrados tepezcuintles. De día es el respetado neurocirujano y director del Hospital Psiquiátrico Fray Bernardino Álvarez, en Tlalpan, al sur de la ciudad, no lejos de donde se compró un pequeño departamento cuando se separó de Ática. “Separación”, otra vez, es el término apropiado pues, según dice mi madre, los padres de Rogelio no están divorciados; se hallan amistosamente “separados”. Don Eulalio mantiene a la madre, paga los gastos de la casa, sigue dándole dinero a sus hijos, incluido Rogelio, quien no ha podido dejar de aceptarlo por más que le pese en el alma. Ática, a sus 56, es básicamente una inútil dama de la alta burguesía capitalina, una aristócrata arruinada incapaz de salir a la calle a ganarse la vida, inhábil para percibir un sueldo, lo que sea que la independice y la mantenga más o menos ocupada. Prefiere vivir atendida a su esposo, aunque éste no lo sea en el sentido estricto. Prefiere continuar esa estrafalaria doble vida, haciendo caso omiso de la realidad odiosa en la que se encuentra embalsada. Hasta donde tengo noticia, el doctor Ricart come con sus hijos y su mujer dos veces por semana —se trata de un pobre ritual que él mismo ha instaurado desde que se marchó y al que ninguno de sus retoños puede no acudir—. Faltar a esas comidas es perder la mesada que les ofrece. Rogelio lo ha ido a ver al hospital, ha ido a su departamento (aunque preferiría no hacerlo), ha tenido que pedirle dinero prestado aunque sabe que nunca se lo devolverá. Su trabajo como maestro de matemáticas en la preparatoria lasallista donde alguna vez estudiamos apenas le alcanza para cubrir sus gastos personales, su ropa de marca, sus escasos viajes con Fabián o conmigo; sueña con salirse de su casa, pero tal y como están sus actuales finanzas —y ésas sí me las cuenta al dedillo—, va a resultarle más difícil de lo que supone. Está atrapado entre sus hermanas y la madre, por un lado, y asido por el sustento económico que le proporciona su padre, por el otro. A sus 28, mi edad, no ha conseguido escapar de esa consigna que él mismo se impuso: convertirse en el padre putativo de sus tres hermanas —en especial de la pequeña, Marisa—, pues lo que se dice Ática, su madre, no existe, es apenas un magro fantasma medio embriagado que

deambula por los corredores con un whisky en la mano desde las diez de la mañana. Exagero: la amiga de mi madre es, a pesar de su indolencia, una mujer intachable, acaso ligeramente apocada por la religión y empalidecida desde que la abandonaron. Se le nota cautiva en añejas épocas doradas que pudo o no vivir con su marido. O al menos eso dice mi madre con un poco de lástima. En cuanto a mi amigo, él querría, por supuesto, algo distinto para su mamá: “Debería salir, conocer a otros hombres y hacer una nueva vida, pero está encerrada a cal y canto en la misma casa de siempre, la cual se cae a pedazos, y para colmo no tiene a nadie en el mundo salvo a mis hermanas, lo que, como supondrás, no es nada sano. La única amiga que le queda, tu madre, se le ha ido a Zacatecas.”

Rogelio Ricart y yo somos amigos desde antes que Fabián Alfaro se uniera con nosotros. A Fabián lo conocimos en la secundaria, pero no nos frecuentamos sino hasta el día que entramos los tres, el mismo año, al bachillerato lasallista en la Condesa. Allí, en cuarto de preparatoria y en la misma aula descubrimos nuestra pasión compartida por el teatro; en mi caso, por la dirección de teatro, algo que dejé para dedicarme a la nada lucrativa tarea de escribir y ganarme la vida en una revista de modas, donde Raimundo, editor en jefe, me da encarguitos mal remunerados que me pesa terriblemente llevar a cabo.

Lo primero que pusimos los tres ese primer año de bachillerato fue *Estado de sitio*, de Camus, la cual fue un relativo éxito entre los profesores y hermanos lasallistas, entre nuestros compañeros y sus familias que vinieron a verla, acaso más por solidaridad que por auténtica devoción dramática. Cuando al siguiente año propuse *El diablo y el buen Dios*, de Sartre, los hermanos y el director, un sacerdote de mentalidad supuestamente progresista, se opusieron. “Es demasiado existencialismo para tan poco tiempo”, adujeron, y terminamos por poner *La dama del alba*, de Alejandro Casona, a la cual no le fue ya tan bien. A partir de aquí, nuestra efímera pasión dramática fue desmayando.

Rogelio, la sorpresa actoral ese primer año de bachillerato, es en la vida diaria el tipo más apacible y callado que uno pueda encontrarse, un gordo comedido y poco dispuesto a externar opiniones que nadie le pide. Por ése y ningún otro motivo nos quedamos punto menos que perplejos aquellos que miramos la extraña transfiguración que se desenvolvía cuando nuestro tímido amigo se paró delante de nosotros y, por primera vez en la vida, empezó a

recitar, con voz de barítono, su parte. Parecía, no exagero, un corpulento Brando adolescente, quien no requería más esfuerzo que pararse allí, en medio de los otros, para acaparar la atención de su público: tenía la presencia, el temple, la anchura de cuerpo y la dicción perfecta... Su transformación desde ser un tipo corpulento e introvertido hasta convertirse, en escena, en un actor bien plantado, era insólita. Pocas veces he visto un cambio así, excepción hecha de Fabián, quien también se transfigura al tocar su violín con rigor e indescriptible pasión.

Cuando Rogelio y yo lo conocimos, Fabián tocaba piezas más o menos sencillas de Vivaldi y Mozart, pero lo hacía ya de manera extraordinaria. Con los años, su arte ha ido decantándose, al grado de poder decir que Alfaro es hoy día uno de los mejores violinistas mexicanos. Lo que le ocurría a Rogelio en escena, a Fabián le pasa cada vez que se acomoda el violín al hombro y se dispone a atacar, con brío, la pieza: no lo reconocemos, huye a otro sitio lejano, una isla mágica o erótica donde nada ni nadie le importan más que su instrumento y la inevitable fusión con su música. Con todo, Fabián participó (entusiasmado al principio) en aquellas ingenuas y primerizas escaramuzas dramáticas el poco tiempo que duraron; luego volvería a su verdadera religión: Sibelius y Beethoven, Dvorak y Brahms (sus indiscutibles favoritos), los tríos y cuartetos para cuerdas, las sonatas...

Antes de detenerme en este período, conviene remontarme a otra época, aquélla en que Rogelio y yo nos hicimos amigos, etapa no particularmente clara por una simple razón: siempre lo fuimos y nunca lo fuimos porque nunca inició, porque nunca tuvo un origen preciso. Su madre y mi madre eran amigas desde la primaria, ya lo dije, y las dos se embarazaron al mismo tiempo, a los 27 o 28, sin ponerse de acuerdo. Ática Ramírez se enamoró del estudiante de medicina, y mi madre, Evelina Gatica, del economista de provincias Francisco Canal, quien había llegado a la capital a estudiar una maestría. Mis padres tenían más tiempo de conocerse que los padres de Rogelio; eran novios desde hacía por lo menos tres años. De entre sus escasas conocidas, mi madre fue quien, con más persistencia, aplaudió la idea de que su mejor amiga se casara (tal como ella hiciera) con el ilustre doctor en ciernes con apellido catalán. Mi madre estaba radiante por su amiga, llena de ilusión por su dorado y nuevo porvenir, casi como si se tratase de ella misma: ¿quién mejor para hacer una linda familia que un joven apuesto de su mismo estrato social que, aparte de todo, le caía tan simpático cuando hacía sus

bromas galantes? ¿Quién mejor que un promisorio neurocirujano? Los padres de Ática tampoco se opusieron aunque hubiesen preferido, eso sí, que su hija se graduase primero: tal era la imagen de respetabilidad que debía proyectar don Eulalio a sus apenas 24 años cumplidos. En esa época —esto debió haber sido a mediados de los ochenta— no existía traza, me aseguró mi madre, que indicara el giro que daría la sexualidad de don Eulalio. “Imposible imaginárselo, Néstor. ¿Cuándo en la vida podría una joven bobalicona haberse sospechado que su marido, el padre de sus cuatro hijos, el hombre con quien ha vivido veinticinco años bajo el mismo techo, cambiaría tan drásticamente de interés?” Sí, eso dijo: *interés*... un ridículo eufemismo para decir homosexualidad o atracción por hermosos efebos del mismo sexo. “Fue una bofetada al rostro de mi querida Ática, la peor, la más humillante”, añadió mi madre en la plazuela de García la última vez que estuve de visita para verla a ella y a mi tío Gustavo. “Es mucho peor que saber que te ponen el cuerno con otra... y tu padre, antes de morir, me lo puso. Así que sé bien de lo que estoy hablando, Nes.”

Así, pues, desde que tengo memoria he tenido a Rogelio y sus hermanas muy cerca. Los recuerdo formando parte de mi vida, un segmento de ese nebuloso círculo social donde los adultos son quienes, al fin y al cabo, importan, y los niños somos, al contrario, meras figuras accesorias que se llevan y se traen a las reuniones sociales. Desde que tengo uso de razón he visitado esa gigantesca casa en la cerrada de Xitle, en el Pedregal, junto con mis padres y Raimundo aunque nunca fuéramos por nuestra iniciativa. He visto, pues, crecer a Marisa, la he visto hacerse una joven inteligente y hermosa; he seguido, mal que bien, las vidas de los Ricart desde cerca, aunque acaso más como un observador curioso, un tanto ajeno, que como un amigo auténtico. Los verdaderos amigos fueron mis padres. Ellos —antes de mudarse a Zacatecas— nos arrastraban a esa casa (hoy casi en ruinas) cada vez que sus amigos Ricart los invitaban, lo cual era, por lo menos, una vez al mes, si no es que dos. Llegábamos sobre las tres de la tarde y nos despedíamos a la medianoche. Allí estaban los adultos reunidos, bebiendo hasta el anochecer, con otras varias parejas del Club de Golf, cada una con su respectiva prole, charlando de política, fútbol, marcas de zapatos, religión, viajes por el mundo y complicadas recetas de cocina. Mientras esto sucedía dentro de la casa, afuera, en ese infinito jardín arbolado, había un mundo de niños corriendo, ninguno verdaderamente amigo de nadie, aunque todos jugando febrilmente a los escondidillas y los encantados, encaramándonos a

la escalera desvencijada que nos llevaba a una casita de madera construida sobre un árbol de hule, pateábamos el balón o jugábamos al turista mundial o a la matatena con las niñas. Nos dejábamos conducir a esas reuniones como se dejan conducir a los ternos corderos... ¿Adónde más, si no, podríamos haber ido esos fines de semana? Después de haber pasado la sempiterna mañana del sábado y el domingo en la alberca del club, no había, pues, otra alternativa que ir adonde tus padres te llevaran, y ese lugar era la famosa casa de Xitle, aunque a veces las reuniones podían ser en la nuestra o en la lujosa residencia de alguna otra pareja del club, gente rica que ni recuerdo y que dejé de ver hace mucho tiempo. Mi padres dejaron la capital hace diez años y mi padre murió hace cinco. Mi madre no quiso volver al Distrito Federal. En Zacatecas, la tierra de mi padre, la tierra de los Canal, la tierra de López Velarde, el mismo sitio al que mi madre juró no volver desde que fuera por primera vez siendo todavía su novia, ha terminado por hacer su vida...

Contaba toda esta acuciosa minucia del pasado, ensayaba explicar las intenciones originales de mi tercer relato —la extravagante historia del doctor Ricart y su sorpresiva transfiguración—, cuando zumbó, francamente inoportuno, el timbre del maldito teléfono, el cual me sacudió de pies a cabeza como si hubiese estado un largo rato hipnotizado.

—Hola —era Fabián—. Necesito que me acompañes...

—¿Adónde? —le dije.

—A la misma pinche casa donde me mordió un tepezcuintle hace dos horas.

—¿Un tepezcuintle?

—Tal y como lo oyes.

—No puedo ahora —le dije, no muy seguro de querer acompañarlo: apenas lo había visto en el Vips, apenas había dejado a Marisa en su casa (mejor dicho: en la esquina de su casa) y sólo hacía un par de horas había llegado a la mía para ponerme a escribir el segundo capítulo de mi novela—. Tengo una comida con Raimundo —mentí—. Por fin va a presentarme al director de su revista y no creo poder estar libre hasta después de las cinco.

—Te espero —colgó.

Mierda. No tenía escapatoria.

3

Fue por mi culpa que Marisa comenzó a leer los cuentos eróticos de Néstor, luego de haber leído su novela sobre los amores entre José Clemente Orozco y la niña Refugio Castillo. Fue por mi culpa que Marisa se empecinó por quien jamás debió haberse interesado; yo la conduje hacia el hombre que me gustaba justo a mí. Pero ¿cuándo en la vida podría haber previsto su encaprichamiento? ¿Cómo adivinar que mi hermanita iba a enamorarse del mejor amigo de mi hermano, mi secreto amor? Cuando le dije que leyera su libro sobre Orozco, jamás se me pasó por la cabeza que lo devoraría en una sola tarde y que luego, insatisfecha, me preguntaría qué otra cosa podía leer, como si no supiese que Néstor tiene otros dos libros publicados.

—¿Sabes, Cristina? Yo también escribo —me dijo Marisa como para ratificar sus implacables razones; estábamos en mi recámara, sentadas sobre mi cama, aún con las pijamas encima. Era domingo y le habíamos dicho a mi madre que no iríamos a misa con ella, el único pasatiempo (aparte de la bebida) que le queda desde que mi padre la abandonó.

—¿Sí? ¿Y desde cuándo? —me burlé.

—Desde hace dos meses.

—¿Y eso te hace escritora?

—Yo no dije que fuera escritora; sólo que me gusta escribir —me refutó como si se le fuera la vida en ello—. Así que sólo préstame otro libro; si no, se los voy a pedir yo.

—Aquí están —le dije colérica, decidida a no atizar más el fuego de la discordia: si no le daba los malditos libros, de todas maneras los conseguiría, aparte de que nunca habían sido míos sino de Rogelio, a quien Néstor se los dedicó cuando aparecieron publicados.

Todo lo ocurrido a partir de ese momento lo descubrí más tarde, cuando muchas cosas ya habían pasado entre ellos. En primer lugar, no supe cuándo le había llamado Marisa por teléfono; tampoco supe que lo había visto en un

Sanborns y luego en un cine a escondidas; menos que le había entregado sus dos primeros cuentos para que le diera su opinión, tampoco que se habían besado por primera vez en el Parque de los Muertos, cerca del reloj floral; que Néstor la recogía a la salida de la escuela los viernes, que le había cogido la mano y le había dicho que la amaba, según ella, y mucho más... Todo esto Vivi y yo lo descubrimos cuando Marisa no tuvo otro remedio que contárnoslo, cuando su romance o lo que fuera ese desliz era imposible de ocultar, cuando sólo mi madre (en su indolencia) no estaba enterada de lo que ocurría, cuando Rogelio tampoco sospechaba lo que pasaba entre su amigo y su hermana más pequeña.

Cuando finalmente, arrinconada, Marisa desveló su idilio, cuando, desprevenida, se fue de la lengua y nos relató intimidades que ninguna de las dos imaginábamos, ya habían transcurrido dos meses de citas a escondidas. Al principio yo no sabía si Marisa las estaba inventando o si eran cruda, lujuriosa, realidad; conforme la escuchaba describir detalles de su noviazgo, no podía terminar de creer que aquéllas no fueran más que puras fantasías de adolescente desquiciada. Cuando, por ejemplo, Viviana le preguntó si se habían acostado, Marisa respondió con insolencia:

—No, todavía... —y agregó desafiante—, y sólo porque Néstor no quiere, se rehúsa.

—¿De qué hablas, mentirosa? —levanté la voz.

—Hablo de que yo le he dicho que me quiero acostar con él y Néstor me ha respondido que tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—De la diferencia de edades. Me lleva más de diez años y eso lo tiene paralizado...

—Pues no lo suficiente —añadió Vivi con sarcasmo.

—No entiendes. Soy yo la que quiero acostarme con él, pero él se niega. Dice que esperemos... Dice que me ama, pero no le voy a creer una palabra hasta que lo hagamos.

—Estás loca de remate —le solté iracunda.

—Para que lo sepas, nos hemos acostado juntos, desnudos, varias veces...

Con esas palabras, soltadas como dinamita, dio por concluida nuestra charla, esa estúpida pequeña guerra entre Marisa y nosotras, sus hermanas mayores. Viviana me dijo más tarde, a solas en su recámara y

verdaderamente alarmada, que esto se había salido de quicio, que Néstor estaba loco haciendo lo que hacía, que podría embarazarla y convertirlo todo en un drama de tercera categoría; coincidí con Vivi, por supuesto, no sólo porque lo creyera así, sino por una muy otra razón imposible de revelar: era yo la que deseaba a Néstor, era yo la que estaba enamorada y nunca me atreví a insinuárselo; era yo, Cristina Ricart, quien siempre lo había visto como a un tipo inalcanzable, tan cerca de mí pero a la vez tan distante... Néstor era el mejor amigo de mi hermano, el hijo mayor de los amigos de mis padres, un niño con quien crecí y jugué infinidad de veces en el jardín de la casa, a quien cogí de la mano para bajar de la casita desvencijada sobre el árbol de hule, un joven que jamás había puesto sus ojos en mí y de quien yo estuve furtivamente enamorada, un adulto que ahora se prendaba de una tontuela que sólo había tenido fotos de actores pegadas en la pared de su recámara como si fueran sus novios. Mi secreto idilio probablemente no había sido —*también*— más que un ridículo enamoramiento (tal y como yo pensaba que era el de Marisa), pero eso no lo hacía menos doloroso ni menos auténtico. Muchas veces perdí el apetito por estar pensando en él. En alguna época soñaba con Néstor casi a diario, muchas veces dejé de dormir imaginando si acaso, un día, seríamos novios —cuando yo fuera mayor y él por fin pusiera sus ojos en mí— y que, incluso, con un poco de suerte, nos casaríamos y tendríamos una hermosa familia juntos. Ese día no llegó y en cambio sí llegó para la menor, la adolescente con pretensiones de escritora, que venía a arruinar mi proyecto, mi propia fantasía, mi plan de vida...

4

Irritado, colgué el teléfono: conjeturé que Néstor no tenía comida con nadie, que el cabrón sólo deseaba ponerse a escribir en santa paz. De cualquier forma, había decidido esperarlo el tiempo que fuera necesario. Prefería no *tener* que ir solo, de nueva cuenta, a la casona con balcones de la calle Poussin. En el fondo (y aunque lo quisiera negar) me daba un poco de miedo, una suerte de nociva y pueril aprensión... comenzando por tener que cruzar ese maldito parque, aunque fuera de día y hubiese niños, madres y policías apostados entre los árboles y setos recortados con formas de animales, y aunque se hubiese redoblado la seguridad. Desde el asesinato de la adolescente, la fotografía de su delgado cuerpo amoratado debajo de unos arbustos con forma de jirafas, pensar en cruzarlo o incluso bordearlo me generaba una insoportable desazón, un desasosiego que ahora, con todo lo que había ocurrido, era mucho más difícil de vencer... Ver policías o no verlos me daba lo mismo: el escozor era idéntico, el recelo igual. El Parque de los Muertos, a las orillas de la Avenida Insurgentes, se había vuelto un lesivo espacio entre la niebla, un coto prohibido...

Al igual que Néstor con su relato en ciernes, yo quería ponerme a practicar las Opus 30, las cuales Beethoven había dedicado al zar Alejandro I de Rusia en 1803 por apenas cien ducados —ahora yo cobraría más por tocarlas en su memoria—. Aunque las conozco de sobra, aunque las haya oído en distintas grabaciones a través de los años y haya tocado dos de ellas en diferentes épocas (la séptima y la octava), nunca lo he hecho con Daniela y tampoco las he retomado hasta ahora que Hernán Badillo de la UNAM me llamó para ofrecerme participar en el recital internacional de la próxima semana. No había mucho tiempo, me dijo, pero sí había 35,000 pesos seguros por tocar las tres (la 6, 7 y 8) la misma noche, en una sola ocasión, dentro de un ciclo de sonatas organizado por el auditorio Nezahualcóyotl y la sala Carlos Chávez.

Antes de sacar el violín y abrir el atril, decidí quitarme la venda y

verificar cómo iba sanando la herida: gracias al calcetín abultado y los jeans, la mordida no parecía demasiado profunda. Eran apenas unos puntitos rojos, simétricamente dispuestos, los que adornaban mi pantorrilla de forma pintoresca. La punzada inicial del dolor se había desvanecido: ahora conservaba ilesa la memoria del dolor, o acaso la memoria de la humillación recibida. Ese hijo de puta me las iba a pagar, pensé, pero ¿cómo? No tenía idea, la verdad. Para empezar, debía volver a esa casa a averiguar lo que originalmente deseaba investigar: el paradero de Herminia, su identidad, lo que fuere que tuviese que ver con esa pianista mendaz...

Pensaba en esto, cuando sonó el teléfono:

—Hola, Fabián.

—¿Quién eres? —sabía quién era, por supuesto, y no por otro motivo la sangre se me heló.

—Herminia, ¿quién más?

—¿Cómo estás? —intenté mostrar la mayor calma y compostura posibles, traté de aparentar que nada había pasado entre nosotros.

—Yo bien... Con muchas ganas de verte —dijo con evidente coquetería.

—Yo también —mentí, pero no iba a perder mi oportunidad: me urgía saber muchas cosas y sólo ella, la misma pérfida joven con ojos de obsidiana, podía ayudarme a esclarecerlas—. Estuve buscándote, pero eres difícil de encontrar.

—Cuando nos veamos te lo explico todo...

—¿Lo del tepezcuintle también? —aventuré...

—Sí, también —o sea que Herminia sabía lo ocurrido, estaba enterada, vivía en esa maldita casa o conocía al hombre sin rostro y bigotito ralo de la calle Poussin. A partir de ahora no podría desdecirse; se lo recordaría cuando la viera y le sacaría la verdad con tirabuzón.

—¿Y lo de Daniela? —arremetí otra vez, ya entrado en el calor del momento: me sudaban las manos y temía perder la cordura en cualquier instante.

—También —y agregó—: ¿Por qué no comemos?

—¿Cuándo?

—Ahora mismo —dijo ella.

—¿Ahora?

—Sí. A la misma hora en el mismo lugar, ¿te parece?

Consulté mi reloj: eran las 2:26.

—Pero falta media hora, Herminia.

—Por mí, perfecto, los dos vivimos cerca, ¿no? —dijo con su perniciosa voz, ligeramente ronca y sensual a la vez—, pero si no puedes...

—Claro que puedo —salté de mi sillón—. Allí nos vemos.

—Chao.

Colgamos. El auricular estaba empapado, lo mismo que mi mano y mi oreja izquierda. No lo podía creer, no daba crédito a mis oídos: con toda la naturalidad del mundo, Herminia me había llamado y quería ofrecermé, por fin, una explicación, justo lo que había estado buscando desesperadamente desde que me largara de su casa. Cuando la había querido encontrar, no había conseguido nada, pero cuando Herminia me quería encontrar, yo era su presa fácil, su celada, su capricho. Esa súbita conciencia, ese darme cuenta de mi extrema vulnerabilidad, me estalló en la cabeza como un petardo. ¿Y el violín? Ni siquiera le dije nada del violín. ¿Tocaríamos? ¿Lo debería llevar conmigo? Pero casi de inmediato recapacité. ¿Cómo iba a tocar con una arpía siniestra, una embustera, cuando, aparte de todo, tenía apalabrado este compromiso en la UNAM con Daniela, mi querida compañera pianista, su falsa media hermana? ¿Acaso llegué a considerar por un segundo cambiar a una, la conocida, por la otra, la desconocida? ¿Vacilaba entre las dos? ¿Estaba enloqueciendo por su culpa? Herminia se podía ir al carajo: me quedaría con Daniela, le explicaría todo cuando nos viéramos, me comprendería... pero antes debía enfrentar a esta arpía, esta canalla de los mil demonios aparecida de la nada y ahora enquistada como rémora en el fondo de mi alma.

Salí del departamento echando, como siempre, doble llave —antes había enviado un escueto correo a Néstor diciéndole que estaría en el Schweik con Daniela, que me fuera a buscar en cuanto terminara su impostergable comida con Raimundo—. Casi de inmediato oí voces en la planta baja, el ruido de un cerrojo en el corredor. Bajé las escaleras y allí mismo, frente al vano de la puerta, me encontré a la señora Terrazas, a quien no había vuelto a ver desde esa mañana en la tortillería... ¿O había sido ayer por la mañana? Dudé por un momento: los días se me traslapaban, pero por extraño que parezca no las horas, es decir, las mañanas y las tardes, las noches y las madrugadas. Sabía

que la había visto antes de comprar el periódico en el quiosco y también recordaba haber cruzado un par de palabras con ella, pero no sabía qué día había sucedido con exactitud... Debió haber sido ayer, recapacité, y por eso le dije, a punto de abrir la puerta que daba al exterior del edificio:

—¿Ha oído algo de Toledo y Niño?

—¿De quiénes?

La había cogido fuera de guardia evidentemente, por lo que añadí sin desprender el puño del picaporte:

—Los inspectores, ¿recuerda?

—¿Qué inspectores?

—De policía, ¿qué otros?

—No he visto a ningunos inspectores, salvo a los del agua, que, por cierto, vinieron preguntando si habíamos tenido problemas de suministro y les dije que no...

—Pero yo sí que he tenido —gritó alguien desde el segundo piso—. ¿Por qué nadie me avisó?

En seguida reconocí la voz gruñona destemplada. Sentí que el corazón desaceleraba su compás como el mismísimo adagio de la octava sonata; se me paralizaron el maxilar y los labios, también la punta de la lengua. Hice un esfuerzo por amagar una incomprensible mueca de terror que impelía a asomarse de forma desesperada...

—No lo sabía, doña Ofelia—respondió María Terrazas haciendo un embudo con las dos manos para hacerse oír hasta arriba—. ¿Desde cuándo?

—Desde ayer... Justo después de que viniera el joven violinista del 3 a preguntarme si yo tenía problemas con el suministro. Como que este muchacho del demonio me trajo la mala suerte...

—Pues me lo hubiera avisado —contestó María, riéndose y haciendo señas socarronas que la anciana, por supuesto, no podía ver desde donde estaba.

—¿Cómo se lo iba decir si apenas y hablamos? —gritó la vieja, mi vecina muerta, aparecida allí, probablemente vistiendo sus mismas chancletas de hule amarillas, igual a una transfiguración o espíritu encarnado en su maloliente mortaja o bata de dormir.

Salí del edificio sin despedirme, aturdido... Eché andar a toda prisa por Tlacotalpan como si alguien, Abbadón o un excélsior del Diablo, me

estuviese persiguiendo para darme una espantosa noticia, un telegrama que yo, no obstante, me rehusaba a escuchar. Un sol negro e hirviente recalentaba la ciudad como si se hubiese convertido de pronto en un comal. La cabeza empezó a girarme mientras evitaba, al paso, sudorosos bultos de carne, plausibles seres humanos, neblinosas figuras de cuerpos temibles... Un torbellino me quería succionar, arrastrarme seis metros bajo tierra. Fragmentos de las tres sonatas se embarullaban en mi cabeza sin ton ni son, interpolándose. Pasé el pequeño mercado sobre la acera de Pallares, las marchantas invadiendo la banqueta sin permiso de nadie, los autos y motocicletas mal estacionados, los perros merodeando entre los despojos, los mugrientos niños comiendo mangos y plátanos, tirando las cáscaras al suelo embadurnado, las atildadas señoras de la colonia con sus bolsas de mercado, la algazara y regateo por un kilo de jitomates o cebollas. Crucé, por fin, la barahúnda mercantil y seguí, frenético, dos o tres calles hasta topar con Insurgentes, donde el tráfico y el ruido eran todavía peores, donde el esmog y el embotellamiento de coches lo entorpecían todo, lo emborronaban. ¿Era el final de la sonata a Kreutzer el que iría a coronar originalmente la octava o se trataba de la séptima? De repente lo había olvidado... Pero ¿y eso qué importaba? ¿Por qué cambió Beethoven de opinión? Necesitaba llegar al Schweik, olvidarme del hombre del bigotito ralo y de Badillo, de María Terrazas y la anciana del 4. Dos calles más... Si Beethoven no hubiese eliminado ese cuarto movimiento, Daniela y yo lo tocaríamos la próxima semana y las cosas no serían como son. Necesitaba urgente una bocanada de aire... Sólo entonces descubrí que todo se volvía, extrañamente, a repetir, que todo este sinsentido había iniciado cuando me encontré a Herminia por primera vez en el mismo restaurante el día de ayer, no, anteayer... Mierda. Otra vez confundía las fechas; ya no lograba recordar qué día era hoy, ni cómo habían ocurrido las cosas, es decir, qué había sido primero, cuál era el orden interno y la causalidad, la correcta concatenación de los hechos... si es que la había. ¿Era el scherzo primero o el adagio cantábile antes que el scherzo? Ahora mismo, en cuanto la viera, aclararía este enredo o al menos un fragmento de él. Algo, sí, una mirruña debía esclarecerse con sólo poder encararla, aunque no sabía con exactitud cómo lo iba a hacer. Verla, enfrentar por fin a la falsa media hermana de Daniela, tenía que ayudarme en algo, proveerme de valiosa información. Lo conjeturaba como se infiere un presagio divino, una obsesiva urgencia de entendimiento, y sólo por eso conseguí continuar adelante, impertérrito, envalentonado, tratando de pensar

lo menos posible en lo ocurrido dentro de mi edificio hacía pocos minutos, intentando no darle el más mínimo crédito a mis sentidos que habían oído, sí, la voz de la viuda Martínez, la anciana del 4... en el hecho de que estaba muerta y no viva, en que si estaba viva entonces no existían los agentes de la procu y que si no existían, entonces tuve que habérmelos figurado o los soñé o, por el contrario, existían y mi anciana vecina estaba muerta —pudriéndose desde hacía dos meses, según Gama— y yo estaba pasando por algún tipo de desfase oligofrénico, efecto del éxtasis de Herminia o una severa depresión...

Nomás llegar al Schweik, corrí como autómata al fondo del restaurante, justo donde se hallan las escaleras alfombradas que llevan al segundo piso. No sé aún por qué tomé ese rumbo en lugar de haberla ido a buscar (como era lógico) entre las mesas del primero, donde había ya muchas ocupadas. Este pequeño, casi irrelevante detalle, no lo aquilataría (al menos no en su debida proporción) sino hasta algunas horas más tarde.

En cualquier caso, allí estaba ella, al fondo del largo comedor del segundo piso, en la misma mesa, de espaldas como la primera vez, mirando por el ventanal los coches y peatones que pasaban despavoridos por la Avenida Insurgentes. De manera casi irreflexiva, crucé de un salto cuatro o cinco mesas, algunas de ellas ocupadas; me acerqué hasta la esquina y allí, a punto de tocar a Herminia por la espalda o llamarla por su nombre, Daniela se giró como si me hubiese olfateado desde hacía leguas.

Mi sobrecogimiento fue tal que mi compañera pianista me dijo en el acto:
—¿Qué tienes? Estás lívido, Fabián.

Abrí la boca, pero no logré emitir una sola sílaba. Lo volví a intentar y por fin, con trabajos, conseguí decirle:

—Francamente no esperaba verte aquí.

—¿Cómo no?

—Había quedado de ver... —a punto estaba de decir el nombre de Herminia cuando me di cuenta del absurdo, del error y el envilecimiento.

—Habías quedado de verme a mí —aclaró Daniela—. ¿Citaste a alguien más?

—No... Bueno, sí —mentí—, a Néstor... pero tal vez llegue más tarde.

—Pensé que ensayaríamos —dijo Daniela estupefacta—. Eso habíamos acordado. Veo que no trajiste tu violín.

—Lo olvidé por las prisas... —balbucí, atribulado, sin saber exactamente qué más debía añadir sin sonar por completo ridículo.

—Siéntate y explícame qué pasa. Soy toda oídos. Somos amigos, Fabián.

—Todo esto es muy raro... —dije sentándome a su lado, indeciso entre confesarme con Daniela o callarme para siempre la boca.

—¿Qué es lo raro?

—Que me digas que habíamos quedado en ensayar. ¿Cuándo quedamos?

—En la mañana —dijo Daniela, impaciente—. Te llamé y me dijiste que comiéramos aquí... Yo luego sugerí que nos fuéramos a mi casa a tocar las sonatas, y dijiste que sí. Pero ¿qué diablos te está pasando? ¿Es un chiste? ¿Se trata de una broma, Fabián?

—No, no...

—Y para colmo, te olvidas del violín... Tenemos una fecha encima, tienes un compromiso con Badillo, nos han pagado, y aún no hemos ensayado una sola vez, completas, las tres sonatas...

Un mesero apareció para preguntar si deseábamos beber algo. Pedí una cerveza y Daniela un agua mineral con hielo.

—¿Quién es Herminia? —solté de pronto.

—No conozco a ninguna Herminia.

—Tu media hermana.

—No tengo medias hermanas, ni hermanos ni nada.

—Ella me dijo...

—¿Quién es ella?

—La pianista —dije.

—¿O sea que tienes una pianista? —se alteró Daniela.

—No, no es eso...

—¿Entonces? —insistió, acalorada.

—Es largo de explicar, y no tiene ningún caso, créeme.

—Ahora me lo explicas todo.

—Fue un sueño —inventé, y añadí—: ¿De veras quieres que te cuente un sueño?

—¿O sea que Herminia es un sueño?

—Exacto —mentí, y de pronto no estaba seguro de si, acaso, Herminia

era de verdad un sueño.

—¿Y desde cuándo tienes estos sueños? No entiendo nada...

—Créeme, no hay mucho que entender. Digamos que he estado agobiado, no he dormido bien, paso insomnios y me he inventado algunas cosas...

—Truculencias, dirás —Daniela sonrió, y eso fue suficiente para que, a partir de ese instante, se distendiera esa viscosidad que se había ido cebando, asquerosa, entre los dos.

Daniela no insistió y yo no volví a mencionar el nombre de la bruja de la calle Poussin.

Después del Schweik, Daniela y yo cogimos un taxi, fuimos a recoger mi violín a Pallares y finalmente llegamos a su casa en la Nápoles. Como preví, Néstor nunca apareció en el restaurante. Adivinaba de sobra que no vendría. Era mejor así. Ahora tendríamos la tarde entera para ensayar las tres sonatas Opus 30, y eso al final hicimos sin premura, sin ninguna interrupción. No sé hasta qué hora estuvimos en su estudio trabajando y puliendo cada movimiento (10 en total), las cadencias melódicas e intervalos. Una y otra vez sincronizamos el *tempo* y el fraseo hasta por fin sentir que hallábamos el ritmo justo, la progresión armónica y las pausas... Daniela tenía dos características que a mí me emocionaban por encima de cualquier cosa: su independencia y su coraje, un arrojo inhabitual para desarmar la pieza y reconstruirla a su antojo. Poco a poco se fue apoderando de mí un indescriptible alivio al comprobar que las horas pasadas con Daniela eran, otra vez, tan fructíferas como las pasadas con Herminia, con la grata diferencia de que no nos emborrachamos, no fumamos, no nos besamos y ni siquiera se me ocurrió la posibilidad de desearla como había deseado a la otra...

Daniela era el exacto reverso de Herminia a pesar de ser extrañamente idénticas, dos caras de una misma moneda. Mi amiga era la antítesis, el envés, de Herminia en cuanto a lo que una u otra producían en mí y no necesariamente en su aspecto físico o la estatura, el seductor hoyuelo en la mejilla izquierda, las comisuras de los labios en forma de arabesco, los dedos de las manos o la voz. Esos rasgos, esas señas particulares, eran parecidas si descontamos, claro, que Herminia era morena y Daniela trigueña —castaña clara y no precisamente blanca—. Sólo evocarla o repetir su extraño nombre, Herminia, me suscitaba un impúdico deseo que no sentía (ni he sentido) por

Daniela. Una horrenda comezón iba apoderándose de mí cada vez que la veía desnuda en mi imaginación, cada vez que la contemplaba yaciendo, lasciva y coqueta, para mí, aunque no lo provocase o de plano rechazara (con magra voluntad) su imagen pervertida. Era una suerte de urgencia física, un cosquilleo viciado y febril... Con Daniela no existía tal cosa. Mi compañera me provocaba, al contrario, un sentimiento bienquisto, algo casi tenue y afable, como debe sentirse hacia una hermana menor, aunque yo no la tengo. ¿Era el velo de la música lo que me impedía verla con otros ojos más audaces? ¿Acaso era, me decía, la disciplina, el trabajo conjunto y la técnica lo que neutralizaba como por encanto cualquier atisbo de fuego hacia mi compañera pianista, o eran sus ojos castaños, a diferencia de los abisales ojos de Herminia?

Cerca de las diez me despedí de Daniela y tomé, otra vez, un taxi de sitio. Eran las diez y cuarto, creo, cuando llegué a mi casa, abrí la puerta de la calle en Pallares y subí a tientas, con miedo, hasta el segundo piso, casi como si no fuera mi hogar, como si temiera encontrarme o no encontrarme con la anciana del 4; eran las diez y media cuando abrí el doble cerrojo y entré en absurdo sigilo, cuando encendí las luces, abrí mi laptop y encontré, justo allí, en mi bandeja de entrada, el siguiente, incoherente, correo electrónico: “Estuve esperándote en el Schweik hasta las cuatro y media de la tarde y no llegaste, Fabián. Pensé que querías una explicación y pensaba dártela. Quería contarte lo del tepezcuintle y el hombre con bigote; pensé que ensayaríamos juntos como la vez pasada. Escíbeme cuando dejes de estar enojado conmigo. Un beso, Herminia.”

Sin pestañear, sin vacilar siquiera, le respondí en el acto: “No estoy enojado, Herminia. Al contrario...”.

Borré “al contrario”.

Esas dos palabritas sonaban ridículas cuando ni yo mismo sabía qué diablos querían decir... ¿Al contrario de qué? Tendría que ser *al contrario* de algo muy concreto, y lo cierto es que no hallaba un ejemplo a la mano, lo que significaba que *sí* estaba enfadado como Herminia intuía y no estaba dispuesto a aceptar...

Reinicié el correo, esta vez a la defensiva: “Estuve en el Schweik, tal y como quedamos. Fui yo el que estuve esperándote. ¿Dónde estabas tú?”. Pulsé el botón de enviar y la respuesta no se hizo esperar más de treinta o cuarenta segundos: “En el primer piso, al fondo. Comí sola como una tonta.”

No lo podía creer: ¿en el primer piso? ¿Y por qué no la busqué allí? ¿Por qué había ido directamente al segundo, asumiendo que Herminia estaría en el mismo lugar, en la misma última mesa en ese rincón con grandes ventanales mirando a la Avenida Insurgentes? ¿Y por qué era Daniela y no Herminia quien estaba sentada (en esta ocasión) en la misma silla y en la misma idéntica posición en la que había estado sentada Herminia la primera vez que la encontré? ¿Podían ser tan exactas las coincidencias? ¿Y a la misma hora? Evidentemente algo no marchaba bien; era claro que había muchas incongruencias en mi vida...

Fue hasta ese momento, creo, que por primera vez pensé si, acaso, no estaría verdaderamente soñándolo todo, tal y como le había mentado a Daniela en el restaurante... ¿Y si mi mentira fuera verdad? ¿Y si mi embeleco estaba sucediendo en este preciso momento? ¿Y si de veras estaba atravesando una desquiciante pesadilla? Me pellizqué. Todos lo hacemos cuando estamos en el límite absoluto de la duda, cuando no sabemos cuál es el sueño y qué estamos viviendo en la realidad. Sucedió lo obvio: me dolió. *Ergo*: no soñaba.

Sonó el teléfono.

Me desperecé, salí de mi estúpido ensimismamiento y descolgué como un autómatas pensando si, acaso, no podría ser ella:

—Bueno...

—Fabián.

—¿Néstor?

—¿Quién más? ¿Esperabas a una amiga?

—No seas imbécil.

—¿Te encabronó que no fuera al Schweik?

—Al contrario —respondí—. Daniela y yo practicamos toda la tarde gracias a tu ausencia. De hecho, vengo llegando.

—Me alegra. ¿Cómo van esas sonatas?

—Mejor —respondí, y de inmediato le pregunté—. ¿Cómo te fue con Raimundo?

—Bien, pero no te llamo por eso. Descubrí, por fin, la gruta secreta a dónde va el padre de Rogelio todos los martes y jueves por la noche.

—¿De veras? ¿Adónde?

—Es un antro de travestis y locas —y se echó a reír.

—¿Lo viste?

—No lo he visto... Por eso te llamo. Hoy es jueves, Fabián —y agregó con impaciencia—: Acompáñame. No puedo ir solo.

—¿Al antro?

—A espiarlo, sí. Necesito documentarme para el libro que escribo. Mi carnaval de bujarrones tiene que ser lo más verosímil del mundo.

—Pero ¿estás loco?

—Paso por ti en media hora.

No estaba seguro de no querer acompañarlo; quizá, muy en el fondo, no quería perderme el espectáculo. Mirar a don Eulalio con mis propios ojos, toparme con el padre cirujano de Rogelio vestido de mujer, enjoyado y maquillado, ligando con efebos treinta años más jóvenes que él, era una bacanal insoslayable. El morbo y la curiosidad se apoderaron de mí como por encanto y Néstor debía de sobra adivinarlo; por ése y no otro motivo el hijo de puta me colgó en el acto.

5

Puras mentiras. A todos les he dicho puras mentiras.

A Vivi, a Cristina y hasta a Nes, a quien estuve a punto de decirle (sí, sólo a él) la verdad cuando estuvimos por primera vez desnudos en su casa, cuando estuvo a punto de hacerme el amor y un absurdo prurito lo detuvo en el último instante. Iba a decírselo, tenía que contarle la verdad, pero preferí callarme.

Mentiras, puras mentiras. Todos creen que yo, la pequeña, soy virgen todavía, cuando las vírgenes son ellas, las reprimidas son ellas, como la pobrecita de mi madre. Cuando Viviana y Cristina me enfrentaron, cuando me acorralaron en mi habitación, les respondí colérica y vengativa que, aunque seguía siendo virgen, la perdería con Nes. No podía confesar (menos a ellas dos) la verdad rotunda... Esa misma, ridícula, mentira le he dicho a Néstor, no sé por qué. Era lo predecible, supongo, era lo que todos quieren oír o se imaginan. ¿Qué otra cosa pueden sospechar de una joven de mi edad cuando ellas, las mayores, siguen siendo vírgenes y remilgadas? ¿Cómo podrían siquiera adivinar que la menor sabe más del amor que ellas dos juntas? ¡Cómo las odio! ¡Cuánto las desprecio! ¿Cómo pueden ser tan distintas a mí siendo mis hermanas? ¿Cómo pueden ser tan parecidas entre sí, tan asquerosamente chapadas a la antigua? Y Néstor... Pensé decírselo, pero en el último momento, me contuve. ¿Se avergonzaría si lo supiera? ¿Me despreciaría? No lo creo, pero igual desistí, igual cerré la boca cuando pude haberla abierto. Y si me callé la verdad no es por vergüenza, sino porque quiero que piense que él —sí, él y nadie más— es mi primer amor, aunque no tengo idea cómo podré fingirlo a la hora que suceda.

Cuando la perdí, sangré mucho, dejé las sábanas manchadas... Tuve que lavarme hasta las rodillas, Dios, y me dolió, vaya que me dolió. Pero eso fue tan sólo la primera vez. A partir de entonces, cada vez que lo hacía sentía un gozo imposible de expresar, una alegría interior que no quería que terminase nunca... Me agarraba a su espalda, lo abrazaba con fuerza, hincaba mis

dientes en sus hombros, los marcaba mientras se movía, suave, trémulo, dentro de mí, encima de mí, acompasado... Después aprendí a subirme en su cuerpo y luego él me enseñó otras formas mejores. Lo amaba. Sí. Él fue mi primera vez y no Néstor, aunque a todos les diga lo contrario, aunque Vivi y Cristina piensen que el mejor amigo de Rogelio será (muy pronto) el primero. Yo tenía quince años recién cumplidos. No había tenido un novio formal, sólo un par de besos con chicos de mi clase y los dos tenían barros, ninguno de los dos sabía mover la lengua como me enseñó el primero. Estaba en tercero de secundaria y Dalia, mi mejor amiga, era su hija. Sí, su papá era mi amante, él fue mi primera vez... y mi segunda y tercera y cuarta y quinta. Yo amé a Benito con toda mi alma y Dalia nunca lo supo, tampoco su madre. Pero de eso han pasado dos años ya. No soy la niña de 15 que fui. Tengo 17. Y aunque Cristina me llame mocosa y escuincla, la única inexperta y mocosa es ella, la que no sabe nada del amor es ella, la que me envidiaría si supiera la verdad es ella. No soporta que el mejor amigo de Rogelio haya puesto sus ojos en mí, que un hombre once años mayor que yo se haya fijado en la más pequeña, la insignificante.

6

Néstor llegó sobre las once. Era tarde para salir, pero temprano para ir a la Zona Rosa. Eso al menos dijo mientras abría la pequeña maleta de cuero y comenzaba a extraer, una a una, las prendas multicolores, las falditas y vestidos, las pelucas de distintos tamaños y estilos, los sostenes y tanguitas, el rímel y los lápices labiales, el colorete, las medias, los zapatos de tacón de su madre, negros, blancos, dorados, con y sin hebilla. Cualquiera habría dicho que los putos, las urracas, éramos nosotros dos. ¿Cómo diablos saldría de mi departamento en esas fachas? ¿Calculaba a lo que me exponía, y sólo por el morbo, la patológica curiosidad de encontrarme con don Eulalio en vivo y a todo color? ¿Entendía las consecuencias? Néstor ni siquiera se inmutó cuando me opuse. Sólo dijo muy serio:

—De otra manera no podremos entrar, Fabián, aparte de que don Eulalio nos reconocería.

—¿Qué clase de antro es ése?

—Ya te dije —ripostó—. De putos.

—¿Travestis?

—Exacto.

—¿No se puede simplemente ser homosexual vestido de civil, maricón de traje y corbata, gente decente?

—En ese antro es literalmente imposible. No es un sitio de gays bien vestidos, sino de locas, bujarrones, ya te lo expliqué. Es único en el mundo. Fantasmagórico...

—Ya lo veo. Hay que ir vestidos de payaso. Como a una fiesta de Halloween.

—Sí —se rio Néstor sin dejar de probarse las pelucas: una pelirroja, otra castaña, la siguiente rubia—: De payaso maricón, digamos. Ni modo. Ése es el precio si quieres encontrártelo. Yo no me lo quiero perder, por supuesto. Y transfigurarme en mariposa por una sola noche tampoco me va a hacer menos

hombre.

—¿Qué pensaría tu noviecita si te oyera decir eso? —me burlé.

—¿Marisa?

—¿Qué otra?

—A mí me parece que te mueres de la envidia.

—¿Envidia? —contesté sarcástico, y de inmediato añadí—: Menudo problema en el que te has metido. Rogelio te quiere matar. Es apenas una niña, ¿no te das cuenta? Tienes que sentarte con él y explicarle...

—¿Explicarle qué?

—Que fue un error, cualquier tontería...

—Hablemos mejor del padre de Marisa y regálame un tequilita para ir carburando motores, ¿no?

Me dirigí a la cocina, saqué la botella de Herradura blanco, serví dos caballitos y volví a la sala donde llevábamos a cabo nuestro fantástico ritual noctívago.

—¡Qué locura! —dije al tiempo que brindábamos y chocábamos los tequilas—. ¡Vestirnos de putas asesinas! ¿Qué van a pensar en mi edificio?

—Son las once pasadas. Todo el mundo está dormido.

—Eso crees tú.

—Si te preguntan, puedes decirles sin empacho que vinieron dos tías tuyas de Sinaloa.

—¿Y por qué de Sinaloa?

—Porque allá están altotas y bien buenas y nosotras dos también, manita —nos reímos a carcajadas con la ocurrencia.

Era medianoche cuando bajamos a tomar el taxi que habíamos mandado pedir. Ni qué hablar de la cara de total perplejidad del conductor al contemplarnos subir a su pequeño coche. El quinto par de tequilas había hecho su efecto y la vergüenza había disminuido en los últimos diez minutos. Ésta resurgió, no obstante, cuando el chofer nos preguntó adónde nos llevaba y entonces reconocí la voz del mismo tipo que me había recogido cerca de la calle Poussin y se había detenido en la farmacia a comprarme unas gasas y un ungüento para las heridas. ¿Me habría reconocido? Por supuesto que sí, reflexioné. Nos acababa de recoger en el mismísimo edificio donde me había dejado ayer o antier, ya no recordaba cuándo: otra vez las fechas se me

embarullaban, pero eso no importaba ahora. Importaba la fatal coincidencia, la irrisoria desgracia que me perseguía, la cual se incrementó cuando el taxista me dijo desde su asiento:

—¿Cómo va la herida?

Sacado de guardia, hice de tripas corazón y le contesté con inconfundible voz varonil, para que no quedaran dudas al respecto:

—Mucho mejor. Gracias.

—¿Cuál herida? —preguntó Néstor saliendo de su ensimismamiento.

—Un tepezcuintle, ¿no es así? —dijo el conductor.

—¿Un tepezcuintle? —saltó Néstor—. ¿Cuándo fue eso?

—Te lo quería contar, ¿recuerdas? —refunfuñé.

—No...

—Fue ayer, señor —dijo el chofer, y casi de inmediato rectificó sin soltar el volante—: ¿O prefiere que le diga señorita?

—No se crea —respondí ofuscado—. No es lo que parece.

—No se preocupe —dijo el taxista con graciosa cordialidad—. Aquí se ve de todo. Padres de familia ejemplares que se van de putas o de putos; amas de casa en busca de un amante, ancianos que buscan jovencitos. Prostitutas de calidad que se visten de niñeras, de enfermeras o hasta de mujer policía con esposas y macana. Estoy acostumbrado. Miro y callo. No se preocupe...

—Le digo que no es lo que parece —insistí tras la pátina de maquillaje y el lunar inmenso que Néstor me había pintado junto a los rojísimos labios.

—¿Y cómo fue lo del tepezcuintle? —insistió Néstor bajando la ventanilla.

Iba, por fin, a contarle mi enrevesada historia con Herminia y el hombre del bigotito ralo, cuando justo vimos en un alto de Insurgentes, a la altura de Sonora, al mismísimo Rogelio saliendo del legendario bar Gema con una hermosa joven bajo el brazo. La chica tendría unos 25 o 26 años; era rubia, pero no del tipo de rubia de cabellos oxigenados. Podría haber pasado por danesa, holandesa o hasta gringa. Pero ¿era de verdad prostituta? Sabía por experiencia que no existía mujer que saliese del bar Gema que no lo fuera.

—¿Y eso? —le dije a Néstor señalando a nuestro amigo desde el coche.

—No me lo creo —respondió—. De putas el Rogelio.

—Y nosotros de putos...

El taxista se rio con mi exabrupto y añadió:

—Se ven muy pegaditos. Más que prostituta, la chava parece su prometida.

Apenas lo dije, el semáforo se puso en verde y el taxi arrancó. Dejamos atrás a nuestro amigo y a la joven que lo acompañaba del brazo. Ya no hubo ocasión de referir mi complicada historia, pues en escasos diez minutos (el tiempo que duró el trayecto hasta la Zona Rosa) el taxista se lanzó a contarnos, muy orondo, el relato de una puta conocida suya asesinada por un celoso cliente conocido suyo: ahora el cliente estaba en la cárcel y la puta sepultada. Al parecer, en una época no muy lejana, esa puta había sido su amante también y por eso temía por su vida todos los días. Por fin llegamos. El tipo nos dejó a la entrada de un tugurio subterráneo en una de las calles menos concurridas de la Zona Rosa, si es que existe algo poco concurrido en esa zona. ¿Cómo iba a bajarme del taxi con estas prendas amarillas y rosas y en tacones altos y peluca rubia? ¿Y si alguien me reconocía? No había ponderado el rubor y la locura, la vergüenza que, pese a todo, me agobiaba otra vez. No obstante, al final, todos mis melindres se vinieron abajo cuando Néstor me lanzó hacia afuera de un seco empujón, pagó con un solo billete y se metió al antro sin decir una palabra. Lo seguí como un becerro en lactancia. La música retumbaba adentro, al fondo. Había que bajar varios escalones estrechos, una suerte de paso a desnivel que, poco más tarde, conducía a un saloncito rojo carmesí donde uno pagaba una modesta comisión para entrar. Pagué por los dos, recibí el cambio y un tipo con camiseta de gimnasta y anchos pectorales afeitados nos hizo pasar a través de una segunda cortina lo más cursi del mundo. Tras la cortina, casi de inmediato, nos topamos con una inmensa barra y una alongada cantina adornada con multitud de espejos y conchitas, los cuales reflejaban una miríada de botellas y licores repitiéndolos. Un nutrido grupo se apiñaba en esa zona pidiendo una cerveza helada, un vodka tónico, una cuba o lo que fuera. Mujeres, un mundo de hermosas mujeres pintarrajeadas... pero ¿eran verdaderas o me engañaban la vista y la oscuridad conjuntas? Por supuesto que no lo eran. Por la noche todos los gatos son pardos, recordé con una involuntaria mueca de asco. La falsa impresión había durado apenas un par de segundos. Comprendí que aquellas siluetas eran hombres y que algunos de ellos no estaban, a pesar de todo, vestidos o maquillados de mujer, pero que ese minúsculo detalle (la máscara) tanto o poco daba en esos críticos momentos de calor y lujuria, pues a aquellos otros evidentemente les

gustaban los hombres vestidos de mujer y a éstas les gustaban los hombres que se los quisieran coger. Y con eso bastaba y sobraba. Entonces me vi reflejado (un fragmento) en el espejo de la cantina. Yo era una de ellas, Dios. Y a mi lado un hombre mayor. Lo reconocí tras la capa de colorete y rubor intensísimo, las cremas blanquecinas para las arrugas y las pestañas postizas: era don Eulalio Ricart vestido de señora bien, el padre de Rogelio maquillado y sonriente, coqueteando a los más inexpertos y jóvenes, a mí, por ejemplo, a quien evidentemente no había reconocido bajo el lunar y la máscara... Me equivocaba: yo era una de ellos, uno de esos bujarrones relumbrantes buscando a su macho cabrío o en su defecto: a su efebo. No me coqueteaba a mí en particular, sólo me hacía plática, se dirigía a mí, su nueva compañera de barra; me decía algo ininteligible, filtrado y ensordecido por culpa de la música. Don Eulalio no podía ni quería flirtear con una que fuese como ella, como yo, por eso, supongo, me dijo sin mirarme a los ojos pero señalando a dos tipos corpulentos, de pelo en pecho, que empuñaban una cerveza en la otra orilla de la barra:

—¿Guapos, no?

—Sí —susurré dándome clara cuenta que el doctor Ricart no había reparado en mi verdadera identidad: tan perfectos debían ser mis femeninos atavíos y mi antifaz.

—Yo me los cogería a los dos hasta dejarlos tiesos... ¿Tú no?

Claro, pensé con un escalofrío: para ella, para don Rogelio, cogérselos no significaba penetrarlos, sino ser gozosamente penetrado por ellos.

—Disculpa, tengo que ir al baño un momentito —exclamé.

—¿Dirás al tocador, amiga?

—Claro, al tocador.

—Te acompaño —dijo el padre de Rogelio mirándome, por fin, a los ojos.

—No hace falta —respondí empalideciendo, asustado de que de veras me siguiera y me descubriese a la luz del tocador...

Salí huyendo del bar sin mirar atrás o hacia los lados, sin volver a buscar a Néstor para pedirle que nos largáramos de allí. En apenas treinta segundos logré cruzar ese infranqueable muro de cuerpos sedientos y abrasados.

Lo último que recuerdo de esa noche fue haber tomado un taxi a media calle del antro. No sé qué horas podían ser, pero ya clareaba en el horizonte.

Pensé que me había quitado la peluca y el relleno del sostén mientras el coche volaba por Insurgentes, pero luego descubriría que no había sido así. Mi perifollo femenino seguía intacto; el rímel y el carmesí en los labios, igual. En menos de veinte minutos estaba aterrizando en mi casa, a punto de caer desplomado y con una náusea de los mil demonios.

Cuando a las pocas horas despegué el ojo, tenía a dos hombres frente a mí. ¿Qué hacían dentro de mi casa? ¿Quiénes eran? Me levanté del sofá de un salto pensando que me harían daño, pero a los pocos segundos los reconocí: Juan Carlos Niño y Marcos Toledo, los agentes de la Procu.

Toledo me dijo:

—No se espante. La puerta estaba abierta y nos permitimos entrar.

—¿Abierta?

—Sí —dijo Niño solazándose—, nos pareció extraño, pero igual usted está bien y eso es lo que importa.

—¿Por qué estaría mal? —dije restregándome los ojos: la luz entraba a raudales por la terraza.

—No lo sé. Usted díganos —repitió Niño, sarcástico—. Luego de lo que le ha ocurrido a su anciana vecina del 4...

—La señora Terrazas del 2 nos abrió la puerta de la calle y nos permitimos subir —añadió Toledo—. Queremos que nos acompañe al ministerio público.

—¿Para qué? —dije sobresaltado.

—Por nada malo, no se preocupe —se rio Niño—. Sólo queremos que venga a rendir una declaración.

—Pero ya declaré. Les dije lo poco que sabía.

—Pero no es poco, señor Alfaro. Lo que sabe es muchísimo —se burló Toledo—. De cualquier forma, no va a llevarle mucho tiempo. Se lo prometo. Una o dos horitas a lo más.

—Pero ¿se me acusa de algo?

—Ya le digo que no. Sólo queremos que repita lo que nos contó, pero esta vez Juanita, una taquimecanógrafa muy linda, pondrá por escrito su versión de los hechos.

—¿Una taquimecanógrafa? Pensé que eso ya no se usaba. ¿Por qué mejor no me graban aquí mismo y así terminamos más pronto? —dije metiéndome

en camisa de once varas.

—No se graban, don Fabián; se filman, pero no aquí, sino en la Procu —explicó Toledo hurgándose la nariz salvajemente picada—. Ultimadamente, no se preocupe por eso. Nosotros lo llevamos y lo retachamos sanito para que toque su violín toda la tarde.

—¿Y si me opongo?

—Pues muy sencillo —se rio Toledo enseñando una muela de oro que no le había visto hasta ese momento—: le meto un macanazo en las costillas y luego le pongo las esposas. Y ya verá que sí viene por las buenas.

—Le digo que no se preocupe —añadió Niño en plan tranquilizador—. No lo vamos a secuestrar ni le vamos a cortar los güevos, je je... Es un puro formalismo y nuestro jefe, el subprocurador Luis Eduardo Meurine, quiere estar seguro que estamos haciendo con eficiencia nuestro trabajo. De lo contrario, no habrá aguinaldo a fin de año y eso sí que me requete emputa.

—Mi jefe quiere resultados —añadió Niño—. Está hasta la madre con lo del asesinato en el Parque de los Muertos, y ahora, para colmo, se nos viene el misterio de la pinche anciana del 4.

Sólo entonces recordé el maquillaje, el rímel, la pintura de labios, las medias de cuadritos y la ropa de mujer, pero no había nada a alrededor que delatara el frenesí de la noche pasada. Me toqué la cara buscando huellas comprometedoras. ¿Me la había lavado antes de echarme a dormir? La verdad no lo recordaba. ¿Y los vestidos y falditas? Les pregunté si podía ir al baño, a lo que los dos asintieron acomodándose en el mismo sofá donde había estado pasando las últimas noches.

Cuando entré y me miré en el espejo, no encontré rastro de la desvelada: ni una gota de crema o pintura, de colorete o lápiz labial. Nada. Ni siquiera el lunar junto a la boca que Néstor me había pintado con mano maestra. No vi una sola peluca tirada ni una alhaja ni unas medias. Tampoco descubrí una sola huella que denotara la estampida de la noche pasada con Néstor. Sólo dos caballitos vacíos y la botella de Herradura sobre la mesita junto al sofá.

—Parece que se la pasó bien anoche —dijo Toledo incisivo al verme regresar con una toalla en las manos—. ¿Trajo una amiguita?

—Un amigo —aclaré.

—¿Y estas hojas? —Niño levantó el pequeño legajo de Néstor, y otra vez pensé en el maldito embarullo en el que estaba metido por culpa de ese relato

o lo que fuera que me había endilgado como requisito que no había logrado cumplir, una especie de castigo divino perennemente postergado.

—Son de un amigo —dije, y agregué—: Estoy listo.

—Pues vámonos.

Cerré la puerta con doble llave tras dejar pasar, primero, a Juan Carlos Niño y a Marcos Toledo; acto seguido bajé las escaleras escoltado por ambos, hasta que por fin salimos del edificio. Hacía calor y la calle vibraba de gente y de ruido. Los ígneos rayos de junio resplandecían con fuerza en la acera. ¿Qué horas eran? ¿Las once? ¿Las doce? Había olvidado mi reloj. Mierda. Justo antes de subir al Galaxy negro estacionado frente a la entrada del edificio, vi a la señora María Terrazas acercarse hacia nosotros con un kilo de tortillas en la mano:

—Señores, ¿gustan una tortillita? Están bien calientitas.

—Yo sí le acepto una —dijo Niño parado en la banqueta con la puerta del auto abierta de par en par.

—Llévese dos o tres para el camino —insistió mi vecina, y agregó—: ¿Adónde van tan contentos, se puede saber?

—Aquí don Fabián insiste en rendir declaración en la Procuraduría, y nosotros pues le hemos aceptado el ofrecimiento —dijo Toledo haciéndose el chistoso.

—Por cierto, don Fabián —dijo María Terrazas—: vi salir a dos señoras de su casa. Era ya tardecito. ¿Quiénes eran? Le pregunto porque no queremos gente extraña en el edificio, y menos después de lo ocurrido, ¿no le parece, inspector?

—Pues claro —dijo Niño sin dejar de masticar su tortilla, y luego se giró hacia mí—: ¿No que andaba con un amigo?

—Eran dos tías de Sinaloa —dije enmudeciendo de frío, y de inmediato añadí—: Pero ya se fueron hoy.

—¿Cómo? ¿Tan temprano? —ironizó Marcos Toledo—. ¿Apenas llegamos y ya se fueron sus tías?

—Para la próxima, preséntelas —dijo Niño con sorna.

—Eran guapas y altotas, eso sí, y estaban muy acicaladas las dos —añadió María Terrazas—. ¿Usted no quiere una tortillita, inspector?

—No, gracias —respondió Toledo mostrando su muela dorada—. Ya nos tenemos que ir. La mantendremos informada de lo que ocurra con nuestras

averiguaciones.

—Si sabe o si recuerda algo, no deje de avisarnos —agregó Niño.

—Gracias. Y cuídese mucho, don Fabián —se despidió mi vecina.

Por supuesto, no me cuidé mucho. Aunque lo hubiese intentado, mis celadores no me dieron oportunidad. Lo que ocurrió una vez salimos los tres de Pallares y tomamos hacia el sur de la ciudad, no sé si pasó tal y como lo viví en carne propia o si me lo imaginé o si aconteció en un estadio digamos que intermedio, una zona más bien crepuscular, territorio de vigilias y de duermevelas. Ahora mismo, una escueta parte (la más sensata) me dicta que todo fue soñado, pero otra parte (no menos sensata) me dice que ocurrió a carta cabal. En esta delgada ambigüedad, en esta suerte de insufrible ambivalencia, me la he pasado desde que, horas más tarde, volví a mi departamento hecho una piltrafa. La duda, pues, me ha socavado por el simple y desastroso hecho de que, al despertar, yo seguía pintarrajeado aún, llevaba ese maldito lunar que Néstor me había estampado y la ropa de su madre seguía tirada por la sala de mi casa. En resumen, que si fui torturado en aquel ruinoso zaguán al que Toledo y Niño me arrastraron, significa que no hubo noche de travestis como quise creer, pero si, en cambio, no fui torturado y todo me lo imaginé, significa que realmente había estado con el padre de Rogelio en la barra de un antro de maricas. Queriendo salir del aprieto, le llamé a Néstor para que me lo aclarara, pero no lo encontré. Debían ser alrededor de las doce. ¿Dónde diablos estaría el zoquete de mi amigo novelista? ¿Dormido? Intenté de nuevo, y nada. La luz de la mañana entraba a raudales por la terraza. Vi otra vez la ropa de su madre, las pelucas, las medias y los zapatitos de tacón, el colorete y las ropas íntimas y me dije en el acto: no hay duda, todo lo soñaste, Fabián, los inspectores no te torturaron, nadie vino por ti para llevarte a ningún maldito galpón... Podía o no haber sido secuestrado por ese par, repito, podía o no haber sido llevado al sur de la ciudad —mucho más arriba de la colonia San Bernabé, en la misma cima del cerro—, podía o no haber sido ingresado a trompicones dentro de un siniestro cobertizo donde primero me amarraron, y luego me preguntaron una y mil veces si había o no matado a mi vecina del 4, la viuda Ofelia Martínez, la decrepita anciana de chancletas de hule amarillo. Todo eso podía no haber ocurrido, por supuesto... aunque el problema es que todavía recuerdo, prístinos, los tehuacanazos a presión. Recuerdo la vergüenza y el envilecimiento, los ininterrumpidos coscorriones, igual que si fuera un niño

travieso de primaria, aunque eso sí: propinados con vehemencia por el inspector Marquitos Toledo. Así le decía Niño a su colega: Marquitos, y éste se reía a mandíbula batiente y me volvía a dar un coscorrón con mucho mayor fuerza que el anterior. Luego Niño intentaba, una y otra vez, meterme el Tehuacán por las narices aunque sin poder conseguirlo. Por más que Toledo inclinaba la silla hacia atrás, las burbujas no lograban subir por mis orificios —o bien era yo quien exhalaba con denuedo para evitar ser asfixiado—. En cualquier caso, conseguí ser liberado un par de horas más tarde cuando se me ocurrió decirles (acaso para salvar el pellejo) que sabía algo sobre el asesinato de la adolescente del Parque de los Muertos. Sólo entonces cejaron en su empeño los hijos de puta. Sólo entonces se cansaron de preguntar. Se dieron cuenta, acaso, de que no había nada que sacarme en relación con doña Ofelia, y en cambio algo podría desembuchar (por las buenas, claro) en conexión con el asesinato de la joven. Ni qué decir que el mentado aguinaldo no vendría sin antes averiguar las señas del asesino. Eso al menos les oí decir mientras me golpeaban. Era ésa y no otra su principal y única preocupación. Ni qué hablar que su jefe, el subprocurador Luis Eduardo Meurine, los zurraría si no esclarecían al menos uno de los dos crímenes (suponiendo, claro, que doña Ofelia hubiese sido asesinada, cosa que estaba por verse).

—¿Qué sabes de ese asesinato? —me preguntó Marquitos rascándose la enorme nariz y sacándose un moco.

—No mucho, en realidad —dije, mientras me secaba la cara con una toalla sucia y húmeda que Niño me prestó—, pero del posible asesino sí sé algo...

—¿Lo conoces?

—No.

—¿Sabes quién es?

—Tampoco.

—¿Estás tomándonos el pelo, cabrón? —preguntó Toledo, impaciente.

—En absoluto —respondí tratando de mostrar la mayor entereza aunque todavía cagado de miedo—. La historia es larga de contar...

—Pues nos la cuentas...

—Nadie aquí tiene prisa. ¿Acaso te espera tu mujer, Marquitos? —dijo Niño.

—No tengo —dijo Toledo riéndose—: la mandé a la chingada por andar de puta, ¿y tú, Juan Carlos?

—Pues la recibí en mi casa luego de que tú la mandaste a la chingada y me la he estado cogiendo bien rico.

—Me saliste listo, cabrón —se rio el agente Marcos—. Y bueno: dinos tu historia, Fabián. ¿O prefieres que te digamos “señor Alfaro”?

—No hace falta —dije.

—Basta de pendejadas —prorrumpió Niño—. Desembucha o te meto otro Tehuacán, pero esta vez en el culo.

—Venía del Parque de los Muertos la otra noche, ya muy tarde... — empecé temeroso, a tientas, calculando las bifurcaciones latentes del relato, sus infinitas (posibles) disyuntivas.

—¿Qué noche?

—No sé —contesté verdaderamente atribulado—. Hace dos o tres. Tal vez cuatro. Se me confunden las fechas últimamente...

—¿A qué chingados fuiste a un parque en la noche, se puede saber?

—Tenía que cruzarlo de vuelta, pues había ido a visitar a una colega pianista justo al otro lado, en la Mixcoac. Debíamos ensayar unas piezas de Beethoven.

—¿Te la cogiste? —preguntó Niño con curiosidad.

—No.

—¿Entonces por qué fuiste tan tarde a su casa? ¿Te gusta, acaso, andar rondando los parques o qué?

—No, de ninguna manera...

—Entonces no me salgas con que ensayan a Beethoven por las noches, cabrón.

—Esa vez fue así —aclaré luego de que Marquitos me diera un violento coscorrón.

—Luego de cruzar el parque me metí en un barecito atrás de Insurgentes. El Tepe, se llama. La verdad no lo había visto hasta entonces. Está como encajonado entre dos calles y una cerrada muy oscura. Hay poco alumbrado por allí, salvo las luces de la entrada.

—¿Y qué pasó? —Toledo empezaba a perder la paciencia.

—Pues que un tipo se me acerca y me dice que él sabe algo sobre el

crimen del parque.

—¿Y qué sabía el hijo de puta? —dijo Niño, intrigado.

—No sé —respondí—, porque me largué aterrorizado sin dejarlo terminar. Ni siquiera me acabé mi whisky.

—No es para menos —se burló Toledo.

—¿Y cómo era ese hombre? —insistió Juan Carlos Niño.

—Delgado, con bigotito ralo y una mirada bastante siniestra, la verdad. Tiene un tepezcuintle que me mordió —dije sin caer en cuenta de que, otra vez, me delataba, pero ya era tarde... Marquitos Toledo rugió con voz tonante:

—¿O sea que sabes dónde vive?

—No... —dije aturdido, pero de inmediato rectificué—: Bueno, sí.

—¿Sí o no?

—Lo que pasa es que al otro día fui a buscar a mi compañera pianista y al abrir la puerta de su casa, salió ese mismo señor.

—¿El del bigotito ralo?

—Sí.

—¿No me digas que te cogiste a su vieja?

—No.

—¿Era su papá?

—Tampoco.

—¿Su criado, su jardinero?

—No lo sé.

—Entonces ¿quién chingados era? —prorrumpió Niño dándome una tremenda bofetada en la mejilla derecha.

—No tengo idea —dije tocándome el cachete, que ardía a mares—. Ésa es la cuestión. Me quedé de piedra cuando lo reconocí.

—¿Y él te reconoció a ti?

—Creo que sí.

—¿Qué se dijeron?

—Nada.

—¿Nada?

—Sólo me mordió su tepezcuintle cuando estaba a punto de largarme de

allí, asustado.

Ya no podía echar marcha atrás: me había ido de la lengua, tenía que demostrarles que todo lo que contaba, por inverosímil y descabellado que fuera, era completamente real, por lo que no tuve otro remedio que subirme la pernera y mostrar la herida en mi pantorrilla izquierda: ésa seguía allí, las marcas simétricas de los colmillos eran palpable señal de que lo que decía no era inventado.

—¿Y qué pasó después de que te mordió su tepezcuintle?

—Nada. Ya les dije. Me fui corriendo y luego tomé un taxi. Eso es todo.

—¿Puedes enseñarnos esa casa?

—Si ustedes quieren.

—¿Dónde queda?

—Poussin 16, cerca de la plaza Gómez Farías.

—¿Avenida Porfirio Díaz?

—Sí.

—¿Nos llevas?

—Preferiría que no —rogué.

—No es lo que prefieras, cabrón. Es lo que nosotros te digamos.

—Sí, luego ya te puedes ir a tocar tu pinche violín —concluyó Juan Carlos Niño.

Dije ya que todo era inexacto pero a la vez diáfano como esta luz que entra a raudales por la terraza de mi departamento. La memoria de lo ocurrido es clara, pero por algún motivo casi todo se me enturbia cuando lo reconstruyo, cuando intento ordenarlo y conferirle un sentido más o menos coherente. Recuerdo, por ejemplo, que fuimos a comer a una fondita cerca del galpón, en la misma colonia San Bernabé, arriba de San Jerónimo; los tres pedimos lo mismo, arroz con blanquillos y espinazo de cerdo con verdolagas en salsa verde; Toledo pagó muy orondo y nos fuimos a casa de Herminia en Mixcoac tras haber atravesado un maldito tráfico de, por lo menos, dos horas; recuerdo que bajamos del Galaxy negro y que Juan Carlos Niño tocó la misma aldaba que yo había tocado la segunda vez que estuve allí. Puedo ver a Herminia abriendo el portón de su casa, fantasmagórica y bella, y puedo imaginarla en el acto de besarme los labios como si nada malo hubiese sucedido en el mundo. Recuerdo cómo se acercó, mayestática y tranquila, a

los inspectores para saber qué se les ofrecía, y también los miro a ellos, nerviosos y abochornados, mostrarle su charola de la PGR y preguntarle por su padre...

—Mi padre no vive aquí.

Perplejo, Niño insistió:

—¿Podemos hablar con su jardinero?

—No tengo jardinero.

—¿Y el mozo?

—Tampoco tenemos mozo. Sólo vivimos mi madre y yo.

—Un mozo de bigotito ralo, un tipo delgado —insistí.

—¿No hay hombres en su casa? —añadió Toledo.

—Ninguno —respondió Herminia—. Nunca ha habido un hombre desde que mi padre nos dejó, salvo Fabián, claro —y me sonrió al decir esto—. Pero ¿de qué se trata, inspectores?

—Tiene usted un perrito, señorita.

—No me gustan los animales.

—Pero tienes una mascota —intervine yo.

—¿Yo, Fabián? ¿Qué te hace pensar eso?

El tepezcuintle que me mordió, nada menos y nada más, pero antes de recriminárselo frente a los esbirros recordé las fotos de animales en su inmenso estudio la noche que ensayamos las sonatas: tortugas, palomas, gatos, canarios, hurones, perros, qué sé yo.

—Las fotos —dije—. Por eso te lo pregunto.

—¿Qué fotos? No entiendo... ¿Por qué traes aquí a estos señores?

—Por nada —respondió Marcos Toledo—. De hecho, ya nos vamos. Disculpe la molestia, señorita.

—¿Quieres entrar? —se dirigió a mí ensayando una mueca de modestia, algo que yo sabía no estaba en su auténtica naturaleza. Luego añadió en un susurro—: Todavía te debo una explicación, ¿recuerdas?

—Otro día —le respondí—. Estoy un poco cansado.

—¿Y las sonatas?

—No hace falta. Las estoy ensayando con Daniela.

—Pero si ella sigue en Nueva York. Acaba de llamarme.

Estaba harto, furioso. ¿Nueva York? Quería estrangularla, largarme de allí, no volver a oírla en mi vida, no volver a saber una palabra de ella, de sus embelecocos y mentiras. Deseaba llegar a mi departamento cuanto antes, echarme a dormir y olvidarme de todo lo ocurrido: la paliza, las horas de tortura, los tehuacanazos a presión, las verdolagas en salsa verde y la inmensa nariz picada del inspector Marcos Toledo. Quería huir de esa maraña, esa intrincada red de falsedades.

A punto de subirme al Galaxy otra vez, Herminia se acercó intempestivamente: quería decirme algo, una última palabra. Los inspectores ya estaban dentro del coche, esperándome. Me aproximé al portón medio abierto y entonces me dijo en una especie de murmullo helado:

—Ese hombre, el del bigotito, es el padre de Daniela, para que lo sepas, pero no vive aquí... y sí, tiene un horroroso tepezcuintle que más bien parece una zarigüeya. Lo adora. Siento mucho que te haya mordido, pero como me dejaste plantada en el Schweik, ya no pude explicarte lo que está ocurriendo...

No cabía del asombro o la ira. Sólo pude exclamar:

—¿Y por qué no se los dijiste a ellos?

—Para cuidarla a ella, defender a mi media hermana y de paso para protegerte a ti... aunque no lo entiendas. Sólo por eso. Yo no soy una bruja ni te quiero hacer daño. Al contrario...

Acto seguido se metió en su casa sin volver a mirarme. Ni digna ni enfadada, ni orgullosa ni arrepentida, sólo desapareció fría, inverosímil, como una bellísima hada morena del bosque...

Los inspectores me dejaron en Tlacotalpan, justo en la esquina de mi edificio, a un lado de la tortillería. Toledo se apeó del Galaxy a comprar un kilo de tortillas no sin antes advertirme con su muela de oro brillándole que volverían los dos otro día, que no se me ocurriera desaparecer, que estuviese al pendiente mientras proseguían con la averiguación. Caminé aprisa los cincuenta metros que restaban hasta mi edificio, subí al departamento, abrí el doble cerrojo y me eché a dormir en el sofá, otra vez en el mismo maldito sofá, como si mi cama tuviera liendres o pulgas. Debían ser las seis de la tarde. Oscurecía. Ni siquiera miré mi correo cuando llegué a casa. Ni siquiera me quité la ropa. Creo que fui a la alacena, pero tampoco estoy seguro. Creo que saqué la botella de Herradura y no sé si me serví un caballito o dos o tres o acaso ninguno... Ahora sólo puedo asegurar una cosa: amanecí maquillado

y empolvado, el enorme y negro lunar muy cerca de los labios, el rímel esparcido, la peluca tirada en el suelo y un montón de ropa de mujer desparramada por toda mi sala. Volví a marcarle a Néstor aunque era ya inútil escucharlo, oír su propia versión de mi historia: las prendas, los tacones altos y el maquillaje contradecían la otra, nefasta, realidad, ésa por la que acababa de atravesar como por un espantoso túnel infestado de sueños, una maligna fábrica de laberintos... Eran las 11 pasadas. La luz entraba a raudales por la terraza. Abrí mi laptop, entré a mi bandeja y encontré dos nuevos correos. El primero, de Néstor, respondía (sin imaginarlo) a mi pregunta:

“Hola Fabián, ¿qué diablos pasó ayer? Te busqué como loco y no estabas por ningún lado. El padre de Rogelio, con quien te vi platicando en la barra, me dijo que habías ido al tocador, ja ja... Sí, tal y como lo oyes: yo también conversé con don Eulalio hasta que el muy joto me quiso besar. Y yo que pensaba que sólo le gustaban los hombres... Pues no, le gustan también los hombres vestidos de mujer, ¿lo puedes creer? O sea que aparte de urraca, es lesbiana. En cualquier caso, seguí tus pasos y me largué de allí, despavorido. Por fortuna don Eulalio nunca supo quiénes éramos. No te preocupes. Estábamos muy bien vestidas, irreconocibles, amiga, ja ja. Ahora mismo estoy saliendo a Zacatecas con Raimundo. No hemos visto a mi madre hace mucho y quiero aprovechar y ponerme a escribir. También necesito darle un espacio a Marisa. Está muy clavada la pobre y yo francamente ya no sé lo que siento. Me he ido enfriando desde que nos vimos en el Vips, ¿recuerdas? La quiero, pero no estoy nadita enamorado. Para colmo, Cristina vino a verme hace una hora y me dijo lo inimaginable: que estaba en un error saliendo con Marisa, que debía salir con ella y no con su hermanita. Me dejó helado, por supuesto. ¡Se veía hermosísima al decirlo! ¡No te puedes imaginar! A mi vuelta de Zacatecas te lo cuento todo con lujo de detalles; ahora mismo necesito pensar las cosas con calma, tomarme un respiro y decidirme entre las dos. Un abrazo, Néstor.”

Mierda, pensé. ¿Había leído bien o estaba de verdad alucinando? ¿Primero Marisa y ahora Cristina? ¿Qué pasaba con Néstor... o más bien, qué pasaba con ellas? ¿Se estaban volviendo locas las Ricart, igual que su padre? ¿Se trataba de un gen degenerativo? ¿Qué diablos tenía Néstor de especial? Todo este berenjenal amoroso me rebasaba, me ofuscaba, me ponía de muy mal humor. Más que envidia, sentía un extraño mareo, un vértigo de celos...

Abrí el segundo correo. Era de Rogelio: quería verme, ir a comer o

pasarse por mi casa. Era urgente, esgrimía. No se trataba de Marisa, recalaba como si yo creyera que *solamente* de eso deseaba despotricar. No mencionaba tampoco a Cristina. Era otra cuestión, añadía en tono misterioso... y leí más abajo: creo que estoy enamorado. Tengo que contarte y necesito tu consejo, Fabián.

Le respondí que viniera sobre la una. Antes necesitaba limpiar la casa, recoger la ropa de la madre de Néstor para no levantar suspicacias... Luego quería practicar, enteras, las primeras dos sonatas, pero esta vez solo, sin Herminia y sin Daniela, y acaso reiniciar (si me sobraba un poco de tiempo) la nueva novela de Néstor, ese montón de hojas impresas hacinadas sobre el sillón reclinable, esperando ser leídas. Rogelio me contestó de inmediato: estaría en mi departamento a la una en punto y luego me invitaba a comer.

El viernes muy temprano fui a casa de Nes sin avisarle y sin decirle a nadie. Recordaba bien dónde vivía. Alguna vez acompañé a Rogelio, mi hermano, así que no me resultó difícil dar con la otrora casa de sus padres en la Condesa. Cogí el coche de mi madre con el pretexto de ir a la biblioteca de la universidad a buscar un libro de economía. Sabía que Néstor vivía con Raimundo, su hermano fotógrafo, cinco años más joven que él. Aunque físicamente parecidos, son diametralmente opuestos. Raimundo es guapo pero inculto, no le interesan los libros ni la música, salvo el cine de Hollywood y la fotografía. Néstor no es tan guapo, pero es mucho más culto que su hermano. Raimundo siempre ha estado un poco pasado de peso y a veces se deja una pequeña barba de candado, lo que lo envejece. Néstor, en cambio, es delgado y jamás se la ha dejado; al contrario, siempre se le ve afeitado, limpio y bien vestido. Por eso, Néstor parece de la edad de su hermano aunque sea cinco años mayor. Nes ama la filosofía y los libros y gracias a Fabián Alfaro, su amigo violinista, él y mi hermano han aprendido a apreciar la música clásica y la ópera. Juntos van a la sala Ollin Yoliztli, a la Nezahualcóyotl o a Bellas Artes. Rogelio nunca me ha querido llevar con ellos, por supuesto. Sus tres hermanas somos una especie de submundo aparte, una tribu confinada a la cerrada empedrada de Xitle, donde vivimos desde que tengo memoria. Él, en cambio, tiene su espacio privado al lado de sus dos amigos y ninguna mujer (mucho menos una hermana) puede inmiscuirse en sus asuntos.

Aunque conozco a Nes desde pequeña y aunque me gusta desde que venía a mi casa con sus padres los fines de semana o nadábamos juntos en el Club de Golf, nunca le hice notar lo que crecía dentro mí como una zarza y no se ha extinguido con los años. Creo que ni siquiera le dije que había leído sus libros cuando, años más tarde, empezó a escribir y a publicarlos. En cambio, Marisa, más astuta, los leyó y tuvo el desenfado de llamarlo y seducirlo. ¿Cómo lo había logrado una escuincla sin experiencia en el amor?

¿Por qué durante años yo no me había atrevido? La respuesta es sencilla y complicada a la vez: le temía, por un lado, al rechazo, y por el otro presentía que Néstor encarnaba una suerte de tabú sagrado, algo que se adora y no se toca, una efigie que te imanta con sus rayos pero evades. Obvio: para Marisa no significaba lo mismo y yo apenas me venía a enterar. Los libros de Néstor que le di no la disuadieron, como esperaba; al contrario: la afirmaron en su atracción, en su deseo. Ni tarda ni perezosa lo empezó a buscar y a acorralar y pronto (demasiado pronto) lo conquistó. Sé que es difícil imaginárselo — reconocer que Marisa lo hechizara—, pero conociéndola, no lo dudo tantito. Néstor Canal puede ser, es cierto, un infractor, un rebelde y un iconoclasta, pero no arriesgaría su entrañable amistad con mi hermano fácilmente y a la primera oportunidad. Eso lo sé de sobra. Nes puede seducir a muchas, pero jamás a las hermanas de su mejor amigo. De allí, pues, mi única (plausible) conclusión: nadie más sino Marisa lo embobó con sus encantos, nadie más que mi hermanita consiguió embelesarlo haciéndose la ingenua. Y si a ello le añadimos que Nes siempre ha sido de naturaleza francamente débil, flaco frente a los embates femeninos, el resultado es una pura catástrofe. Y todo esto ha ocurrido a mis espaldas. Por eso he ido a buscarlo. Tenía que actuar o callarme para siempre la boca.

De sus dos hijos Néstor nunca dice una palabra y mucho menos de esas dos mujeres con las que los tuvo: una compañera de la prepa que no ha vuelto a ver en años y una criada que volvió a su tierra natal con el niño en brazos. ¿Remordimientos? Jamás se lo he preguntado a mi hermano. Me atajaría, lo conozco de sobra. Es la cara opuesta de su amigo: Rogelio es reservado, impenetrable hasta la médula y secreto como mi propio padre. De lo que piensan los dos nunca te enteras. Son un mismo misterio, un enigma. De tal palo tal astilla, dice mi madre. Ahora que mi padre no vive con nosotras, salta a la vista la semejanza: Rogelio se ha vuelto un padre putativo... o así se comporta al menos, así imagina que debe desempeñar su papel, uno que nadie le ha adjudicado.

Decía antes que todo ese pasado de Nes (en especial los dos hijos) me debería haber disuadido, pero no fue así. Al final me ha estimulado, me ha enardecido... Desde ayer, después de haberlo visto en la Condesa, estoy más que nunca convencida de que estamos hechos el uno para el otro y que es pura cuestión de tiempo para que se dé verdaderamente cuenta de lo que siente en realidad. Pensaba que un día abriría los ojos y ese día por fin llegó. A nadie, ni a Viviana, le he expresado jamás mis sentimientos. Tampoco a

Paty, mi mejor amiga, quien, por cierto, sale con Raimundo Canal. Y ahora en la universidad, menos los expresaré. Nunca me atrevería a decírselo a nadie. Temo, ya lo dije, al ridículo como a una espantosa enfermedad venérea: la hermana de 21 enamoriscada del amigo de su hermano mayor, la hermana de 21 traicionando a la indefensa hermana menor. Horrendo, predecible y barato... Las cartas, no obstante, están echadas. No hay vuelta para atrás. Ayer viernes fui a buscarlo y a confesárselo tal cual. Pero ¿decirle qué? No lo sabía en ese momento. No tenía la más mínima idea. Sólo adivinaba que Marisa me había orillado a este precipicio. La odio, pero se lo agradezco. Sin mi hermana la delgaducha no habría hecho nada de lo que me atreví a hacer. Sin su intervención, acaso continuaría con los brazos cruzados. La mugrienta chiquilla consiguió azuzarme: había tocado una fibra recóndita de mi ser. ¿La de mi amor propio? ¿La de mi oculta vanidad lastimada? ¿La hermana pequeña saltándose a la mediana más guapa? Quizás sí. Era eso y no lo podía tolerar. Me rebasaba, me ofuscaba y así, ciega, llegué a su casa en la Condesa alrededor de las diez de la mañana.

Me abrió él.

—Hola, Cris —me dijo sorprendido, haciéndome pasar.

—Hola —contesté—: ¿Está Raimundo?

—No está. Al rato llega. Salió a unas compras con Paty, tu amiga. ¿Pasa algo?

—No, no... —me puse nerviosa: estaba parada frente a él, cara a cara frente al hombre de mis sueños—. De hecho, te buscaba a ti. Necesitaba decirte algo.

Nes se puso nervioso en el acto. Acaso esperaba que fuera a reclamarle a gritos destemplados su relación amorosa con Marisa, pero no, no era eso en absoluto... Bueno, lo era, sí, pero de una manera hartamente distinta y no del modo en que una hermana mayor se indigna porque se aprovechan de su hermana pequeña... ¿De qué manera, pues?, pensé mientras nos dirigíamos a la sala de visitas. Lo mío era, si acaso, un callado reclamo de mujer despechada y no un burdo reproche de hermana mayor. Lo mío no eran más que celos de mujer precipitándose en cascada hacia el abismo. ¡Dios! ¡Qué ridículo era todo esto! Pensé en irme en ese preciso momento. Tenía que salir de allí cuanto antes. Todo aquello era absurdo. ¿Qué estaba haciendo en esa casa? El corazón me latía aprisa. ¿Notaría el rubor en mis mejillas, el temblor de mis labios?

—Siéntate —me dijo, y añadió—: Voy por café. Estaba a punto de hacerme uno. ¿Quieres?

—No quiero molestarte, Nes —dije por decir, buscando la manera de largarme de allí cuanto antes, completamente arrepentida—. Seguro estabas ocupado.

—Intentaba escribir un artículo para la revista de Raimundo, pero no te imaginas qué calvario es hacer esas lindezas por tan poco dinero...

—Te ves desvelado.

—Sí, salí con Fabián y volvimos muy tarde. Apenas dormí unas horas.

Todo esto me lo decía desde la cocina, claro. Lo podía oír... no sólo su hermosa, ronca, voz, sino que podía escucharlo maniobrar: sacar el café de la alacena, encender la estufa, hervir el agua, sacar las tazas... Pasaron dos minutos en que ninguno dijo una palabra, dos minutos en que infructuosamente intenté acomodar mis ideas, preparar mi discurso. Por fin, rasgando el silencio, oí desde la cocina esa pregunta que no hubiera deseado escuchar, de la que me escabullía como del propio diablo:

—Dime, Cristina: ¿se trata de Marisa? ¿Es eso de lo que quieres hablar?

—No, no... —respondí apretándome las rodillas, hincándome las uñas en las piernas con todas mis fuerzas.

—¿Se trata de Rogelio? —preguntó—. Está furioso conmigo, lo sé...

—Tampoco se trata de mi hermano —dije, y añadí sin más demora—: Ven aquí, por favor, y te lo explico.

Pasó otro largo minuto y por fin Néstor volvió con dos tazas humeantes. Se sentó en una hermosa silla antigua cerca del sofá en el que estaba yo sentada. En medio había una mesita con un jarrón vacío. Allí dejé mi taza. Hacía mucho calor. No: era yo quien tenía calor. Las manos me sudaban, el corazón me latía fuerte y sentía que no podía respirar normalmente. Néstor entonces preguntó:

—¿Se trata de tu padre?

—No —contesté—. Se trata de mí, Néstor. Soy yo la que tiene un problema.

—¿Qué te pasa? Dime...

—No pasa nada y pasa todo...

—No entiendo —dijo, y de pronto puso su cálida mano sobre la mía. La

apretó. ¿Era acaso la mano de un amigo o la mano del hombre que yo deseaba amar?

—Creo que te quiero... —murmuré al fin—. Nunca me he atrevido a decírtelo, pero es verdad. Y si me atrevo a confesarlo tan tarde es porque sé que estás viendo a Marisa y yo no me he podido contener. Perdóname. Sé que es el peor momento del mundo. Es una locura, pero aquí estoy. Tenía que decírtelo desde hace mucho tiempo. Tenía que sacarlo de mi alma de una buena vez. Ya me voy. Gracias por el café.

Me levanté y caminé derecho hacia la puerta de la calle. Sentí que me desvanecía. Debía ser fuerte. Debía continuar sin detenerme hasta el coche.

—Espera —gritó saliendo de su pasmo al tiempo que sonaba el timbre del teléfono, *su* teléfono. No hizo caso e intentó seguirme hasta la puerta. Yo no quería sin embargo esperar. No quería y no podía esperar. Ni siquiera deseaba que me viera. Deseaba huir o hundirme diez metros bajo tierra.

8

Rogelio llegó a la una en punto como había prometido. Le abrí la puerta y subió los dos pisos en escasos diez segundos. Como es gordo, sudaba profusamente. Aparte del intenso calor del mediodía, el mismo peso lo agotaba. Se le veía ansioso. Su rostro, mofletudo, parecía un tomate a punto de reventar. Le ofrecí un vaso de agua. Yo me serví otro y me senté en mi sillón reclinable no sin antes guardar mi amado violín en su estuche. Rogelio no quería sentarse. Caminaba de un lado para otro, nervioso, la cabeza gacha, rumiando una idea, eligiendo las palabras con las que quería empezar. Pasó un minuto. La escena era en extremo ridícula. Después de darle un pequeño sorbo a mi vaso de agua, me atreví a balbucir:

—Me escribiste que estás enamorado... ¿Es cierto?

—Desgraciadamente, sí...

Le pregunté:

—Nunca nos dijiste nada.

—Me lo he guardado, pero ya no puedo más. Se ha complicado todo en estos últimos días; digamos que se me ha salido de las manos, Fabián.

—¿Cómo se llama?

—Quieres decir: ¿su *verdadero* nombre? —dijo sin recapacitar en lo perfectamente absurdo de su pregunta, pero ya era tarde. Mi perplejidad aumentó: debía ser, por supuesto, la misma rubia que Néstor y yo divisamos fuera del bar Gema el jueves que nos encaminábamos a la Zona Rosa. Sí, ¿qué otra podía ser?

—¿Cuántos tiene?

—No lo sé —respondió avergonzado, dejando su vaso sobre la mesita y sentándose por fin en el mismo sofá donde yo había estado pasando las últimas noches—. Supongo que dos.

—¿Cómo la llamas cuando estás con ella?

—Zafiro —dijo muerto de pena, y añadió—: Está claro que ése no es su

verdadero nombre, así que no te rías.

Seguí fingiendo que no sabía una palabra, que nunca lo habíamos visto salir del bar Gema en Insurgentes.

—Es prostituta —murmuró mirando a la alfombra, sin atreverse a levantar la mirada.

—¿Y cómo lo sabes?

—La conocí en el Gema hace unos tres meses. Salí con ella una vez, luego otra y para la tercera ya estaba enganchado. Bueno... nos enganchamos los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Que estamos enamorados. Eso quiero decir —levantó la voz—. Tal y como lo oyes.

—¿Ella también? —me atreví a insinuar, horrorizado—. ¿Estás seguro?

—Por supuesto. Me lo ha dicho varias veces.

—¿Y le pagas?

—A veces sí y a veces no. Depende.

—¿Depende de qué?

—Si la voy a recoger al Gema, tengo que pagar su salida, tú sabes cómo es eso... Pero si quedamos en un restaurante, pues no tengo que pagarle, salvo lo que yo quiera...

—No entiendo.

—Digamos que le ayudo con sus gastos.

—¿O sea que *siempre* le pagas?

—Pero no es igual —se defendió Rogelio en el acto.

—¿Cómo sabes que no te está tomando el pelo? ¿Cómo puedes estar seguro que no te quiere desplumar?

—Ése es el problema, Fabián. Ya no estoy tan seguro, ya no sé si me quiere o si está conmigo por interés.

—No la conozco, pero puedo decirte que está contigo por interés —me atreví a decirle, temeroso de suscitar un zafarrancho: empezaba a enervarme la necedad o ingenuidad de mi mejor amigo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque las putas cogen por dinero. Es su trabajo, Rogelio. No es

ningún placer acostarse con desconocidos, ¿qué creías?

—¿Y no puede haber una excepción a tu regla? ¿No puede enamorarse de mí? ¿Eso pretendes decir? —bufaba, sus ojos se hacían más pequeñitos que de costumbre—: Que porque estoy gordo no le puedo gustar...

—No porque estés gordo, Rogelio —tenía que ser franco, pero no al grado de lastimarlo—, sino porque eres un cliente más. Eso es todo. Para ella no eres gordo ni flaco, ni guapo ni feo. Eso es lo de menos... Si la hubieras conocido en otro sitio, te daría el beneficio de la duda, querría conocerla para decirte francamente mi opinión, pero ése no es el caso. Zafiro o como se llame la chica no te quiere a ti, sino tu dinero.

—Pero si no tengo... —vaciló, y añadió con desaliento—: Le he dado todo lo que mi papá me da y lo poco que gano.

—¿Lo ves?

—Pero no es mucho —insistió.

—No importa cuánto sea. Tú eres un cliente y ya, acaso simpático y amable, pero nada más. ¿Ha dejado de ver a los otros?

—Se lo he pedido.

—¿Y?

—Pues me pregunta airada si acaso yo la voy a mantener, y cuando le digo que no puedo, pues me lo restriega en la cara y me grita: “¡Ya ves!”... —luego añadió—: La he estado espiando...

—¿Qué?

—Sé dónde vive.

—¿Y?

—Vi salir a un tipo de su casa por la noche, muy tarde —se detuvo un instante, bebió un trago de agua, se aclaró la garganta y al fin dijo—: Por eso he venido a verte: porque no puedo más. Pensé que Zafiro dejaría el Gema, que cambiaría su estilo de vida al demostrarle mi amor y al ella comprobar que no me importaba su pasado; creía, incluso, que la redimiría...

—¿Qué? —no cabía del asombro—. ¿De qué diablos estás hablando, Rogelio? ¿Redimirla? ¿Te crees Raskolnikov o qué?

—Bueno —vaciló—, “redimir” no es exactamente la palabra. Quise decir que, acaso, conseguiría que dejara de ser prostituta si se enamoraba de mí, y el problema es que está enamorada, pero no ha dejado su trabajo.

—Y no lo va a dejar —dije con excesiva rudeza esta vez—, y tampoco está enamorada... Despierta, Rogelio —troné los dedos con impaciencia, y añadí—: Mi abuelo, el padre de mi madre, me dijo en una ocasión: “Recuerda, Fabián: una puta es una puta siempre. No son como cualquier otra mujer aunque por fuera lo parezcan. No te confundas jamás”.

—Suenas machista.

—No lo dijo en plan machista, sino como una simple verdad. Al enamorarte de una puta, no te estás enamorando de cualquier mujer. El juego no es parejo. Las armas no son las mismas. Ella tiene una pistola y tú un cuchillo de plástico. Eres susceptible de enamorarte, ellas no. Se han puesto una armadura. Se protegen y tienen un solo objetivo: sacarte el mayor billete posible, despellejarte. Si Zafiro va a cambiar, no va a ser por ti, óyelo, por más que te jure lo contrario.

—¿Entonces?

—Si cambia es porque está cansada, harta de cogerse a tantos fulanitos, o porque está enferma, o de plano porque se encontró a un millonario que le ha puesto casa, criada y coche, e incluso así, hay algunas que no cambian. Vuelven siempre a las andadas, como los vagabundos, que aman su libertad... Yo no te digo que no te vayas de putas. Néstor, tú y yo lo hemos hecho, pero no te enamores de una, por Dios. ¿En qué chingados estabas pensando? ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Justo porque no estaba pensando.

—Ahora desenamórate —le asesté.

—No puedo. No es tan fácil.

—Entonces te va a llevar la chingada, Rogelio.

—La quiero.

—Amárrate los güevos y mándala al carajo antes de que ella te mande a ti y te deje en cueros tiritando...

—Mi papá no quiere ya darme un centavo. Algo se sospecha. Cree que ando en drogas o apostando. Me lo dijo la otra vez que vino a comer a la casa.

—Y tiene razón —contesté.

—¿O sea que vine hasta aquí para que me digas esto?

—Viniste para que te dijera la verdad, y te la estoy diciendo. Eres mi cuate, Rogelio, y no quiero que te vean la cara de pendejo. Déjala, no la

vuelvas a ver...

En ese momento, Ricart cerró los ojos y se tapó la cara. Luego agachó la cabeza como si se tratara de un inmenso bisonte herido en el cogote y empezó a sollozar quedamente como un crío.

Mierda, pensé: Rogelio está de veras enamorado y no nos dimos cuenta.

Pasado un rato, Rogelio se calmó. Le ofrecí un pañuelo. Luego entró al baño, se refrescó y al fin salimos, más tranquilos, a la calle. El día era espléndido a pesar del insoportable bochorno de junio. No había nubes ni esmog, sólo luz en el firmamento. Eran cerca de las dos y media cuando decidimos ir al Schweik para comer algo y continuar la charla.

Sentados frente al mismo ventanal del segundo piso de mis encuentros anteriores, le conté todo lo que me había ocurrido desde la última vez, aquélla en que él viniera a preguntarme si sabía algo sobre Néstor y Marisa. Abrí mi corazón y le dije que últimamente no estaba seguro de las cosas que me estaban ocurriendo, las circunstancias y hasta las personas con las que a diario me cruzaba; intenté explicarle cómo algunas de ellas parecían perfectamente reales y otras de plano fantasmagóricas, como la aparición de los agentes de la Procuraduría, el encuentro con Herminia, la muerte o resurrección de la viuda Martínez o el tepezcuintle del presunto padre de Daniela. Para colmo, le confesé, los límites entre unas y otras se me emborronaban, cobraban un ligerísimo tono agrisado o color sepia, como de fotografía vieja y desgastada. El trajín diario también se me había vuelto dudoso y hasta desleído... como el aire contaminado de la ciudad. Nada resultaba convincente, suficientemente sólido y asible. Ni qué decir que el pobre Rogelio me oía boquiabierto. No me interrumpía casi. Masticaba, bebía su Corona y a veces, muy pocas, se limitaba a pedir alguna clarificación, la cual yo no conseguía, a pesar de todo, ofrecerle. En algún momento me recriminó que le estuviera contando historietas negras para distraerlo de su pena y de Zafiro. Pero, al final, me creyó... si no del todo, al menos creyó una buena parte de mi estrafalaria historia de los últimos días. Me preguntó si estaba tomando alguna pastilla y le contesté que no. Me preguntó si me excedía con el whisky o el tequila, y le juré que tampoco. ¿Drogas? Ninguna. ¿Depresión? Menos. Confieso que todas sus estúpidas preguntas no consiguieron sino enfadarme un poco más: desdeñaban la verosimilitud de mi relato, los angustiosos avatares por los que había estado atravesando estos últimos días. De pronto parecía como si fuera un farsante o un trastornado

que no sabe a ciencia cierta cuál es su verdadera identidad.

De Marisa y sus hermanas no hablamos una palabra. Tampoco de sus padres ni de los míos. Sólo me preguntó (casi me suplicaba) si podía volver a ver (una sola vez) a Zafiro, si acaso debía darle una última oportunidad, asegurarse de que no lo amaba, antes de no volver a verla nunca más. Por supuesto le dije que no, que ni se le ocurriera. Verla de nuevo lo disuadiría, caería en sus malditas garras otra vez...

Antes de salir del Schweik yo ya había tomado una resolución —digamos que una resolución drástica por donde quiera que se le viera—. La había empezado a urdir, confieso, desde que contemplara a mi amigo sollozar en el sofá de mi casa. Viéndolo allí, cabizbajo y abatido, recordé una anécdota que mi abuelo Fabián me había contado alguna vez hacía muchos años: él era muy joven (debió haber sido en los cincuenta) cuando, por algún motivo, llegó sin avisar a la casa de un amigo suyo y para su sorpresa lo encontró arrodillado, deshecho en lágrimas, suplicándole a una mujer, posiblemente una ex novia, una migaja de su amor. Se le abrasaron las vísceras, me dijo. No se pudo contener y sin pensárselo dos veces les gritó alguna rudeza; luego desapareció, enfebrecido y colérico. “Jamás había visto algo así, tan servil y patético, Fabián”, me contó. “Eso no puede pasarle a un hombre que se digne de serlo” Aquella imagen no sólo se le quedó grabada a mi abuelo, sino, por lo visto, se había quedado grabada en mí también, tanto y tan hondo que no pude sino interpolarla a lo que estaba pasando ahora mismo entre Rogelio y la prostituta del Gema.

Para cuando me despedí de Ricart, las cartas estaban ya echadas. Mi mejor amigo no iba a envilecerse y degradarse por Zafiro ni por ninguna otra mujer. ¡Faltaba más! De allí, pues, mi incongruente decisión, la misma que mi abuelo llevara a cabo cincuenta años atrás: ir a buscar y amenazarla, decirle que se alejara de mi amigo o se atuviera a las consecuencias. Tenía, por supuesto, que presentarme en plan rufián; tenía que ir a buscar como si fuese el enviado de un narco desalmado o un político influyente, cualquier cosa que pudiese disuadirla de volver a ver a Rogelio Ricart...

Después de la comida, regresamos a mi casa andando. Debían ser las seis: el calor había disminuido bastante. Rogelio se marchó prometiéndome que no la buscaría más. Yo, por supuesto, no le creí. Estaba demasiado enamorado, increíblemente frágil, como para cumplir su palabra. Debía, pues, actuar cuanto antes y no esperar a que Rogelio la fuera a buscar y Zafiro le arruinara

su existencia. ¡Cómo me hubiera gustado conversar con Néstor! ¡Era en estas duras situaciones cuando más lo podíamos necesitar Rogelio y yo! ¡Quién sabe cuándo volvería el cabrón de Zacatecas! Nomás entrar a mi departamento, le escribí preguntádoselo y contándole someramente la situación de Rogelio; acto seguido le escribí a Daniela preguntándole si deseaba ensayar de un tirón las tres Opus 30 al otro día, domingo. Me metí al baño y me afeité, me engominé el cabello y me puse a leer las hojas sueltas de Néstor con un whisky en la mano. No llevaba más de cuatro o cinco páginas cuando oí, sucintos, dos golpecitos discretos en la puerta. Me levanté y abrí sin vacilar aunque en el fondo muerto de miedo. Allí estaba — hierática, rediviva— mi vecina del 4, la anciana Ofelia Martínez. Quería azúcar. Sin decir una palabra, como si no hubiera pasado una desgracia y no estuviera muerta, me dirigí como un ensimismado zombi a la cocina, abrí la alacena y le serví la mitad del contenedor en un tarrito vacío. Esta vez, al volver, la vieja seguía allí, parada en el umbral de la puerta, con sus eternas chancletas de hule amarillo. No se había marchado; no me había vuelto a hacer la misma treta de la primera vez: pedir algo y desaparecer, preguntar algo y largarse, estar viva y estar muerta...

Comprobar (mirar con mis propios ojos) que recibía el tarrito y agradecérmelo con mil cumplidos me llenó de una extraña paz, un salutífero bálsamo aunque decirlo así nomás, de golpe, suene bastante extraño. Ofelia Martínez existía, no había muerto, *ergo* Niño y Toledo no me habían secuestrado jamás, *ergo* ambos eran mero producto de mi imaginación desquiciada o una pesadilla que tuve muchos días seguidos. Me reí, aliviado. Casi aplaudí de felicidad y alegría en ese momento.

Debían ser las siete y media u ocho cuando por fin salí de casa echando, como siempre, doble cerrojo a la puerta. No vi a nadie en las escaleras del edificio. Esta vez no tomé el primer taxi ni el segundo. Quería caminar hasta Insurgentes, bordear el Parque de los Muertos, enfrentar cualquier residuo de parálisis que pudiera conservar contra ese espacio malhadado y tomar luego el Metrobús hasta la avenida Álvaro Obregón, a dos calles del bar Gema. Si había conseguido vencer la visión de la vieja, podía también enfrentar el pueril escozor que me infligía ese parque, el cosquilleo que me invadía cuando pensaba en las fotos de la jovencita asesinada. Y si podía arrostrar ambas calamidades, podía entonces desafiar también a Zafiro o quien quiera que fuera esa ramera del mal agüero que se aprovechaba de mi mejor amigo.

A las nueve y media entré al Gema, como digo. Era relativamente temprano. No había mucha gente todavía, pero el tugurio ya estaba en completas penumbras y la música —una especie de jazz instrumental que a nadie incordiaba— sonaba por lo bajo, suavísimo, aterciopelado. El lugar era, pese a todo, acogedor; nada que ver con las discotecas de moda o las multitudes apiñadas en los *table dance*. Aquí no había pasarelas, tubos ni esferas con luces rutilantes. El sitio no era un burdel *precisamente* (al menos no de manera oficial). Se anunciaba como *loft* o cantina de prestigio. Los hombres iban a tomar un trago, a charlar y eventualmente a conocer a alguna de las hermosas chicas que llegaba allí a lo mismo: beber, charlar, conocer a un hombre... Nada de dinero. Nada de transacciones con el cuerpo. Sana diversión, alcohol, posiblemente sexo... Percibí el humo producto de tres o cuatro fumadores apostados en uno de los rincones del local, a mano izquierda. La opacidad era casi absoluta por ese lado.

Habían pasado dos años desde que Rogelio, Néstor y yo viniéramos la última vez luego de habernos fumado unos churros y despachado una botella de tequila en mi departamento, mala combinación, por cierto. Esa vez, Néstor y yo elegimos dos chicas, ambas trigueñas, primas hermanas, o eso al menos nos dijeron. Eran hermosas sin maquillaje, no más de 23 o 24 años, estudiantes de derecho. A pesar de nuestras súplicas, Rogelio no quiso sacar a una amiga de las primas hermanas, una regia que no paraba de hablarle secretos al oído. Así era él. Cierta invencible timidez lo frenaba casi siempre a la hora de dar el paso definitivo. Era la gordura, lo sabíamos, aunque siempre ponía pretextos de dinero. Tenía bastante más que nosotros a pesar de que dijera lo contrario. A él don Eulalio lo seguía manteniendo, aparte del pequeño sueldo que recibía por sus clases en el bachillerato lasallista. En cambio, yo apenas con mi música y mis escasos recitales conseguía salir adelante. En cualquier caso, en aquella ocasión, y si mal no recuerdo, Néstor pagó muy orondo por él y por mí —al final Ricart no aceptó la invitación para salir con la regia y se regresó solito a su casa—. Canal acababa de recibir una beca para escritores y lo quería celebrar pagándonoslo todo esa noche.

Defraudado, había decidido salir del Gema luego de preguntarle al cantinero a qué hora comenzaban a llegar la mayoría de las chicas. Volvería más tarde, pensé. A eso de las once, me dijo, aunque había ya algunas en aquella mesa del fondo, y señaló un rincón aún más oscuro que el resto del galpón vacío. Sí, no me había fijado en ese grupo compacto, a la derecha.

Eran todas mujeres. Charlaban animadamente, despreocupadas de los pocos hombres que había, seguras de que tarde o temprano alguno se acercaría a ellas: al final eran ellos, nosotros, los que sucumbíamos a la tentación. Una de las chicas fumaba; las otras dos bebían sin dejar de parlotear como loros. Pedí un Chivas puesto en las rocas y volví a preguntarle si por casualidad conocía a una Zafiro. Me dijo que sí: era aquella, la rubia que está bebiendo una cerveza, ¿la ve?, y señaló a una de las tres sombras en el grupo del fondo a la derecha. En realidad no distinguía nada salvo tres siluetas oscuras. Me armé de valor y caminé entre las espesas tinieblas con mi whisky en la mano. No sé la razón, pero el corazón empezó a latirme con fuerza. No debes ponerte nervioso, cavilé. Viniste hasta aquí para ponerle un alto a Zafiro y luego te largas, Fabián. No vienes a ligar ni a pagar ni a ser seducido ni a seducir. No obstante, otra vez el puto miedo me paralizó, el canijo canguelo se apoderó de mis piernas sin poder impedirlo. Las sentí flaquear justo cuando le toqué el hombro a la rubia, la única que, para el caso, tenía el cabello más claro. Sabía que Zafiro era güera o se pintaba rayos. La habíamos vislumbrado Néstor y yo como se vislumbra la súbita aparición de un relámpago en las noches de agosto. Ésa debía ser... Al sentirme cerca se giró y se quedó largo rato mirándome; lo mismo las otras dos. Me sonrió plácidamente (o eso me pareció columbrar en la línea oblicua de su dentadura) y después me dijo de la forma más natural del mundo:

—Hola.

—Pero ¿tú eres Zafiro?

—Te estaba esperando.

—¿Qué? —pensé que no la había oído bien.

—Te esperaba, Fabián —todavía no alcanzaba a distinguir sus facciones, la nariz fina, su ardiente boca de arabesco, los labios rojísimos y no obstante reconocí la voz.

—¿Eres tú? —dije aterrado.

—Claro.

—Pero ¿tú eres Zafiro *también*?

—Así me dicen las chicas cuando vengo —dijo con absoluta tranquilidad. Luego se levantó. Yo hice un esfuerzo sobrehumano para reconocerla a pesar de la intensa negrura del local: el arco de las cejas, los pómulos altos y la piel, la luz terrible de los ojos... pero ése no era definitivamente *su* cabello.

—Es una peluca —explicó como si pudiera leer mi pensamiento.

Las otras jóvenes nos miraban sin decir una palabra. No eran para mí, sin embargo, sino dos huecos en la oscuridad: un perfume.

—¿Qué haces aquí? —me atreví a pronunciar, desorientado.

—Te dije que quería hablar contigo, ¿recuerdas? Te lo pedí varias veces. Necesito explicártelo todo, pero no me has dado un segundo, Fabián. Siempre estás con prisa, evasivo y alterado...

—¿Y qué haces saliendo con mi amigo?

—Nada... —y añadió—: Bueno, te esperaba a ti. Esperaba que te acercaras un día

—Pero si llevas tres meses saliendo con él y apenas a mí me conociste hace unos días.

—Eso crees —dijo, y acercó su cuerpo mórbido y ansioso—. Te conozco desde hace mucho tiempo. Llevo años oyéndote tocar...

Es un sueño, pensé de repente. Ésta es una maldita pesadilla. Lárgate de aquí, Fabián, vete, huye... Tú puedes lograrlo si así lo quieres; tú controlas tu sueño. Escapa, dije en voz alta o cavilé justo cuando sentí sus satinados brazos rodeándome el cuello y su boca besando mi boca. No pude o no quise separarme de su cuerpo encendido, apenas envuelto quedamente por la muselina violeta y vaporosa. Tampoco sé si no pude o no quise dejar de besarla. Me ardía la sangre y me bombeaban las sienes. Sentí, imbatible, una súbita erección. El deseo se mezclaba de pronto al espanto. Quería huir, pero no quería dejar de sentirla cerca, pegada a mi sexo, a mis pantalones, a mi viscoso sueño de amor.

—Terminemos lo que dejamos la otra vez, ¿te parece? —susurró en mi oído.

—¿La otra vez?

—Cuando desapareciste de mi casa.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Por qué trabajas en esto? No entiendo nada.

—No hay nada que entender. Vengo porque me gusta o simplemente cuando necesito un poco de dinero.

—¿Y Rogelio?

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué te acuestas con él?

—Para darte celos. Solamente por eso.

—Pero ésa no es la forma... —vacilé—. ¿Darme celos?

—¿Te gusto o no? Admítelo...

—Por supuesto que sí, ya lo sabes —me oí decirle al oído, y sin embargo no estaba seguro de haber sido yo quien pronunciara esas estúpidas palabras.

—Tú a mí también —dijo poniendo su mano en mi verga y apretándola.

—No es cierto —tartamudeé, y luego dije, inspirado—: Tú sabes bien quién mató a la adolescente en el parque y no me lo has querido decir, ¿no es cierto? Tampoco se lo dijiste a los agentes el otro día. Me hiciste quedar en ridículo. ¿Por qué? Casi me matan por tu culpa...

—Ven —me tiró del brazo. No me resistí. No podía aunque hubiera querido. Mi alma se había salido de mi cuerpo. Era una pura entelequia, un espectro sin voluntad o discernimiento.

En apenas unos cuantos segundos, me llevó al fondo del *loft*, siempre a la derecha, hasta topar con un inmenso muro revestido con cuadros de bestias levemente iluminados. Allí, cual un boquete en la pared, se abría otro largo corredor con luces fluorescentes a los lados. Lo cruzamos juntos, cogidos de la mano, empujándome ella hacia adelante, siempre hacia adelante. Justo al final del laberinto estaban los baños. ¿Nos habría visto la demás gente?, pensé intentando no dejar caer mi vaso de Chivas. Por supuesto que nos habían visto, pensé... ¿qué creías, Fabián? Las chicas nos vieron, lo mismo el bartender y probablemente los hombres del otro rincón, a la izquierda. Si no nos identificaron plenamente, al menos habían columbrado nuestras sombras, las siluetas de un hombre y una mujer diluyéndose en la sima del abismo. Pero nadie dijo nada, ni siquiera yo. ¿A quién carajos podía importarle lo que hacíamos si el Gema era, a pesar de todo, un putero de alta calidad, un burdel camuflado? Adentro de los baños de caballeros, bajo una luz opalina que apenas dejaba distinguir los retretes de los mingitorios y lavabos, Herminia me sacó la verga de la cremallera y la empezó a lamer con destreza. La metía y sacaba de su boca. Recuerdo que pensé por un momento que me quería succionar, sacar los últimos vestigios de fuerza que aún tenía, y aunque otra vez tuve miedo, el arrebató y mi flaqueza pudieron más y en menos de un minuto me desparramé en su boca.

Me dijo:

—Límpiate. Ahora te veo. Voy al baño de mujeres a lavarme.

Yo hice lo propio. Me enjuagué la cara. Di un largo sorbo al whisky y salí de allí. Crucé el pasillo fluorescente y a tientas me aproximé al mismo grupo compacto de chicas. Las tres seguían charlando despreocupadas como si nada en este mundo hubiera jamás ocurrido, como si no me hubiesen visto ir a los baños con su amiga, como si no estuvieran esperando a que un hombre (otro más) les invitara un trago y luego, con algo de suerte, les pagara la salida. Es decir, todo allí era perfectamente natural, cotidiano... salvo yo.

Me acerqué a Zafiro dispuesto a concluir mi tarea, el motivo original por el que estaba en el Gema, pero al mirarla sentada allí, risueña y parlanchina, noté algo inusual: esta mujer era ligeramente distinta a aquella otra con la que había estado en los aseos hacía tres minutos. A pesar de las densas tinieblas que asolaban el antro, reparé en algo ínfimo que, acaso, había cambiado en escasos segundos. Pero ¿qué era? La toqué en el hombro y le dije:

—¿Herminia?

—¿A quién buscas? —era otra voz aunque esta vez la joven era rubia, es decir, *verdaderamente* rubia.

—A Zafiro —rectifiqué.

—Soy yo.

Definitivamente esta mujer no era Herminia. ¿El bartender había puesto algo en mi whisky? ¿Deliraba? ¿Se traspapelaban los eventos? Me restregué los párpados y agucé otra vez la vista lo más que pude. La miré de frente, a un palmo de distancia. No, no era la misma. El rostro de esta mujer era bastante más ancho y no era morena. Era blanca, de una blancura repugnante y reblandecida...

—¿No acabas de estar conmigo en el baño?

—¿Estás borracho?

Iba a decirle que no volviera a ver a mi amigo Rogelio, pero el corazón se me encogió como un garbanzo. Tenía que salir de allí cuanto antes, respirar un poco de aire fresco, recapacitar. Sentí que me iba a desmayar o que las piernas se me quebrarían como un par de espigas.

9

Acción, ritmo, aventura, misterio, suspenso... Son las recomendaciones que Raimundo me da aunque yo no se las pida. Durante todo el camino de ida a Zacatecas, no paró con su insoportable perorata. Según él, mis dos primeros libros fueron un fracaso porque ninguno tenía esos ingredientes. Ni siquiera él, mi propio hermano, pudo leerlos completos; tampoco mi madre ni mi tío Gustavo. Son tremendamente aburridos, me confesó Raimundo en el autobús. Serán alta literatura, dijo, pero a nadie le importa eso en estos días, Nes. Necesitas confiar en tu imaginación y dejarte de sesudas disquisiciones filosóficas. Cada vez que te sientas empujado a reflexionar profundo, detente. No sigas. No pongas a tus personajes a hablar sobre la vida o la muerte, y mucho menos te pongas introspectivo. Todo eso ya pasó de moda. Las digresiones cansan a cualquiera. La gente tiene prisa. Nadie tiene tiempo de leerse quinientas páginas de elaborado pensamiento existencial. ¿Quién lee a Dostoyevski o a Proust, salvo tú?, se burló. Al final, los lectores quieren una sola cosa: una historia bien contada, una trama súper ágil, y nada más. De preferencia que no sea muy larga y que tenga mucha acción, adrenalina y buen ritmo.

El primer libro que publiqué fue un relato sobre un pasaje desconocido en la vida de José Clemente Orozco. En él reconstruía la historia de amor que el pintor sostuvo con Refugio Castillo, una niña de doce años, estudiante de quinto de primaria. José Clemente tenía 26 cuando el romance comenzó. Salvo unos cuantos encuentros clandestinos entre 1909 y 1911 —año en que la familia Castillo se mudó a Zacatecas—, el noviazgo se prolongó a lo largo de una década. La realidad (mi realidad actual) copiaba a esa primera ficción, ¡quién lo diría! Yo tenía, empero, 28 años, dos más que Orozco, y Marisa 17 y no 12 como la niña Refugio. Una abismal diferencia, creo yo.

En cualquier caso, tres editoriales se pelearon esa primera novela biográfico-erótica y al final una de las tres me pagó el mejor adelanto. No cabía de alborozo. Tenía 21 años. Era lo mejor que había escrito hasta ese

día. Entraba con pie derecho a la república de las letras. Sin embargo, de los cuatro mil ejemplares impresos, sólo vendí cuatrocientos. No importaron las presentaciones, ruedas de prensa, entrevistas y hasta espaldarazos de autores importantes, entre ellos, los de Elena Poniatowska y Carlos Fuentes. Mi libro sobre Orozco y la niña Refugio no vendió lo esperado a pesar de su excelente acogida crítica. Hasta los más reacios reseñistas lo saludaron favorablemente, lo que me animó a escribir mi siguiente novela. Esta vez deseaba hacer algo ambicioso, mucho más complicado. Me llevó cuatro años terminar mi fresco capitalino, mi propia versión de mural de la ciudad más poblada del mundo. El libro fue otro rotundo fracaso. Nadie quiso leer quinientas páginas donde no pasaba nada y lo poco que ocurría se enredaba con otras muchas historias y puntos de vista difíciles de seguir. No había en él un espantoso crimen ni el misterio de una joven desaparecida ni una guerra entre narcos y el ejército. La acogida crítica fue desigual. A algunos les había gustado, pero otros dijeron que había repetido *La región más transparente* aunque sin su encanto y originalidad. No lo creo, sinceramente. Mi novela era muy distinta, aparte de que habían pasado cincuenta años desde entonces. El Distrito Federal ya no era esa región transparente del aire; los habitantes de la ciudad no eran los mismos. A Marisa y Fabián, por ejemplo, les había gustado mucho y a Rogelio, en cambio, le enfadó. Raimundo y mi madre no la terminaron y mi tío Gustavo la leyó porque era mía y nada más; de otra manera, me dijo, la hubiese dejado sin empacho en la página cien. Fue más o menos por aquella época cuando, abatido, comencé a esbozar esos cuentos que luego conformaron el libro que Marisa leyó a escondidas de su hermano. Eran todos relatos más o menos eróticos, cuentos para adultos, fantasías transgresoras, incluso algunos de ellos obscenos y escatológicos. A mis 28 años, ésa era mi bibliografía completa. Tres libros y una beca para jóvenes escritores.

El sábado salimos a desayunar mi madre, Raimundo, mi tío Gustavo, su mujer y yo a la Plazuela de García. El día era luminoso, sin nubes, con un sol redondo, pero frío. No hacía tanto calor como en México. Raimundo y yo pedimos chilaquiles rojos, fruta y jugo de naranja. Los demás se conformaron con café con leche y un poco de pan dulce. Estábamos contentos, con muchas ganas de charlar y ponernos al día. Hacía mucho que no veía a mi madre. Aunque la extrañábamos, Raimundo y yo sabíamos que jamás vendríamos a vivir a Zacatecas con ella. Esa alternativa estaba fuera de discusión, y ella lo entendía. Éramos, para bien o mal, bichos de ciudad. Mudarnos a provincia equivalía a cavar nuestras tumbas, aparte de que mi hermano tenía, además de

una nueva novia, una buena posición en la revista donde trabajaba. No les conté, por supuesto, una palabra de lo que estaba ocurriendo en mi vida. Si hubiese mencionado mi romance con Marisa, mi madre me habría excomulgado. ¿Cómo diablos te metes con la hija de los Ricart, y para colmo con la más pequeña?, me habría reprendido. Mi tío y su mujer asentirían a pesar de llevarse ellos mismos once años de diferencia. Los conozco bien; al final no importaría cuánto me justificase aduciendo que había sido ella, Marisa Ricart, quien me buscara a mí, quien me sonsacara, y no al revés. Igual me apabullarían los cuatro, incluido mi hermano. Y si a esto le añadía la intempestiva aparición de Cristina justo ayer, antes de venir a Zacatecas, echarían el grito en el cielo, y hasta podrían llamarle a don Eulalio o a Ática, su ex mujer, para prevenirlos... Los cuatro hijos de los Ricart eran para mi madre casi como sus sobrinos, pues los había visto crecer: eran hijos de su mejor amiga. Aunque Viviana era su ahijada, quería sobre todo a Cristina, acaso porque las dos eran muy parecidas: serias y parcas, observadoras e independientes; a las dos les encantaba cocinar y a las dos les gustaban las finanzas y la pintura impresionista.

Por fortuna la charla tomó un sesgo totalmente distinto esa mañana. Mi tío Gustavo le preguntó a Raimundo sobre sus viajes y sus fotografías, hablaron sobre Paty, su nueva novia, y luego me preguntó sobre el nuevo libro que pensaba escribir. Le contesté que estaba en ello, que marchaba bien, incluso demasiado aprisa, para mi sorpresa. Añadí que estaba dejándome llevar, por primera vez, por la imaginación sin ataduras, por el mismo flujo que marcaban la historia y los personajes, tal y como mi hermano machaconamente sugería...

—Y mucha acción, Néstor, no te olvides —repitió Raimundo medio en broma, y luego añadió, conciliador—: Prometo leerla si no te sale muy larga.

Sólo entonces mi madre preguntó sobre la maleta con ropa que había olvidado traerle. De hecho, la había olvidado en el departamento de Fabián, pero no podía decírselo, claro.

—No olvides traérmela la próxima vez que vengas, hijo.

Al volver a casa con mi madre, me metí derecho al cuarto a revisar mis últimos correos electrónicos. En el primero Fabián me contaba un cierto lío de faldas en que Rogelio estaba metido y del que ninguno de los dos teníamos noticia. Le contesté que volvería el lunes ya muy tarde, pero que el martes sin falta podíamos comer en el Schweik sobre las tres; allí

hablaríamos del asunto y veríamos qué arreglo podíamos darle. Le insistía que no diese un paso en falso, que me esperara... Luego le escribí a Cristina invitándola a desayunar ese mismo martes, al otro día de mi llegada. Le decía que necesitaba verla, escucharla otra vez y estar seguro de que lo que me había confesado no era una impetuosa salida o exabrupto de niña despechada, sino un sentimiento real, idéntico al que yo estaba sintiendo por ella. No quería meter la pata otra vez, le dije; ya lo había hecho con Marisa, la pequeña. Equivocarme de nuevo provocaría el odio enconado de Rogelio y recrudecería la situación, a menos, claro, que lo nuestro fuera algo de veras serio y definitivo. Le pedía que no les contara una palabra a sus hermanas o a Rogelio y me despedía con un tierno beso. Me sentí bien haciéndolo, quiero decir, abriéndole mi corazón, tal y como ella lo había hecho al venir a mi casa. Era también lo correcto, lo único coherente dentro de todo este intríngulis: Marisa no era para mí, era demasiado joven. En eso a Fabián le sobraba razón. Qué suerte que, al final, a pesar de sus ruegos y vehemencia, no la había desvirgado. Todo hubiera sido mucho más difícil de lo que ya era: no hubiese podido sacarla de mi vida tan fácilmente como esperaba hacerlo.

Los otros correos no importaban: basura, chatarra, que podía contestar en cualquier otro momento. Cerré mi bandeja y abrí el archivo de mi nueva novela decidido, ahora sí, a ponerme a trabajar. Acción, misterio, suspenso, me repetí como un ensalmo o una condena impuesta por mis lectores, y puse manos a la obra...

El domingo amanecí con los restos pegajosos de un sueño que, por fortuna o por desgracia, recordaba con nitidez. En él me paseaba alrededor de una alberca soleada. En cierto momento veía a Marisa desnuda, echada sobre una tumbona, untándose aceite bronceador por todo el cuerpo sin un gramo de grasa. Al otro lado de la piscina, justo frente a Marisa, estaba Cristina, igualmente desnuda, con una revista en la mano, echada en otra tumbona, sonriendo mientras tomaba baños de sol. Las dos me veían llenas de curiosidad; ambas a la espera de algo inminente. Las dos eran bellísimas: el color de piel casi idéntico, apenas bronceado, con un ligero vello sobre el vientre y los brazos satinados, el cabello largo, oscuro y ondulado sobre los hombros humedecidos. Las dos me hicieron una seña al unísono que sin embargo no entendí. Luego Marisa empezó a peinarse el pubis con un cepillo de cabello sin dejar de mirarme y Cristina se acarició las areolas de ambos senos con la yema del índice. Ninguna de las dos dejaba de sonreírme cuando

sentí, casi inmediata, una erección debajo del traje de baño. Volteaba a verlas sin decidirme a qué lado de la alberca debía ir, a qué extremo de ese espejo de azogue acudiría. Aterrado frente a la disyuntiva y a punto de venirme allí mismo, en medio de las dos hermanas y bajo un sol abrasador, surgía otro extraño sueño, una prolongación del primero en el que ahora, sin embargo, yo tocaba un clarinete de madera en el claro de un bosque. Las notas no salían con precisión, el sonido era equivocado. De pronto, alguien me decía desde la casita de madera en un árbol de hule: “¿Por qué insistes, si no sabes hacerlo nada bien?” Sin saber qué responder, me detenía y pensaba: “Es cierto, toco fatal...” Fabián salía de la casita, entre los árboles, y me ofrecía un fagot muy hermoso: “Toca”, y yo lo hacía. “¿Ya ves?”, me felicitaba. “Ése es el instrumento que debes tocar; olvídate del clarinete: es más pequeño y más agudo. A Rogelio le va a encantar cuando te escuche, ya verás...” Hasta allí mis dos sueños, pues en ese preciso momento desperté. Aunque ninguno era cuestión de vida o muerte, tener la maldita disyuntiva me provocaba un profundo malestar. En el segundo, no obstante, todo se aclaraba; la disyuntiva se desvanecía cuando Fabián me hacía notar que el fagot (mucho más grave) era mi instrumento y no así el clarinete, lo que quería decir que Cristina, la mayor, era la mujer que yo debía elegir, aparte de que Rogelio se pondría contento con el cambio de hermana, según Fabián...

A partir de este momento, y durante el resto del domingo, no paré de meditar en lo que, lento pero seguro, iba desarrollándose gradualmente en mi interior, en los intrincados meandros de mis sentimientos, las idas y vueltas entre una idea y su contraparte, entre Marisa y Cristina, entre el fagot y el clarinete... Estuve, por supuesto, muy distraído durante el resto del día. Mi madre lo advirtió e intentó sacarme lo que me ocurría con tirabuzón, pero, al final, conseguí resistir y no decirle una palabra. El lunes la cosa empeoró. Sólo daba vueltas y más vueltas a lo que pasaba en mi interior, es decir, a mi más íntimo —y aún ignoto— deseo, a lo que tenía ahora (desde hace dos meses) y podía perder o bien a lo que podía tener (Cristina) si estaba dispuesto a sacrificar a Marisa. Ya no conseguí escribir una sola página de mi libro. Raimundo y yo nos despedimos de mi madre el lunes después de un largo desayuno y mi tío Gustavo nos llevó a la terminal de autobuses sobre las doce. Conforme pasaban las horas del día y durante el trayecto de vuelta, más seguro iba sintiéndome de mi nueva elección: Cristina era la mujer correcta y no Marisa, Cristina era a quien debía haber querido (de haberme dado cuenta), pero Marisa era quien me había hechizado con alguna extraña

poción. Una chiquilla... ¿cómo podía haber sucedido? No dejaba de cuestionármelo, de acusarme con dedo flamígero y demoledor. ¿Cómo y cuándo había ocurrido todo esto y cómo lo había llevado a cabo cuanto que yo era el mayor y Marisa la jovencita virgen e inexperta?

Llegamos, por fin, a la terminal Central del Norte ocho horas más tarde, rendidos, con ganas de irnos a la Condesa directo a la cama a dormir. Para no perder la costumbre, un manto negro y sin estrellas cubría a la ciudad de México.

10

Cuando desperté el domingo, las imágenes de la noche anterior eran aún intensas, perfectamente delineadas como esos edificios de enfrente cuando los miro recortarse contra el horizonte. Las frases, las voces y siluetas del bar Gema, todo emborronado por la espesa oscuridad, reverberaban en mi recuerdo nítida y agrestemente. Sí, no había sido un sueño. Era algo pulcrísimo. Podía incluso repetir en voz alta mis preguntas y recordar las respuestas de Zafiro, es decir, de Herminia... y por lo mismo, me decía, no podía ser una alucinación. Nadie recuerda un sueño con tanto detalle, pensé, y acto seguido toqué mi calzoncillo. Estaba como almidonado en la zona de la entrepierna. Era, pues, verdad: ayer había ido a ese burdel y había visto a esa mujer, quien quiera que fuera.

Luego de darme una ducha y tomarme un par de expresos, abrí mi laptop para checar mis correos. Había sólo tres que me importaban: el de Néstor, otro de Daniela y el tercero de Hernán Badillo. En el primero, mi amigo sugería que comiéramos el martes en el Schweik; me decía que allí hablaríamos sobre Rogelio y su lío amoroso. Me pedía que no tomara ninguna decisión todavía, que lo esperara. Le respondí que ya era tarde, que había llevado a cabo una locura y que ya se la contaría con lujo de detalles.

El segundo email era de Daniela. Me esperaba en su departamento de la Nápoles a las doce de ese mismo domingo para ensayar las tres Opus 30. Perfecto, pensé. Era lo que deseaba con ansia: pulir las piezas de principio a fin, dejarlas en el límite de la perfección, si es que eso existía. Al final ya sólo abrí el correo de Hernán, el cual no era otra cosa que un folleto electrónico anunciando el ciclo de sonatas para violín y piano de Beethoven en la UNAM, el nombre de Daniela y el mío junto con los de otros muchos participantes venidos de todo el mundo. Tocáramos el jueves 27 de junio a las siete y media de la noche, es decir, dentro de escasos cinco días. Ni qué hablar que mi frágil ego se sintió reconfortado luego del descalabro de la noche anterior.

Me apuré, comí una rebanada de pan tostado y un yogurt, arreglé el departamento y salí con mi violín y partituras a la calle desierta, donde cogí el primer taxi. El día era tibio y hacía muy poco viento. No se veían coches. En escasos diez minutos, estaba entrando al estudio de mi amiga en la Nápoles. Daniela estaba radiante, feliz de verme, emocionada de poder, al fin, poner manos a la obra. Se veía mucho más hermosa que de costumbre. Quería empezar de inmediato. Luego de ofrecerme un vaso de agua, abrió la tapa de su piano y se sentó en el banco lista para arrancar con la sexta, es decir, la primera del grupo de las tres Opus 30. Acerqué el atril, acomodé el violín bajo una pequeña gasa que solía poner entre el instrumento y mi hombro, y de un solo tirón y sin ninguna pausa —salvo algunos instantes entre cada movimiento—, tocamos el *allegro*, el *adagio* molto expresivo y el allegretto con *variazoni* de la sexta. Un total de 22 minutos. Estaba más que satisfecho. Sonaba bien. Si conseguíamos tocar las otras dos sonatas de esta manera, nos iría de maravilla el jueves, los conocedores quedarían impresionados y Badillo nos volvería a contratar al año siguiente para el ciclo dedicado a Dvorak, otro de mis ídolos.

Sin descanso, aún contagiados por el rapto de la sexta, nos lanzamos con la séptima, la segunda de las tres Opus 30. Nomás emprender el segundo movimiento, comencé a sentir, maravillado, una suerte de suave disolvenca entre el piano de Daniela y mi violín: ambos, unidos, parecían lamentarse por algo, el estribillo del adagio se resistía a levantar la voz más de la cuenta —digamos que lo mantuve a raya—, pero seguía, impertérrito, adelante, una y otra vez, hasta caer hecho pedazos. Esa melancólica aleación era justo lo que buscaba y estábamos, por fin, lográndola. Estaba más que contento; estaba orgulloso y exultante... Pensé en Beethoven y el inicio de su sordera hacia 1802. Sabía de sobra que al componer las tres sonatas, poco después de concluir “Claro de luna” y su segunda sinfonía, Ludwig empezó a perder el oído. Fue en ese año que dejó también escrito un testamento en el que revelaba que si no hubiese sido por el arte, por toda esa música que aún debía componer, estaría ya muerto, se habría suicidado. Recordar eso mientras tocábamos el adagio cantábile, me erizó la piel y me hizo pensar en el profundo maridaje que Beethoven tuvo con su música durante sus casi sesenta años de vida: no sólo fue su compañera, su única pareja, su hija y su diosa, sino que, en los mejores momentos, la música se convertía en él mismo... en una suerte de extraña simbiosis. Y eso lo debía intuir. Por fin, al terminar los cuatro movimientos de la séptima sonata (unos 27 minutos),

Daniela sugirió un receso: escucharíamos, dijo, la octava tranquilamente con una cerveza bien helada. Acepté. Me moría de sed y nos merecíamos un descanso. Sacó tres versiones distintas de la octava de un estante lleno de música pegado a la pared: la de Maria-Jão Pires y Augustin Dumay, la de Kremer y Argerich y la de Orkis con Anne-Sophie Mutter. Escogí la primera, pues admiraba a la Pires, sobre todo desde aquel infausto episodio en Holanda, en 1998, donde tuvo que improvisar el concierto de piano número 20 de Mozart que el director y la orquesta habían trastocado por otro. Verlo en *Youtube* era impresionante. En lugar de desmayarse o interrumpir al director, en lugar de levantarse y largarse del escenario, la Pires decidió arrojarse al vacío y tocarlo entero sin haberlo preparado, confiando tan sólo en su memoria prodigiosa. Algo nunca visto, al menos por mí. Daniela puso el cd de la Pires en el estéreo y fue por las cervezas.

En lugar de sentarme a su lado, comencé a pasearme por la sala. Tranquilo, tarareaba algún fragmento de la octava y luego daba un trago a mi botella. Empezaba a hacer algo de calor allí dentro. Así, creo, debieron pasar cinco minutos hasta que, medio ocioso, me aproximé al librero y saqué al azar uno de los varios álbumes de fotos que había allí encimados y no había tenido jamás ocasión de mirar. Le pregunté a mi amiga si me dejaba echar un vistazo. Asintió y me senté a su lado con el álbum. Nuestras rodillas se tocaron. Chocamos las botellas y bebimos. El segundo movimiento de la octava comenzó a sonar justo cuando empezaba a pasar las primeras hojas del álbum. Casi de inmediato vi la foto de un hombre muy delgado que reconocí, un tipo de unos 55 años que recordaba claramente. Era él, pensé. Era idéntico, pero no quise hacer demasiado caso. Daniela todavía pasó una o dos hojas más cuando, otra vez, apareció ese mismo tipo de bigote ralo, pero esta vez abrazando a una niña de tez clara, trigueña. La detuve en seco para preguntarle quién era:

—Ésa soy yo —dijo Daniela sonriendo—, y ése es mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí.

—Pero ¿no me habías dicho que tu padre estaba muerto?

—Sí, falleció hace cuatro años, poco antes de conocerte, Fabián.

—No puede ser —le dije—. Acabo de verlo.

—¿Qué dices?

—Sí, lo encontré en un bar cerca de mi edificio y luego lo volví a ver en

casa de Herminia —me detuve en seco, por supuesto, y de inmediato rectificué—: No la he vuelto a ver... Fui a su casa para que me diera una explicación, que, claro, nunca quiso darme. Deseaba entender por qué insistía en ser tu media hermana y por qué se empeña en tocar conmigo las Opus 30. ¿Por qué me dice que estás en Nueva York cuando estás aquí conmigo? No tiene ningún sentido.

—¿Eso te dice de veras?

—Sí, pero no fui a verla para tocar con ella, te lo juro, sino para que me aclarara lo que estaba sucediendo.

—¿Y qué te contestó?

—Nada.

—¿Nada?

—En su lugar salió un hombre: el mismo de la foto.

—No puede ser. El hombre de la foto es mi padre y está muerto, ya te lo dije. Acaso eran un poco parecidos. Eso ocurre a veces...

Mientras me decía esto pasé otras hojas del álbum. En varias encontré nuevas fotos de su padre: la misma edad, el mismo bigotito ralo y los mismos ojos pequeños y siniestros. Incluso, en una de ellas, el tipo cargaba una mascota. Se lo dije a Daniela y ella me respondió sin perder la compostura:

—Mi padre tenía un tepezcuintle y lo quería muchísimo. Lo llevaba siempre con él.

—Entonces es él —dije exaltado—. Si no me crees, mira...

Me levanté la pernera y le mostré la marca simétrica de los dientes en mi pantorrilla.

—Su perro me mordió —insistí.

—¿Y cómo sabes que es él?

—¿Cuántas personas tienen un animalejo de esos en su casa?

—Pero mi padre está muerto, ya te lo dije.

—Herminia no me dijo eso.

—¿Qué te dijo entonces?

—Que está vivo, que está loco de remate y que tú lo proteges o que ella me protege a mí de ti, ya no recuerdo exactamente. Una tontería, por supuesto. Disculpa, estoy un poco confundido...

—Es natural —dijo Daniela poniendo su mano en mi rodilla—. Nos

parecemos bastante. Eso al menos dice la gente...

¿Nos parecemos? ¿A quién se refería? ¿A Herminia o a su padre? Estaba a punto de preguntárselo, cuando el timbre de la puerta sonó y Daniela se levantó de un salto para ir a abrirla.

—¿Esperas a alguien? —pregunté.

—Sí. Se trata de una sorpresa para ti.

No podía ser, pensé. ¿Una sorpresa? Lo que estaba oyendo y mirando existía sólo fuera de este mundo: Herminia entró como si cualquier cosa, saludó a Daniela y luego se acercó a mí. De hecho, las dos se acercaron al mismo tiempo.

—Sí, Fabián, soy yo —dijo Herminia sonriendo—. No te espantes... Es hora de que hablemos los tres.

—Pero antes bebamos —dijo Daniela yendo derecho a la cocina.

Herminia se sentó en el mismo sitio donde había estado mi compañera. Se veía más hermosa que nunca, mucho más que ayer por la noche en el Gema (si es que en realidad había estado allí). Esta vez llevaba un vestido azul turquesa de organdí, escotado y ligero, corto hasta los muslos; calzaba unos tacones medianos y unas alhajas que no le había visto antes. Era idéntica a Daniela, pero más morena que ella. Otra vez comprobé el enorme parecido al ver regresar a mi amiga pianista con una botella de vino verde espumoso y tres copas. Daniela escancié el vino hasta el borde y nos pasó una a cada uno. Acto seguido se sentó a mi derecha, por lo que de pronto quedé atrapado en medio de las dos. Luego brindó de la forma más natural del mundo:

—Por el recital que se nos viene encima.

—Por los tres —agregó Herminia.

Bebí desconcertado. Luego me quedé mirándolas un rato, intrigado y confuso. Empecé a transpirar en las axilas, podía notarlo, pero no quería moverme, no *podía* moverme.

—¿Qué pasa aquí? —balbucí.

—Nada —dijo Herminia rodeándome el cuello con su brazo y besándome la mejilla y la orilla reseca de los labios; luego añadió—: Sucede que nos gustas a las dos. Nada más. Eso sucede. Sólo que Daniela es muy tímida, siempre lo ha sido. ¿No es cierto, hermanita?

—Un poco, sí.

—Bésalo —dijo Herminia, y de inmediato mi amiga empezó a besarme el

cuello, lo que en lugar de espantarme, como debía haber ocurrido, tuvo el efecto de aturdirme y embriagarme hasta el delirio. No me lo esperaba... Sí, me estaba gustando que Daniela me besara aunque no terminaba de entenderlo. ¿Todo este tiempo callada?, pensé. ¡Qué raro! La dejé acariciarme la entrepierna frente a la otra, luego la dejé tocarme el miembro como jamás lo había hecho en tres años de conocernos y tocar música juntos. Pero ¿tendría fiebre, estaría enfermo?, cavilé. Herminia tomó su copa, bebió un largo trago y luego tomó la mía y me dijo:

—Bebe, Fabián, no seas mustio; estamos festejando —y empezó a besarme mientras Daniela se ocupaba del zíper de mi pantalón. Había sacado mi verga endurecida del calzoncillo y ahora la lamía con frenesí. Pero ¿qué diablos estaba pasando? ¿Eran verdaderamente hermanas o no eran nada salvo dos brujas encarnizadas con mi cuerpo, dos sabias nigromantes? En ese momento la pregunta era, por supuesto, incoherente y baladí, pero igual la quería contestar como si de allí, de esa inminente respuesta, se desprendiera la solución al enigma.

Herminia se levantó el vestido y en menos de lo que pude percatarme, se subió a horcajadas sobre mí, sus ojos negríssimos, profundos, mirándome de frente. Luego Daniela empezó a desabotonarme la camisa y a besarme el pecho: mordía mis pezones con dulzura, ni más fuerte ni menos suave de lo que a mí me gusta. Después de un par de minutos, Herminia se levantó, me sacó el miembro y le dijo a su hermana:

—Te toca. Disfrútalo, destrózalos.

Daniela se había quitado el pantalón y estaba lista: de un salto se puso a horcajadas sobre mí, en la misma exacta posición en que había estado su hermana, mirándome también de frente como Herminia me había estado mirando, aunque en esta ocasión entrecerré los párpados por culpa de la excitación o la vergüenza, no lo sé. Sí, ya no podía aguantarme... Empecé a moverme con rapidez, ágilmente, hacia arriba y hacia abajo; quería venirme cuanto antes, sabía que ya no podría contenerme un segundo más, menos aún si tenía a Herminia besándome el cuello y la espalda, y apretándome los pezones con sus dedos largos y filosos.

En ese instante volvió a sonar el timbre, otra vez el maldito timbre de la puerta, pero yo ya me había corrido dentro de Daniela. Empapado, abrí los ojos y descubrí, espantado, la funesta o no funesta realidad: no era el timbre de la casa de Daniela sino el timbre de mi departamento. Pero ¿cuándo pasó

todo aquello, a partir de dónde empecé a soñarlo? Me levanté del sofá aterrado y perplejo. La luz entraba a raudales por la terraza. ¿Qué horas eran? ¿Qué día era hoy? ¿Domingo? ¿Lunes? Me acomodé la pijama de prisa, como pude; me acerqué a la puerta en puntillas, sigiloso, y pregunté en voz baja antes de decidirme a abrir:

—¿Quién es?

—Su vecina, don Fabián... María Terrazas.

—¿Qué quiere, María?

—¿Puede abrirme, por favor?

Abrí.

—Pero ¿no me piensa acompañar? —dijo.

—¿Adónde? —vacilé.

—¿Cómo adónde? A la misa de doña Ofelia.

—No recordaba que hubiera una misa.

—Es aquí nomás, a dos cuadras, en la iglesia de San Ignacio. Si quiere, vístase y lo espero en la calle en cinco minutos. Pero no se tarde. Empieza a las once en punto —y se marchó.

Cristina vino a mi recámara el domingo por la mañana. Me dijo que necesitaba hablar conmigo.

—Es urgente, Vivi.

—Cuéntame.

—No, aquí no.

—¿De qué se trata?

—No, puede oírnos Marisa. Vamos a un café, te lo ruego. Yo te invito. Pídele el coche prestado a mi mamá.

—Pero sigue dormida.

—Pues entonces no se lo pidas... y vámonos.

Le hice caso. Poco importaban las consecuencias, aparte de que mi madre continuaba dormida, anestesiada por el alcohol de la noche anterior. En ningún momento durante el trayecto que va de nuestra casa en el Pedregal hasta el Clunys de la avenida de la Paz, en San Ángel, Cristina quiso adelantarme una palabra. Insistí un par de veces, pensando, por supuesto, que se trataba de Marisa, pero una y otra vez Cristina se salió por la tangente repitiendo, firme, que me esperara hasta llegar, que no comiera ansias. Era delicado y necesitaba que me convirtiera en toda oídos, me advirtió. Conduje tensa y crispada por su culpa, no obstante, una vez estuvimos sentadas en un rincón acogedor del restaurante, una vez nos trajeron dos cafés y una canasta de pan recién horneado, lo comprendí todo y me quedé, por decir lo menos, estupefacta. La dejé explayarse, irse de la lengua, contarme cada mínimo detalle de su encuentro con Néstor en su casa el día anterior, pero conforme la escuchaba, menos podía creer que fuera justo Cristina, la ecuánime y reservada de las tres, quien hubiese llevado a cabo tamaño despropósito: ir a su casa a rebajarse, declararle su amor a ese barbaján, el mejor amigo de mi hermano Rogelio... Pero ¿cómo era posible? ¿Qué avispa les había picado a las dos? ¿Y ahora esta añeja pasión de Cristina por Néstor Canal? ¿Cómo y

cuándo había surgido... y por qué? ¿Qué diablos tenía ese hombre, qué secreto encanto escondía que jamás lo había notado yo? Habíamos crecido juntos, sí, Néstor y Raimundo, los dos hermanos siempre inseparables de nosotras y Rogelio. Habíamos acudido a la misma escuela primaria del Pedregal, nuestros padres iban al mismo Club de Golf desde que teníamos uso de razón, nadábamos en la misma alberca los fines de semana, jugábamos juntos en el jardín de mi casa, nos encaramábamos al árbol de hule y nos pertrechábamos en la casita de madera contra los ataques de los tejocotes que los más pequeños arrojaban, competíamos a la matatena y al turista mundial, jugábamos a las escondidillas y los encantados, crecíamos y madurábamos al mismo tiempo... o casi, pues Rogelio y Néstor, los mayores, comenzaron a guardar su distancia, primero de nosotras tres, las mujeres, y más tarde de Raimundo, cinco años más joven que su hermano Nes. Quien a mí me gustaba (o me gustó en una época) era Raimundo, lo confieso, pero eso fue por una corta temporada; luego me lo quité de la cabeza, lo empecé a mirar como lo que realmente es: un niño tonto y consentido, echado a perder por sus padres. Luego, al correr de los años, al pasar de las infinitas fiestas y encuentros en su casa o la nuestra, las idas al club a nadar y los partidos de tenis, ese algodónoso mundo en que vivíamos se fue diluyendo o espaciando cada vez más... hasta desaparecer. De repente ninguna de nosotras quería ir al club con mis padres, tampoco nadie quería quedarse los sábados en esas aburridas cenas de los grandes. Todo eso, digo, se esfumó cuando, primero, los padres de Néstor se mudaron a Zacatecas, y años más tarde, cuando mi papá nos avisó que se marchaba de la casa porque era gay. Al poco tiempo de haberse ido, el papá de Néstor murió de un ataque fulminante y su madre ya no quiso volver a la capital. De esa forma, mi madre perdió no sólo a su mejor amiga, sino también a su marido y de paso a todo ese nutrido grupo de contertulios, compañeros de juerga del club. Se acabaron las cenas y convites, las visitas a tomar el té por las tardes y las jugadas de póker hasta la madrugada; se esfumaron los amigos como por encanto. Sin mi padre y sus bromas, sin ese eterno imán suyo que atraía a propios y extraños, mi madre era poco más que una leve sombra recorriendo los pasillos de la casa, un remedo de lo que antes, siendo joven, fue. Dejaron de buscarla. Los amigos no *eran* mis amigos, me dijo en una ocasión; siempre *fueron* los amigos de tu padre, Viviana, y junto con él desaparecieron. Así de hipócrita es la gente, Vivi, no lo olvides.

Nosotras no éramos unas tontas indefensas para entonces. Por si hubiese

alguna duda al respecto, Marisa, la menor, nos lo había dejado claro con su temeraria acción... y ahora Cristina lo remachaba viniéndose a prender del mismo tipejo del que su hermanita se había enamorado. A la primera locura, se sumaba la segunda. Se lo pregunté; le dije allí mismo, en el Clunys, entre sorbos de café y delicioso pan dulce, si acaso le apesadumbraba el que Marisa se hubiese fijado en Néstor primero que ella, a lo que, vehemente y perdiendo la compostura, contestó:

—No, Viviana, la que se fijó primero en él fui yo. A la que siempre le ha gustado Néstor es a mí. Desde niñas, para que lo sepas. Lo de Marisa es una atracción de chiquilla confundida, un arrebató sin ningún porvenir y sin verdadero peso.

—¿Y lo tuyo no es igual?

—Lo mío no es un arrebató...

—¿Y cómo lo llamas entonces? ¿Haber ido a su casa a buscarlo sin previo aviso, declararle tu amor intempestivamente? ¿Eso no es un arrebató?

—Lo fue, pero Marisa me orilló. ¿No te das cuenta? No tenía remedio. Cuando nos dijo lo que había ocurrido, lo que había estado pasando frente a nuestras narices, comprendí que me había tardado mucho tiempo, supe que había dejado pasar demasiados años con mi secreto pudriéndose adentro y que ya no ganaba nada callándomelo. Por eso lo hice, Viviana. De otra manera, hubiera hecho las cosas diferentes.

—¿De qué otra manera?

Cristina titubeó:

—No lo sé...

—¿Y él qué te dijo? ¿Eres correspondida?

—Creo que sí.

—¿Crees que sí o estás segura?

—No estoy segura de nada. Ni siquiera él lo está —y añadió con incipiente rabia, como nunca la había visto—: ¿Cómo puede estarlo, Viviana? ¿Cómo si ha estado saliendo con Marisa? Tú dime... No espero que él sienta lo que siento de la noche a la mañana, pero eso no importa ahora. Yo igual se lo tenía que decir; tenía que abrirle mi corazón, ¿entiendes? Y eso hice. Ya era hora...

—¿Y si se está riendo de ti?

—Me escribió invitándome a desayunar el martes. Quiere hablar

conmigo. Algo me quiere decir, pero no por email.

—Tal vez te quiera mandar al diablo... ¿Lo has pensado?

—No.

—Pues deberías.

—Pero ¿de veras crees que va a dejar a Marisa por ti, tan fácilmente, de un día para otro? ¿Y has pensado en lo que todo esto significa para ella? Estás declarándole la guerra a tu propia hermana... ¿te das cuenta?

—Por eso necesitaba hablar contigo, Vivi —tomó aliento, bajó el tono de voz y añadió empuñando su taza de café—: Para que hables tú con Marisa, para que me ayudes y la hagas entrar en razón.

—¿En razón?

—Sí, explicarle que lo suyo es una tontería, que Néstor jamás la va a tomar en serio, que se aleje ahora, cuando aún puede... que lo corte ella a él y no al revés. No quiero verla herida.

—Pero la que está fuera de razón eres tú —le dije aterrada, y añadí—: Más bien las dos están fuera de razón. Mira, Cristina: tal y como están las cosas, lo único sensato es no volverlo a ver, cortar por lo sano, tú y Marisa. Las dos.

—Ya no puedo. Es tarde. Y la verdad tampoco quiero.

—Nunca es tarde —admonicé.

—Todo lo he hecho tarde en mi vida por culpa del maldito miedo —vaciló un segundo y luego añadió—: Néstor siempre me gustó, Viviana. Sería imposible, aparte de absurdo, negar mis sentimientos, decirme que no lo quiera, cuando toda la vida he sentido lo contrario. No tengo 17. Tengo 21, casi 22. No soy una niña. Me quiero casar con él.

—Estás loca. ¿Casarte?

—Tal y como lo oyes.

A partir de ese momento, dejé de hacerle mucho caso: las cartas estaban echadas. Cristina estaba sorda, ciega y enloquecida. Hablar con ella era hablar con la pared. Había caído hechizada bajo el embrujo de ese bastardo, lo mismo que Marisa, y ahora la situación nos rebasaba a las tres. No obstante un elemento se me escapaba y no lograba comprenderlo por más que me esforzara: era el de saber por qué diablos yo (al menos yo) no lo quería, no me gustaba y jamás me había atraído... por fortuna.

Cristina siguió hablando, continuó dándome, pormenorizadas, sus razones, la filigrana de sus sentimientos, sin embargo a esas alturas yo ya había tomado una sana y tajante resolución. Sí, la única manera de deshacer este nudo, el único modo de alejar a mis hermanas de esa quimera llamada Néstor Canal, era consiguiendo que las dos se decepcionaran de una buena vez y para siempre de él. Si Marisa iba a estar desencantada, faltaba Cristina de estarlo también. Si Marisa iba a odiarlo por culpa de Cristina, Cristina iba a odiarlo por mi culpa. No veía otra alternativa, sinceramente. Tenía que conseguir mi complicada meta: hacer que Néstor Canal, el escritorzuelo de mierda, defraudara para siempre a las dos. Me encargaría de ello al precio que fuera, costara lo que costara. A partir de esa mañana en el Clunys y durante los siguientes días, me dediqué a maquinarme mi infame y exquisita trampa...

Dalia tenía quince años cuando trajo a Marisa por primera vez. Las dos iban al mismo salón de clase en la secundaria del Francés del Pedregal, un colegio para jovencitas dirigido por las monjas de la Congregación de las hermanas de San José. Mi mujer lo quería así. Luisa estudió en esa misma escuela cuando era niña y por lo mismo deseaba que Dalia aprendiera francés (como había hecho ella) antes que aprender inglés, que a mí me parece mucho más importante. Aunque me opuse, el tesón de la madre prevaleció como en casi todo: metió a la niña a la escuela de las monjas lyonesas desde el primer año de primaria, cuando Dalia tenía seis. Hoy mi hija habla francés a la perfección, pero su inglés es paupérrimo.

Han pasado cerca de dos años desde aquella tarde lluviosa en que vi sus ojos negros, inmensos, por primera vez, y todavía no consigo borrar esa imagen (¿luminosa, tenebrosa?) de mi mente enardecida. Marisa parece encajada en algún sitio de mi alma. Ahora, por fortuna, mi hija va a otro colegio, uno laico, americano, mixto: el Green Hills de la avenida San Jerónimo, un poco más lejos, más caro, pero igualmente bueno. ¿El pretexto? El inglés, claro. Si Dalia ya hablaba francés desde los diez años, era hora de meterla a una escuela americana. Y Luisa esta vez aceptó. Mi hija estaba feliz, por supuesto. Estaba harta de un colegio sólo para señoritas.

Que yo sepa, Dalia no ha vuelto a ver a Marisa desde hace, por lo menos, un año, es decir, desde que dejó a las monjitas de Jardines del Pedregal. Tampoco menciona a la amiga. No sé qué habrá pasado entre ellas, la verdad. Quizá Marisa, discretamente, se alejó, o acaso mi hija dejó de interesarse por su antigua amiga. O tal vez su amistad no era tan intensa ni profunda como al principio parecía. En cualquier caso, fue una suerte que así ocurriera. Y lo fue puesto que no la he vuelto a ver a pesar de que a veces lo he deseado con toda el alma. No me la he encontrado desde que le dije, terminante, que ya no podíamos estar juntos. No era normal que un hombre de 42 años estuviera con una chica de 15, la edad que tenía ella entonces, la edad en que perdió la

virginidad. Se lo traté de explicar con besos en la frente y los párpados. Lloró desconsolada, mas no insistió. Yo estaba —y estoy— por ello agradecido y eso recrudesció aún más la despedida.

Pero ¿cómo pasó lo que pasó entre nosotros? No lo sé aún. Pensar, intentar entender, me agota, me fatiga inmensamente y no me lleva a ninguna conclusión. Todavía, a veces, por las noches, sin poder dormir, me pregunto si todo aquello sucedió en la realidad o si, acaso, fue un breve sueño ardiente y febril, un sueño luminoso y tenebroso al mismo tiempo, un sueño como nunca antes había tenido. Sobre todo me suelo preguntar: ¿por qué milagro o extraña paradoja nadie nunca se enteró: ni Luisa, mi mujer, ni mi hija ni Darío, su hermano, ni un vecino o una monja del Francés ni nadie en mi pequeño universo burgués? Eso tampoco lo sé, pero lo agradezco. Se lo agradecería a Dios, pero no creo en él desde hace mucho tiempo.

A veces me invade un miedo espantoso: como si alguien, un esbirro tal vez, fuera a esposarme y llevarme a la comisaría o como si de pronto dos tipos fornidos, pagados por sus padres, fueran a romperme cada uno de los huesos y dejarme tirado en la calle. Este horror fue al principio, cuando la dejé, cuando terminamos o yo la terminé, cuando le dije que ya no podía seguir viéndola, que me perdonara. El miedo se agudizó durante las primeras dos o tres semanas... luego, con los meses, fue espaciándose... aunque a ratos, lo admito, me asalta todavía... en cualquier instante, incontrolable, a cualquier hora del día y sin venir a cuento. Nada lo suscita. Renace bajo la piel. Y yo sé exactamente lo que es: remordimiento, vergüenza.

Me llamo B. Soy abogado. Estudié en la Libre. Tengo un bufet en la Del Valle, a un paso del Parque de los Muertos, entre Amores y Félix Cuevas. Hago cuarenta minutos al bufet si no hay tráfico o hasta dos horas cuando lo hay. Detesto el derecho, odio litigar, meterme con la vida de los otros, defenderlos o atacarlos, pero todo ello permite el sustento de mis hijos, Dalia y Darío, el más pequeño (que es hoy un grandulón), y de mi mujer, a quien, a pesar de todo, amo con toda el alma. Vivimos bien. Demasiado bien. Tengo dinero. Tengo un Lexus último modelo. La casa en Volcán se la dio mi suegro a mi esposa cuando nos casamos hace casi veinte años. Luisa me sigue gustando... y sí, hacemos el amor, lo hacemos más que la mayoría que lleva los mismos años de casados. Esto lo sabemos porque otras parejas nos lo cuentan de manera oblicua, entre risitas, durante las fiestas, ya medio bebidas. O bien se lo cuentan las amigas a Luisa en los cafés de los martes y ella me lo cuenta luego a mí. No importa, el caso es que los dos estamos bien.

Lo importante es que Luisa y yo nos queremos. No voy tampoco a mentir y ufanarme, pretender decir que lo hacemos diario ni todas las semanas, pero lo hacemos con pasión y con denuedo. Me gustan sobre todo las nalgas de mi mujer: firmes, morenas, la forma en que se monta sobre mí, la forma en que no debo enseñarle ni explicarle nada (como tenía que hacer con Marisa casi siempre). La pasamos muy bien juntos. Nos acompañamos, nos divertimos, jugamos al tenis con otras parejas, vamos al cine sin los hijos, compartimos un montón de amigos en común... Leemos los mismos libros y hasta a veces los discutimos acaloradamente; hemos viajado solos los dos cuando hemos podido... Entonces, si todo está bien entre nosotros, ¿qué fue lo que ocurrió? ¿Y por qué? ¿Cómo empezó todo si nunca me han interesado las adolescentes, si jamás he puesto mis ojos en una mujer que no tuviera, por lo menos, 24 años de edad? Simplemente no me interesan, nunca me han llamado la atención; debo decir que, incluso en mi fuero íntimo, las desdeño y menosprecio: son bobas y engreídas, ingratas y vanidosas, saben nada de la vida, nunca se han enamorado y tampoco han sentido el dolor de la pérdida del primer amor, pues jamás se han entregado de verdad a un hombre. Acaso se han encaprichado, sí. Antes de los 24 o 25, las chicas utilizan a los chicos, se miden con ellos, calibran cuánto pueden arrastrarlos, herirlos, sobajarlos. Después eso cambia, por supuesto. Ocurre gradualmente (o de súbito en algunos casos), con la edad, con la experiencia y con el sufrimiento. Tarde o temprano bajan la guardia, tarde o temprano caen, se enamoran, enloquecen de pasión, padecen y se hacen, por fin, más humanas, un pelín menos soberbias. Jamás, pues, he tenido que resistirlas (no importa qué tan hermosas fueran), jamás he tenido que evitar o cuidar mi mirada de su inquisitorial mirada, pues nunca me ha empañado el pensamiento la idea de acostarme con una adolescente, menos una niña de quince, la edad que tenía Marisa cuando la desvirgué, cuando conoció el amor por mi culpa.

No voy a darme baños de pureza: las mujeres me gustan, y mucho, pero no cualquier mujer, que quede bien claro: me atraen (como a mis amigos más cercanos) las hembras de treinta, cuarenta años... Incluso una de 27 o 28 puede, acaso, atraerme o conquistarme si es excepcionalmente inteligente, si tiene algo importante que decir, si sabe conservar, latente, el misterio de su feminidad y no solamente si es hermosa, pues ser bella, ya se sabe, no basta. Cuánto más mayores, más interesantes. Hace mucho leí un libro que corrobora lo que digo. Se titulaba *En brazos de la mujer madura*. Allí el autor suscribe que la mejor edad de la mujer es entre los 35 y los 45; antes son unas

adolescentes insoportables, engreídas y, sobre todo, inexpertas del amor. Cuando llegan a los 35 es cuando, por fin, uno debería empezar a amarlas, y nunca antes, a riesgo de amanecer mojado. Coincidió palmo a palmo con el autor. Entonces... ¿qué ocurrió conmigo? ¿Y por qué me contradije? ¿Cómo pudo pasarme esa locura, esa insania, con una niña de la edad de mi propia hija, con el mismo idéntico cuerpo desgarrado y sin forma de Dalia, con unos senos tan breves y una cintura de chico y todavía no de mujer? No soy un pederasta. No busco adolescentes. Ni siquiera me detengo a pensar un minuto en ellas. Por eso me niego a aceptar ese epíteto. Lo que ocurrió con Marisa fue algo distinto, un fuego incontenible, un acto irracional que, sin embargo, ella sutilmente propició; un deseo feroz que Marisa buscó con atolondrado ahínco y acaso (debo decir) con una pizca de malicia; una pasión que ella anhelaba desesperadamente antes de que yo mismo siquiera lo deseara, mucho antes de que yo siquiera la pudiese imaginar.

Tampoco voy a acusarla. Soy abogado, ya lo dije. Soy un adulto. Soy menos ingenuo (o cabrón) que eso. Si hay un solo culpable, ése soy yo. Si hay un responsable, soy yo. Comprendo que no importa lo que alegue en mi defensa, todas esas virtuales justificaciones que pudiera yo aducir si algún día me enjuiciaran, todas son, sin excepción, inútiles, vacías. Lo cierto, lo único que importa, es que debí haber dicho “no” la primera vez y luego la segunda y la tercera, y no lo hice. No supe hacerlo a tiempo. Me embriagué de sus ojos, su saliva adolescente, sus besos, y me dejé arrastrar... No pude detenerme ni quise dejar de tocar sus aterciopelados muslos de niña, la brasa entre sus piernas, su vulva roja y pequeña, inédita, como la piel resinosa de un caracol con baba. Creo que ni siquiera lo intenté. Quiero decir, jamás le puse un alto sino hasta ese último día, hace poco más de un año. Repito: me dejé llevar por un deseo ciego e instintivo, uno que no era, ya lo dije, mi propio (exclusivo) deseo, sino el suyo —al menos al principio—. Sí, creo que lo que más me enloqueció, lo que, al final, me llevó a acostarme con ella en mi propia recámara los martes por la mañana cuando no había nadie en casa, fue descubrir en esa niña impúber —en esos ojos divinos y profundos— su propio deseo por mí, un adulto, el padre de su amiga, el marido de Luisa. Su locura me envolvió. Su perversión se hizo mi locura. Su pasión fue mi pasión. Y yo caí rendido a sus pies.

Esta mañana, a punto de salir a mi cita con Cristina, me ha llegado una invitación por correo electrónico. Se trata de una charla o conferencia que el italiano Claudio Magris dará la próxima semana en la UNAM. El anuncio viene con una sinopsis: «Cuando escribo, mi primera fuente de inspiración es la realidad. Suelo obtenerla de sucesos que han ocurrido, de eventos que verdaderamente pasaron y de personas que existieron en la realidad, dado que, como dice Mark Twain, estoy convencido de que la verdad es mucho más bizarra que la ficción. Es como si estuviese construyendo un mosaico en el cual muchos y variados *tesserae* fueran meros fragmentos de realidad, pero que, una vez reunidos y encajados, revelarían una nueva figura. Seguido me reconozco en esa clase de escritura, la cual Umberto Saba denomina “diurna”, y a través de la cual un autor, hasta cuando inventa, construye un mundo que corresponde a su propia manera de ver la vida, a los valores en los que él cree y los sentimientos que él mismo ha tenido. En otras ocasiones —y últimamente me ocurre más— se me impone una suerte de escritura “nocturna”, como la llama Ernesto Sábato; se trata de una escritura en la cual el autor abruptamente llega a términos con algo que ni siquiera él mismo sabía que poseía: ciertos sentimientos, algunos perturbadores, y ciertas horribles tensiones (las cuales lo dejan perplejo y frecuentemente horrorizado) no hacen sino confrontarlo con un rostro que él mismo desconocía de sí mismo y que incluso contradice aquellos valores en los que él pensaba que creía (“esas detestables verdades mías que me han traicionado”, dice Sábato). “Pero ¿a quién pertenece esta voz espeluznante?”, exclama el protagonista de *Der Sandmann*, de E. T. A. Hoffmann, después de haber leído en voz alta un texto que él mismo ha redactado. Cuando el autor conoce a su propio doble —aun cuando quisiera escucharlo decir cosas distintas—, debe uno, sin más, cederle la pluma.»

¿Ceder la pluma? Pero ¿a quién, a cuál de mis dobles?, ¿al de la noche o al de la luz del día?

Le diré a Fabián que me acompañe a la Gandhi después de comer en el Schweik. Me faltan algunos libros de Magris y de Sábato y los quisiera leer antes de ir a escucharlo. Tengo, primero, mi desayuno con Cristina: cualquier cosa puede ocurrir cuando la vea.

—¿Y cómo se lo dijiste a Cristina? ¿Qué pasó? —muerto de curiosidad, se lo pregunté a Néstor en cuanto llegamos al Schweik, sobre las tres de la tarde. Era martes, el mismo día de su decisivo desayuno con Cristina. Nos acababan de asignar una mesa en el segundo piso junto al enorme ventanal. Desde ese sitio podíamos contemplar la fina lluvia, la cual caía, menuda y gris, sobre los pobres transeúntes que esperaban, con paraguas algunos, la llegada del autobús o de un taxi.

Para mi sorpresa, Néstor respondió cada una de mis preguntas sin hacerse mucho del rogar, como suele. Parecía que deseara confesarse, purgar sus culpas, contarme lo que había ocurrido desde antes de haberse largado a Zacatecas, desde el preciso momento en que Cristina apareció en su casa y le declaró sin ambages su amor. Nes quería sacarlo todo, con pelos y señales, y yo, por supuesto, deseaba escucharlo, enterarme del chisme y sus intrínquilis, aunque también me urgía contarle mi extraño sueño con Herminia y Daniela y luego, por supuesto, la locura amorosa de Rogelio por Zafiro o quienquiera que fuera esa puta de mal agüero.

Por fin, después de pedir al mesero dos cervezas heladas y dos ensaladas mixtas con huevo duro y atún, Néstor me contestó:

—Pues nada, Fabián... Todo se dio muy sencillo. Simplemente le cogí la mano y le di un beso.

—¿En la boca?

—No, en la mano —respondió—. Le dije que a mí también me gustaba, que siempre, desde niños, había pensado en ella, incluso desde que jugábamos al turista mundial en el jardín de su casa, pero que nunca me atreví a decírselo...

—¿Y por qué te tardaste tanto tiempo, se puede saber?, ¿por qué te esperaste hasta que tuve que ir a humillarme yo a tu casa? —me interrumpió Cristina, hermosísima, dejándome acariciar su mano suave sobre el límpido mantel del restaurante.

—¿Y Cristina compró esa mentira, Barrabás? —le reclamé sin soltar mi cuchillo: apenas ahora descubría que lo empuñaba salvajemente. Estaba, por supuesto, enojado con el saqueador, herido en mi vanidad y sin saber por qué.

—Pero es cierto, Fabián. Cristina siempre me ha gustado.

—Pero eso no te frenó para salir con Marisa —me reprochó Cristina soltándome con brusquedad la mano.

—Apenas la semana pasada salías con Marisa —le dije a mi vez, soltando el cuchillo—. Apenas te vi en el Vips con ella, ¿recuerdas? Le dijiste que estabas enamorado frente a mis narices. Yo te oí. Ella se veía enamorada, poseída. No paraba de besarte.

—Marisa me buscó y no supe disuadirla, Cristina; no pude quitármela de encima cuando pude.

—Si te gustaba Cristina —le reproché yo—, debiste haberle puesto un alto a Marisa, pero, al contrario, te engolosinaste con la hermanita, con la que no debías haberte metido jamás. Ni era la que te gustaba, como dices, ni era la que te correspondía en edad... Y lo peor: es la hermana pequeña de Rogelio, tu mejor amigo.

—Es mi hermana menor, ¿te das cuenta? —añadió Cristina con lágrimas en los ojos.

—¿De veras no te acostaste con ella? —le pregunté.

—La pobre nunca ha tenido un novio, Nes —me reprochó Cristina, secándose con un pañuelo que yo mismo le ofrecí—. Sólo tú... No lo puedo creer.

—Te juro que no, Fabián. Marisa es virgen.

Llegó el mesero con las cervezas, una canasta de pan recién horneado y dos ensaladas mixtas en platos anchos. Néstor aliñó la suya con aceite y vinagre. Yo di un trago a mi cerveza. Empezaba a hacer calor en el segundo piso, el mismo de mis pasados encuentros con Herminia y Daniela. Afuera seguía, sin embargo, lloviznando. Me quedé callado unos segundos (acaso meditando en la fiabilidad de sus palabras) hasta que, por fin, le pregunté si había hablado con Marisa.

—No, pero le escribí un largo correo inmediatamente después de dejar a Cristina en la universidad. Tenía un examen a las doce. Está tomando un curso de verano para adelantar materias.

—Nos tenemos que ir —dijo Cristina de pronto: eran las once pasadas—.

Tengo un examen de Macroeconomía a las doce. No sé cómo me va a ir; no he podido estudiar pensando en ti todo el maldito fin de semana. ¿Me llevas?

—Y la llevé, por supuesto —siguió Néstor sin tocar su ensalada; luego agregó—: ¿Sabes lo que me dijo en el coche antes de bajarse?

—¿Se puede saber cómo vas a explicarle a Marisa “lo nuestro”? —preguntó Cristina de repente—. Yo no se lo puedo decir, Nes.

—¿Dijo de veras “lo nuestro”? —apenas y conseguía deglutir los jirones de lechuga, tomate y atún.

—Tuve que mentirle. Le dije que hablaría con Marisa en persona, pero no me atrevo, Fabián. Por eso le he escrito... Me llevó dos horas redactar el correo explicándole las cosas, las ventajas de una separación, la diferencia de edades, mi cariño incondicional hacia ella, pero mi amor por Cristina... ¡No puedes imaginarte qué difícil! —se detuvo, picó un poco de ensalada con su tenedor, masticó automáticamente y añadió—: ¿Sabes? Ya no quiero hablar más de todo esto. Me deja un muy mal sabor de boca. Mejor cuéntame de Rogelio. ¿Qué diablos pasa con él? ¿De quién dices que se ha enamorado? ¿Una puta? Sólo a él puede ocurrírsele...

—Se llama Zafiro —dije, pero de inmediato corregí—: Bueno, la verdad no sé su nombre. Tal vez se llame Herminia y no Zafiro. No estoy seguro.

—¿La conoces?

—Sí y no —me embarullé—. Es complicado. Digamos que la fui a buscar.

—¿Y por qué hiciste eso? —saltó de su asiento.

—Por la misma razón por la que tú haces las locuras que haces, Néstor.

—Hablo en serio, Fabián.

—Porque no iba a permitir que se aprovecharan de Rogelio, que lo usaran, que la hija de la chingada lo desplumara así nomás. Sólo por eso. ¿Te parece poco?

—Te dije en mi correo que me esperaras. Ya pensaríamos en una solución.

—No podía. Rogelio está demasiado clavado. Vino a mi casa llorando. Dice que no puede dejar de buscarla, que sólo piensa en ella, que le ha dado todo su dinero...

—¿Su dinero?

—¿Pues qué pensabas? ¿Que las putas se acuestan contigo por tu bonita cara?

Néstor se quedó meditando, y acto seguido me preguntó:

—¿Cuándo empezó todo?

—Hace dos o tres meses, lo mismo que lo tuyo con Marisa...

—Y nosotros sin saber maldita cosa.

—Por eso me lancé yo solo al Gema. Pensaba amenazarla, decírselo en la cara.

—¿Decirle qué, Fabián?

—Que no lo buscara más, que dejara de robarle y hacerle falsas promesas. Rogelio es un niño de pecho, tú lo sabes. Cualquiera mujer puede verle la cara y destrozarlo. No es la primera vez que sucede.

—¿Y qué pasó? ¿Cómo se lo tomó ella?

—No estoy seguro —dije, incrédulo de oírme decir lo que seguía a continuación—: Todo se volvió bastante confuso desde que entré al Gema, ¿sabes? Era como si de pronto estuviese viviendo dentro de un largo y pegajoso sueño; todo lo que me ocurrió allá dentro no era natural ni verosímil...

—¿De qué mierda hablas?

—Y para complicar las cosas —proseguí sin prestarle atención—, esa misma noche, después de volver del Gema, soñé con ella y mi pianista, las dos a la vez, ¿puedes creerlo?

—¿Con Daniela y la puta?

—Sí. Soñé que las dos me cogían por turnos.

Néstor soltó una carcajada, le dio un sorbo a su cerveza y acto seguido me dijo, no sin antes limpiarse la boca:

—No sabía que te gustaba Daniela.

—No me gusta. Ése es el problema.

—¿Y dices que la otra era la prostituta de la que está enamorado Rogelio?

—Aparentemente se trata de la media hermana de Daniela.

—¿La puta de Rogelio es media hermana de Daniela?

—Es más complicado que eso —respondí, vacilante—: Lo que ocurre es que Herminia se hace pasar por su media hermana, pero Daniela lo niega rotundamente. Lo raro de todo esto es que cada vez que voy a practicar las

tres sonatas de Beethoven con Daniela, se aparece su hermana en su lugar.

—¿Herminia?

—Exacto.

—¿Y Herminia también se hace pasar por Zafiro?

—Creo que sí...

—¿Crees que sí?

—Mira: si no son medias hermanas, ¿entonces cómo diablos sabe todo sobre mí?, ¿cómo se las ingenia para aparecerse en cada lugar donde voy a encontrarme con Daniela? Aquí mismo, por ejemplo: la primera vez que la vi. En aquella mesa donde están los viejitos —señalé al otro rincón, junto al mismo largo ventanal horizontal que todos compartíamos—. Y ahora, para colmo, me la encuentro en el Gema.

—¿Y qué pasó allí?

—Al final, en lugar de encararla y ponerle un alto, tal y como planeaba, terminó dándome una mamada en el baño de caballeros.

Néstor soltó una nueva carcajada, provocando que los viejitos se giraran a mirarnos:

—¿Estás bromeando?

—En serio... —dije apesadumbrado, cogido en falta, y de inmediato añadí—: Pero lo más extraño es que la tal Zafiro dijo en cierto momento llamarse Herminia. Y no sólo eso: era idéntica a Herminia pero con peluca rubia.

—¿Son rubias?

—No. Herminia es morena, pero en el Gema llevaba una peluca rubia, por eso la confundí con Zafiro.

—Sigo sin entender una puta palabra.

—Cuando la vi por primera vez en el Gema sentada entre sus compañeras, se trataba de Herminia, la pianista, la falsa media hermana de Daniela, pero luego, después de haberme arrastrado al baño para darme una mamada, cuando la fui a buscar al mismo sitio cinco minutos después, se había convertido en otra.

—En Zafiro.

—Exacto.

—¿Y qué bebiste?

—Un whisky.

—¿No le habrán puesto algo?

—Claro que no.

—Suenan a que estabas drogado o borracho, Fabián.

—Sé que suena así, pero no lo estaba —tomé un largo respiro, intenté calmarme y terminé—: Y para colmo, como ya te dije, esa noche, ya de vuelta en mi casa, soñé con las dos, pero mi sueño era tan vívido que parecía completamente real.

—Eso sí te lo creo. Nos pasa a todos. A mí me ha sucedido varias veces.

—Pero no así, te lo juro —e insistí—: Mi visita al Gema parecía soñada y luego mi sueño parecía real, cuando debería ser al contrario, ¿no crees?

Néstor se quedó pensando un rato en mis palabras, y luego añadió:

—¿Sabes? Lo que te pasa le ocurría a Kafka con frecuencia.

—¿Qué le pasaba?

—Bueno, no sé si le pasaba o no. Se trata de una teoría. Mi propia conjetura literaria, digamos.

—¿Y cuál es? —dije por decir dado que, francamente, no me interesaban sus teorías. Ahora mismo deseaba callarme y dejar a Néstor parlotear, explayarse. Intentar explicarle a mi amigo lo que me pasaba era punto menos que imposible y esa suerte de impotencia se estaba traduciendo en una franca irritación, aparte de que no había podido tocar mi ensalada todavía.

—Mi tesis es que casi todo lo que leemos de Kafka se origina en un sueño, un espeso y bituminoso sueño del que, no obstante, que yo sepa, no dejó testimonio en sus diarios o cartas, salvo (indirectamente, claro) en sus ficciones. El *quid* está en que las novelas y cuentos nunca dicen *explícitamente* que se trata de sueños. Al contrario: todo lo que cuenta lo narra como si fuera absolutamente real, la cosa más cotidiana del mundo. Empezando, claro, por *La metamorfosis*.

—Sí, la recuerdo. La leímos juntos en la prepa. Gregorio Samsa despierta hecho un escarabajo, ¿no?

—Exacto, Fabián: Samsa “despierta” hecho un escarabajo y por eso no puede estar soñando. ¿Lo ves? Gregorio Samsa ya está “despierto” y por eso queda invalidada la posibilidad de que esté soñando su desgracia, de lo contrario, sería como soñar un sueño dentro de un sueño y en Kafka no se trata nunca de eso. Mi teoría es que Kafka narraba prolijamente, de principio

a fin, sus sueños y luego, claro, los aderezaba como si fueran pura realidad. Si observas, no hay rastro de sueños en sus historias; sus personajes no sueñan justo porque todo se origina de un sueño que más tarde, al despertarse, recordó. Decírselo al lector es como proporcionarle los ingredientes con los que se elabora el pastel... y ningún buen repostero va a decirte la receta.

—Por supuesto —comía mi ensalada sin prestarle demasiada atención: en el fondo seguía embebido en mis propios pensamientos, sumergido en mis sueños. ¿Herminia podía ser verdaderamente Zafiro y a la inversa? ¿Daniela era su media hermana, a pesar de todo? ¿Y si era así, por qué la negaba? ¿Por puta, por llevar una vida fácil, lujuriosa? ¡Entonces era cierto! Herminia debía ser Zafiro y jamás soñé esa mamada en los baños del Gema.

—Si te fijas, lo mismo ocurre con *El castillo* y *El proceso*. Casi todos sus cuentos y novelas se originan de sueños que, muy probablemente, tuvo; sueños como el tuyo, Fabián, sólo que más tarde tuvo la fantástica idea de convertirlos en historias comunes y corrientes. Podrán sonar fantásticos o un poco absurdos, pero eso sí: desde un principio queda bien establecido que no son sueños. Si uno se fija, por ejemplo, en todo lo que le ocurre al Agrimensor de *El castillo* la cantidad de cosas y situaciones extrañas y ridículas que le pasan sin poder acercarse a la meta final, no es tampoco difícil deducir que toda la premisa pudo haber surgido de algún sueño más o menos similar. Lo mismo en *La condena* y *El proceso*, donde todo lo que ocurre no tiene pies ni cabeza aunque la historia comience en tono perfectamente realista, casi notarial.

Había perdido el hilo de la charla; yo sólo comía y lo veía parlotear como un perfecto orate. No había leído *El castillo* ni *El proceso* ni ningún otro libro de Kafka, salvo *La metamorfosis*, y de esto hacía ya muchos años. Entre un bocado y otro le pregunté si vendría al recital pasado mañana.

—Por supuesto —dijo—. Iré con Cristina.

—Estás loco.

—Sí, ya lo sé, siempre dices lo mismo —y luego, para confirmar su temeridad o su demencia, añadió sin cortapisas—: ¿Te animas a volver al antro a buscar a don Eulalio?

Salimos del Schweik sobre las cinco y media. Quise pagar la cuenta, pero Néstor no me dejó. Luego me preguntó si lo acompañaba a la Gandhi.

Buscaba unos ensayos de Magris y Sábato que le faltaban. Me contó que el italiano venía a México y quería leer un par de cosas suyas que aún no había leído. Como no tenía nada mejor que hacer (tampoco vería a Daniela esa tarde, sino hasta al otro día), le dije que lo acompañaba sin problema; yo buscaría una nueva biografía de Beethoven que Daniela me había recomendado leer. Lo de volver por la noche al tugurio de las urracas en la Zona Rosa no me convencía, francamente. No estaba muy seguro de querer regresar a ese sitio y menos sentía deseos de emperifollarme sólo para toparme otra vez con don Eulalio y burlarme a mis anchas del viejo maricón. Al fin y al cabo era el padre de Rogelio, mi mejor amigo; al fin y al cabo era el padre de Cristina y Marisa Ricart, cavilé mientras Néstor conducía su ruinosa carcacha, obsequio de sus padres antes de marcharse a Zacatecas. La verdad no entendía a mi amigo. Estaba loco. Ese prurito suyo, casi perversión, por rozar el riesgo y las tinieblas, por inmiscuirse gratuitamente en líos, me rebasaba, incluso me daba a ratos un poco de miedo. Muy a mi pesar sabía que, aunque no lo acompañase, Néstor volvería a ese bar de mal agüero vestido de bujarrón, y para ello iba a necesitar (otra vez) la ropa de su madre, la cual guardaba yo en mi departamento desde la semana anterior. ¡Mierda!

Salimos del Schweik, como digo, y tomamos hacia la Gandhi en la glorieta Francisco de Quevedo. Había escampado y ahora, de pronto, hacía mucho calor: típico cambio de verano, impredecible y violento. Las nubes habían desaparecido como por encanto del cielo azul raso. La luz pegaba directo contra el parabrisas y se sentía mucha humedad dentro. Abrí mi ventanilla, pues de pronto sentí que me urgía una bocanada de aire fresco. El aire acondicionado del coche de Néstor no soplaba lo suficiente y se lo dije:

—Deberías venderlo y comprarte algo más nuevo.

—Al menos tengo coche, Fabián.

—Mejor ir a pie o tomar el Metro. Te evitas este tráfico del carajo.

Apenas había dicho estas palabras —estábamos sobre Insurgentes, a la altura del antiguo cine Manacar, en el infernal cruce con Río Mixcoac— cuando a mi derecha vi, nítido, parado en la acera, al agente Marquitos Toledo. Lo reconocí en el acto. Fumaba un cigarrillo, ensimismado; su muela de oro refulgió un instante con el brillo del sol. Casi de inmediato, lo apagó, pisándolo; luego cruzó la avenida con la intención de evitar el paso de cebra y zigzaguar a través de los autos detenidos sobre los tres carriles. Llevaba

puesta una chaqueta negra, lentes polarizados y guantes, ajuar a todas luces innecesario para el calor que estaba haciendo. En lugar de sonreír como solía, se le notaba determinado y serio. Por un momento pensé que me buscaba a mí, pero dos segundos más tarde, sin vacilar y sabiendo lo que hacía (lo que *tenía* que hacer), se dirigió hacia el Lexus blanco que teníamos delante y que, como nosotros, aguardaba la luz verde. Acto seguido, Toledo abrió la puerta del conductor de un golpe y lo jaló hacia afuera con todas sus fuerzas, como si se tratara de un maltrecho maniquí. El tipo en cuestión iba extremadamente bien vestido, corbata verde oscura, blazer azul cobalto, cabellos castaños, afeitado y con un reloj que, desde donde estábamos, parecía de oro.

—Mierda —gritó Néstor—. Lo están asaltando. Cierra la ventanilla, Fabián.

Lo hice sin dejar de mirar, embobado, lo que estaba ocurriendo.

—No puede ser —dije—. Es un agente de la Procu. Lo conozco. No puede estar robando.

—¿Estás loco, Fabián? Es un pinche ratero.

Continuamos mirando la escena desde donde seguíamos atorados, sin oportunidad de echar el coche en reversa y sin poder moverlo hacia adelante. El semáforo seguía en rojo. Otro hombre, más bajo que el primero, apareció por detrás de nuestro coche, se acercó al Lexus y de inmediato coadyuvó a golpear al hombre que sangraba profusamente en el suelo. Lo identifiqué, por supuesto. Llevaba (él también) unos lentes polarizados: pecoso, con su cabeza redonda y su nariz de pirinola. Era Juan Carlos Niño. El mismo hijo de puta que me había torturado en San Bernabé. No parecía, sin embargo, haberme visto. Era otro claramente su objetivo.

Mientras todo esto ocurría, absolutamente nadie se atrevía a mover su coche, es decir, ningún auto intentaba hacer un solo movimiento, por ejemplo pretender esquivar la espantosa escena —no lo conseguiría a menos que los primeros tres carros de la primera fila de los tres carriles se animaran a atravesar Mixcoac en plena luz roja y con cientos de automóviles cruzando transversalmente a toda velocidad—. Niño y Toledo continuaban pateando al señor del Lexus sin misericordia y a plena luz del día. Éste, mientras tanto, apenas y lograba defenderse; con trabajos intentaba esquivar las patadas que le propinaban en el rostro, la espalda y las costillas. Empecé a sudar, quería escapar de allí. La maldita luz verde no aparecía. Todo se había empantanado súbitamente con la insoportable calina y la humedad de esta ciudad de

pesadilla.

Lo que ocurrió un minuto después y mientras me secaba los párpados con la manga de la camisa fue más delirante todavía. De uno de los coches detenidos en el carril a la derecha (pero un poco más atrás del nuestro), apareció un señor delgado con un gabán marrón oscuro. Un tipo de perfil aquilino y pronunciado mentón, con ojos pequeños y un desagradable bigotito ralo. Lo reconocí al pasar cerca del coche de mi amigo. Algo llevaba en la mano, tras el gabán. Sin mediar explicación, sin detenerse a preguntar a nadie y con absoluta parsimonia y sangre fría, se aproximó a Niño y Toledo, quienes —aún eufóricos— continuaban golpeando al indefenso señor del Lexus. El hombre del bigotito ralo sacó la mano del gabán y apuntó, primero, a Marquitos, descerrajándole un tiro justo en la mitad de la cabeza. A plena luz del día vi el agujero bermejo en medio del rostro, en la nariz. Vi las manos de Toledo alzarse como si quisieran reparar el hoyo, pero esto, si acaso, duró un fragmento de segundo, pues el agente ya estaba muerto, tirado en el suelo, sangrante, al mismo tiempo que Niño, cogido de improviso, comenzó a correr hacia el otro lado de Insurgentes, donde no pasaban muchos autos. No había avanzado cinco pasos cuando, otra vez, el tipo del gabán marrón (sí, el presunto padre de Daniela y Herminia) apuntó a su espalda con aterradora calma, descerrajándole el segundo tiro de esa tarde arrebolada. El balazo, al parecer, había dado en el centro de la nuca. Nes y yo lo miramos caer como un fardo de papas. Los transeúntes, no obstante, habían desaparecido como por arte de magia; algunos se ocultaban tras los árboles de la acera, otros se habían escabullido en el quiosco de periódicos y unos cuantos más se resguardaban dentro del mismo local que había sido alguna vez el famoso cine Manacar en los setenta, el más grande de Latinoamérica. El tipo de gabán y bigotito ralo se enfundó el arma y tranquilamente volvió a su auto justo cuando la luz verde dio paso a todos los coches de la avenida Insurgentes. El carril de la derecha, el del justiciero de gabán, avanzó primero que el carril del tipo ensangrentado, quien con trabajos se levantó, se subió a su Lexus, se limpió la sangre con su camisa y avanzó. Nosotros lo seguimos por un rato, completamente atónitos y desorientados, hasta que lo perdimos de vista.

—Eran agentes de la Procu —volví a decir.

—¿Estás seguro? —respondió Néstor sin soltar el volante.

—Y el otro es el dueño del tepezcuintle.

—¿El que te mordió?

—Sí —respondí mientras bajaba, por fin, la ventanilla: me urgía un poco de aire—. El tipo vive en Poussin, al otro lado del parque. Bueno... lo vi en un bar primero y luego en casa de Herminia. Pensaba que vivía con ella...

—¿Tu pianista?

—No es mi pianista, pero sí: *ella* —contesté todavía alterado—. Según Herminia, el tipo es su padre y también es padre de Daniela. Daniela, por supuesto, lo niega.

—¿Y a quién le crees?

—A Daniela —respondí.

—Pero ¿no dijiste que en tu sueño las dos se te subían a horcajadas?

—¿Y qué con eso?

—¿Y si lo que crees que ha sido un sueño no es sino la pura realidad? ¿Y si de veras te cogiste a las dos? ¿Has pensado en esa posibilidad?

—Déjate de pendejadas, ¿quieres? —pero el maldito Néstor me había infundido ya la duda, así como cierta inadmisible cantidad de angustia.

Habíamos llegado a la librería.

Esa misma noche, luego de que Néstor (necio como es) se hubiera ido a la Zona Rosa solo y emperifollado, me quedé dando vueltas en mi cama intentando unir los bizarros crímenes de Niño y Toledo con la maligna presencia del hombre del bigotito ralo. ¿Qué conexión había entre ellos? ¿Qué clase de tipo podía ser el siniestro padre de Herminia que de pronto (y como salido del abismo) se atrevía a hacer de justiciero a mitad del día y en la ciudad más poblada del mundo? Como si fuera invisible, pensé. Como si nadie lo fuera a ver o denunciar o detener, como si no existiera en este mundo, como si de un fantasma se tratara... Al llegar aquí me detuve horrorizado. ¿Como si no existiera?, repetí. ¿Un fantasma salido del abismo de mi propia imaginación? Pero ¿podía ser? Imposible. El tipo existía: era cien por ciento real. Lo había visto varias veces con mis propios ojos, había cruzado más de una palabra con él, primero en El Tepe, la noche en que lo conocí, luego en la casona de Poussin cuando fui a buscar a Herminia para pedirle cuentas... y ahora otra vez que lo veíamos Néstor y yo matar a quemarropa en la avenida Insurgentes y a plena luz del sol. ¿Estaría confundidos, digo, mezclando a dos seres distintos pero

extraordinariamente parecidos? ¿Bigotito ralo, perfil aguilino, ojitos de rata, siniestros y expresivos, complexión delgada? ¿Podía ser? ¿Había dos hombres en el Distrito Federal tan idénticos o estaría enloqueciendo? No, no deliraba... Néstor lo había visto también. Canal no había dejado de hablar sobre el suceso en la librería, luego en el café donde nos sentamos un rato a intercambiar impresiones y más tarde en mi departamento, mientras se ponía un escotado y sexy vestido rosa fucsia, se maquillaba con esmero y me trataba de convencer para que lo acompañara... será la última vez que vayamos, me dijo, me suplicó; te lo prometo, Fabián. Además este jueves, pasado mañana, es tu recital; no podremos volver a ir en mucho tiempo. Con suerte nos encontramos al viejo otra vez. Me muero por verlo de nuevo, me urge ponerme a escribir, poder transfigurar en ficción al transfigurado, necesito material de primera mano para hacer verosímil mi relato...

Al final no cedí: estaba demasiado agobiado y confundido, demasiado excitado con todo lo ocurrido ese día, estos últimos días, de hecho. ¿Vestirme de urraca de nuevo? ¿Salir de mirón por la noche otra vez? ¿Confundirme con la comunidad de travestis y maricas? No. Ésa sí era una perfecta chalada y no la pensaba cometer dos veces consecutivas. Francamente no entendía cómo y de dónde encontraba Néstor las agallas para volver al antro gay después de todo lo ocurrido esta tarde. En cambio, yo sólo anhelaba detenerme un instante, ponerme a meditar un rato sobre todo lo ocurrido e intentar, con un poco de suerte, enlazar los cabos sueltos... si es que los había. Pero tal vez no los había, reflexioné... Eran, no obstante, demasiadas las pistas, los signos ocultos, cavilaba machaconamente sobre la almohada en la oscuridad de mi recámara; eran demasiados eventos y todos siempre confluyendo. Esas pistas estaban desmembradas, es cierto, pero igual no por ello dejaban de existir. Sí, pensé sin lograr cerrar los ojos: las coincidencias surgían a granel y todas parecían danzar alrededor mío, parecían combinarse cual sombras chinescas en la pared, como si de pronto todo en el mundo (en mi mundo al menos) estuviese acaeciendo para mi zozobra o mi enajenación... Como si de veras se tratara de una pesadilla, tal y como Néstor había insinuado durante nuestra comida en el Schwjek.

Ja ja ja... El imbécil creía que me tomaría el pelo. Pensaba que no lo reconocería tras el maquillaje de bufón, creyó que no imaginaba su artero propósito. Pero ¡qué muchacho cándido es este Nestorcito! ¡Atreverse a venir a este edén escondido del planeta! ¡Este oasis de bellos transexuales y travestis! ¡Pretender burlarse de mí, mofarse del padre de su amigo! Nada menos que Néstor, ¡quién lo iba a decir! ¡El hijo de mis queridos Evelina y Pancho Canal, que en paz descansa! Pero como bien dice el refrán: más sabe el diablo por viejo que por diablo. O mejor: más sabe el diablo por puto que por diablo. Y yo soy el diablo y soy puto y soy viejo... pero eso sí, no tan viejo: 58 no son tantos, aún no estoy decrepito, todavía me gusta el sexo, y mucho, y sobre todo me gustan los mancebos rubios y morenos de la edad de Néstor, es decir, la edad de mi hijo Rogelio. Y si se puede aún más jóvenes, pues mucho mejor.

Pensaba que no lo reconocería con sus cremas y coloretos, con sus labios burdamente pintados de violeta y su sostén de mamarracho. Ni siquiera sabe empacar bien el sostén. Ni siquiera sabe andar con tacones altos. Se tambaleaba a cada paso. Fue un pequeño lío meterlo al taxi y bajarlo después, hacia las tres de la mañana. El chofer tuvo que ayudarme a cargarlo entre los dos. Sin el taxista no habría habido banquete ayer por la noche, esta misma madrugada...

Pero, insisto, ¡qué clase de escritorzuelo es el hijo mayor de mis queridos Pancho y Evelina! ¡Cómo si no fuese a adivinar sus secretos propósitos, su empeño en aparecerse vestido de mujer y ponerse a husmear donde nadie lo ha invitado! ¡Pretender sacar (más bien sacarme) jugoso material para su nueva novelita de mierda, ja ja! ¿Qué otra cosa puede motivarlo si no? Lo conozco de sobra. Lo he leído, aunque él no lo imagine siquiera. Su relato sobre José Clemente Orozco me gustó, pero el que le siguió era insoportable. ¡Un fresco capitalino! ¡Dios! ¡Tamaño despropósito! Conozco a Néstor desde que estaba en el vientre de su pobre madre, tan mojigata y chapada a la

antigua como Ática, mi ex mujer. Ya sospechaba las bastas intenciones del muchacho el día que lo vi, la semana pasada, parado frente a la barra de mi leonera, al lado de su querido Fabián, el violinista. Pero ¿qué hacen estos dos imbéciles aquí?, me dije cuando los vi a lo lejos, cuando me acerqué a Fabián y me acodé con impostada distracción sobre la barra, cuando creyeron (¡pobrecitos!) que me encontraban ellos dos a mí (y no yo a ellos) entre el bullicio y la oscuridad del antro. Primero vi a Néstor perderse entre el tumulto, luego vi a Fabián quedarse como anclado en su sitio y por último los vi salir huyendo a escasos treinta minutos de haber llegado. Poco tiempo tuve para reaccionar, muy poco para seducirlos, ¡carajo! Su timidez, su inexperiencia, los desenmascaró y al cabo de un rato terminaron fugándose. ¡Par de maricas! Era claro que ni pertenecían a este sitio ni habían caído en la Zona Rosa por casualidad. Algo los había conducido al mejor bar gay de México y ese algo era nada menos que yo: el controvertido neurocirujano Eulalio Ricart, travesti y urraca de la noche citadina, padre de su amigo Rogelio, el tráfuga, desertor de su hogar, la mariposa nocturna. ¡Como quieran llamarme! ¡Me importa un carajo! ¡Qué güevos de cabrones!, pensé. ¡Emperifollarse de rameras, maquillarse como criadas y lanzarse a investigarme adonde no debían investigar, mi propio territorio de la noche! ¿Qué se pensaban estos hijos de la chingada? Este cubil de lobos no les pertenece. No debían haber venido y menos debieron haberse camuflado en algo que no son. Es peligroso y el precio podía ser, a la postre, muy jodido. De hecho, lo fue, pero no precisamente ese jueves, ya lo dije. Esa noche escaparon ambos como lolitas impúberes. Primero Fabián, arguyendo que tenía que acudir al tocador (ja ja, al tocador) y poco más tarde Canal, cuando se acercó a preguntarme (como si cualquier cosa) por su hermosa amiguita. Luego se marchó empavorecido cuando le cogí la mano.

Yo había reaccionado tarde, ya lo dije: se me escurrieron esos dos lindos pichones como arena entre los dedos. ¡Carajo! ¡Par de cabrones! Por más que fueran amigos de mi hijo, por más que conociera yo a sus padres y Ática fuera la mejor amiga de Evelina desde pequeña, conmigo aprenderían la lección de su vida: no se juega al doctor en casa de las muñecas, conmigo no se debieron meter. O le entras o mejor no te metas... Por eso, insisto, ayer martes que, de nueva cuenta, me encuentro con Néstor, el escritor vestido de gitana rosa fucsia, me dije en forma de rima y en lo más profundo de mi corazón: Ahora sí, pinche Eulalio, / te lo vas a comer enterito. / Este bocado es para ti solito. / Tiene limpio y rosado el culito / y se lo vas a estrenar

enterito.

Y eso hice exactamente. Se lo estrené, ja ja ja...

Le dejé el ojal como rueda de bicicleta.

La cara que puso cuando despertó a mi lado. Habría que verla, fotografiarla y subirla a Instagram. Era para mearse de risa. No hay palabras para describir ese rostro de niño asustado. Legañoso, perplejo y, sobre todo, completamente horrorizado... Sus ojos abiertos como platos parecían gritar al mundo: “Pero ¿qué hago con este viejo maricón aquí? ¿Qué hago dormido y desnudo al lado del doctor Eulalio Ricart, el padre de mi amigo Rogelio? ¿Qué diablos ha pasado anoche? ¿Cómo he venido a dar hasta aquí?”. Innumerables eran las preguntas, lo sabía. Su mirada lo decía todo: asombro, asco y una buena porción de cólera muy mal disimulada. Yo, para joder, lo abracé contra mi cuerpo velludo y lo besé en los labios. Le dije:

—¿Dormiste bien, amor? Tienes el rímel corrido.

Me rechazó en el acto y se levantó de un solo salto de la cama.

—Pero ¿qué pasa? —gritó conmocionado.

—Nada —respondí con absoluta calma, disfrutando cada segundo, cada mueca de asco y rencor—. Sólo cogimos muy rico, ¿recuerdas?

—¿Qué? —desfallecía el zoquete.

—Como lo oyes: te gocé y me gozaste. Bueno... —me corregí en el acto—. No me gozaste porque no pudiste. Estabas ebrio, perdido. Apenas te mantenías en pie. Tuve que arrastrarte al taxi y luego, muy amable, el chofer me ayudó a cargarte hasta aquí, ¿lo puedes creer? Por supuesto le di una buena propina. Estás bastante pesadito, amor, pero al final conseguí desvestirte yo solo, eso sí. ¿No es lo que querías? ¿No me fuiste a buscar otra vez para eso?

—No recuerdo nada, don Eulalio. Se lo juro —ahora el pobre se tocaba el ano: probablemente le dolía.

—Qué importa. Ya irás recordando. Vendrán imágenes fugaces —le dije mientras pensaba muy dentro de mí: tienes ya lo que querías, hijo de puta, materia prima para tu nuevo relato de amor sodomita, amor del bueno, ¿no es cierto?

Lívido, Néstor se vistió de mujer en un dos por tres, cogió sus tacones del suelo y salió despavorido de mi departamento. El pobre estaba herido en su

ego y vapuleado, sin contar con ese otro dolor (mucho más íntimo) que debía estar padeciendo. Para colmo de escarnios, llevaba una ridícula peluca puesta al revés cuando se marchó gimoteando.

Aunque lo negara, sabía que le había gustado nuestro *affaire*. No sería el último de su vida; era más bien el primero de muchos. Eso podía apostararlo.

Le gustó, al putito.

—¿Sabías que las tres Opus 30 Beethoven se las dedicó al zar Alejandro I? —preguntó Daniela.

—Por cien ducados, sí —le contesté, dejando mi vaso de agua sobre la mesita, despatarrándome sobre el mismo sofá donde había soñado aquel sueño en el que Herminia y ella se subían a horcajadas sobre mí, donde turnándose me maniataban y me hacían, feroces, el amor.

—Pero te apuesto que no sabías que el pobre tardó doce años en cobrarlos.

—Eso no lo sabía.

Acabábamos de ensayar, sin un solo receso, las tres sonatas que tocaríamos mañana jueves en la UNAM. Faltaba un día, apenas unas cuantas horas. Toda la mañana había sido, como nunca, fructífera. No había nada que reprocharle a Daniela. Había interpretado maravillosamente los diez movimientos. Por mi parte, sentía que esas tres sonatas se habían convertido en algo así como una extensión secreta de mi piel, una ramificación de mis dedos y las yemas de mis dedos, las conocía como se intuye un sendero mil veces recorrido: cada vuelta del camino, cada empinada y declive, las piedrecillas y veneros, los recodos y la grava, las sombras y la luz a cada hora distinta de la mañana o de la tarde, según la arboleda los cedros (con hojas o sin hojas), la estación del año... Así los diez movimientos, con sus lamentos y breves alegrías, sus instantes de sosiego o entusiasmo, su forma plácida de dialogar con el piano, como dos amantes paseando por la misma (conocida) vereda, las mismas brechas de antaño, los acantilados y hondonadas. No había sorpresas. Conocíamos lo que estaba por venir, cada segmento, cada frase, incluso cada fusa, corchea o redonda.

—No sólo eso, Fabián —se rio Daniela—; al final, Beethoven y su doctor, Andreas Bertolini, tuvieron que ingeniarse una triquiñuela para poder cobrarlos.

—No recuerdo lo que cuentas en la biografía de Solomon.

—No, pero en la nueva, de Jean Swafford, sí. Mira —y me enseñó el tabique que tenía sobre el librero, el mismo que había estado buscando, sin encontrarlo, en la Gandhi—: Tiene el doble de páginas que la de Solomon. Es espectacular. Debes conseguirla, Fabián.

—¿Y en qué consistió la triquiñuela?

—Como sabes, Alejandro I era un hijo de puta a pesar de dárselas de ser un monarca ilustrado. Catalina la Grande, su abuela, fue su mentora, pero él aprendió de ella lo peor y no las enseñanzas de Rousseau. En todo caso, tú sabes bien que Beethoven dedicaba sus obras a cuantas personas de la nobleza podían depararle un beneficio económico o político. Cuando supo que el zar estaba de visita en Viena, pidió permiso para dedicarle las tres nuevas sonatas. El zar aceptó y en signo de buena voluntad, y como adelanto de los cien ducados, le mandó un anillo de diamantes. En cualquier caso, el zar nunca le pagó lo prometido.

—¿O sea que no recibió los ducados?

—Espera —me paró, emocionada—. Digamos que no le pagó de inmediato. Tardó, como te digo, doce años, pero por la sencilla razón de que al zar se le había olvidado. Claro: a Beethoven no se le olvidó, pero tampoco sabía cómo cobrarle...

—Y ¿qué pasó entonces?

—Cuando el zar volvió para el famoso Congreso de Viena en 1814, el doctor Andreas Bertolini le sugirió una estrategia... —Daniela se detuvo, me preguntó si quería más agua.

De vuelta con dos vasos, prosiguió:

—Antes debes saber que la zarina, de origen alemán, estaba fascinada con una nueva moda melódica en Europa: las polonesas. A Beethoven, sin embargo, nunca le gustaron particularmente.

—Eso sí lo sabía. Pero ¿y qué tiene que ver la zarina y cuál fue la estrategia?

—Pues a Bertolini se le ocurrió la idea de pedirle permiso para poder dedicarle una polonesa, a lo que ésta, encantada, aceptó. El problema, como te digo, es que a Beethoven no sólo no le gustaban las polonesas, sino que detestaba hacer música por encargo.

—Lo que componía, lo hacía a su antojo: como quería y cuando le daba la gana. Después hacía las dedicatorias.

—En resumen, que Bertolini convenció a Beethoven y lo puso a improvisar. Luego de unos días, la primera y única polonesa que compuso en su vida apareció entre sus dedos.

—¿La Opus 89?

—Sí, ¿te la toco? Me la he aprendido. Me encanta.

—Sí, pero primero dime cómo terminó el asunto.

—Pues nada, que, poco más tarde, con la ayuda del conde Pyotr Wolkonski, el doctor Bertolini encontró la manera de presentar la pieza durante una nueva audiencia musical. Y así, tal y como había estado planeado, Beethoven consiguió suscitar el rubor de la zarina cuando ésta se enteró por un tercero que las tres Opus 30 no habían sido jamás remuneradas por su marido. Al final Beethoven cobró, no sólo sus cien ducados, sino cincuenta más por la dedicatoria que le hizo a la zarina. Divertido, ¿no es cierto? Déjame te la toco.

Daniela se sentó al piano y sin mediar protocolo, la tocó de un solo tirón sin partitura. Seis minutos. La verdad no estaba nada mal. ¿Cómo podía no gustarle a Beethoven?

Dejé a Daniela en su casa con la promesa de encontrarnos al otro día en la sala Carlos Chávez una hora antes del recital. No había por qué preocuparse —no, al menos en lo relativo al concierto de mañana jueves: las sonatas estaban más que listas—. Mi amiga pianista estaba en su mejor momento y yo me sentía, en ese aspecto, acerado y tranquilo, afilado como una navaja de afeitar... pero *sólo* en ese aspecto. En cuanto a mi propia vida, no lo estaba, por supuesto. ¿Cómo podía estarlo después de una semana desquiciante? ¿Cómo podía estar en paz si apenas el día anterior había presenciado aquella escena impactante sobre la avenida Insurgentes, a plena la luz del día? En el fondo habría dado lo que fuera por no haber tenido esa alucinación —otro de esos sueños que había estado viviendo—, pero lo cierto es que éste no lo había sido. Néstor Canal lo había atestiguado con sus propios ojos, lo habíamos conversado más tarde por horas en la Gandhi y luego en mi departamento con unos tequilas. Discutimos cada detalle de lo que pasó o no pasó, la forma en que los agentes murieron balaceados, la sangre fría del asesino justiciero, la increíble suerte del propietario del Lexus, hasta el momento en que Néstor (todo pintarrajeado) se largó al bar de los maricas en la Zona Rosa.

Al llegar a Pallares y Tlacotalpan, me encontré a María Terrazas y a doña Ofelia conversando en la entrada del edificio. Cada una llevaba su kilo de tortillas en la mano y en la otra la bolsa del mercado. La anciana resurrecta no llevaba puestas sus chancletas amarillas ni una bata ni el pelo recogido, sino un vestido a rayas morado y el escasísimo pelo blanco, suelto. Era claro que las dos volvían del Superama y de la tortillería. Me saludaron muy afables:

—Nos enteramos que mañana toca, don Fabián —dijo María—. Leímos su nombre en el periódico. Beethoven... ¡Qué orgullo tenerlo de vecino!

—Nos gustaría mucho ir a verlo —añadió la anciana.

—Le he dicho a doña Ofelia que, si quiere, yo la puedo llevar —intervino María Terrazas—. Podemos ir juntas.

—¿No tendría por casualidad un par de boletitos que le sobren? —preguntó la vieja, desdentada.

—Por supuesto —mentí—. Los dejaré a nombre suyo, María; en la taquilla, ¿le parece? Sólo tendrán que pasar a recogerlos media hora antes del concierto, ¿está bien?

Me despedí y entré a mi edificio bastante contento.

Todo volvía a la normalidad.

No, nada volvía a la normalidad.

Apenas había dejado mi estuche con el violín sobre el sillón reclinable, apenas empezaba plácidamente a orinar, cuando —intruso, maligno— sonó el timbre del departamento. Tuve que interrumpir el chorro y correr de prisa hasta la puerta:

—¿Sí, quién es?

—Soy doña Ofelia otra vez —gritó la anciana.

Abrí la puerta. Allí estaba ella con su bolsa de verduras y su kilo de tortillas enfriándose.

—Olvidé decirle que los inspectores vinieron a buscarlo.

—¿Los inspectores? —pregunté, aterrado—. ¿Qué inspectores?

—Los del agua. ¿Qué otros van a ser?

—¿Y cómo eran?

—¿Cómo que cómo eran? ¿Qué diablos importa cómo eran, don Fabián? Eran inspectores y varios en el edificio hemos tenido problemas con el suministro de agua desde aquella última vez, ¿recuerda?

—Sí —vacilé.

—Bueno, pues vinieron esta mañana y...

—¿Cómo dijeron que se llamaban?

—No dijeron sus nombres...

—¿Y cómo eran *físicamente*? —insistí, supliqué, aguantándome las renovadas ganas de volver al excusado y terminar con mi chorro de pipí.

—Uno era bajito y el otro más o menos alto —explicó la anciana.

—¿Y el bajito tenía cara de niño con pecas?

—Pues fíjese que sí.

—¿Y el alto tenía una nariz grandota picada de viruela?

—Pues fíjese que sí —respondió—. Y tenía una muela de oro muy fea.

—Gracias —y cerré la puerta.

Corrí al baño, terminé de mear hasta quedar aliviado y me tiré en la cama un largo, larguísimo, rato. ¿Cuándo carajos terminará esta puta pesadilla?, me dije enfurecido. No obstante, nomás haberlo preguntado, recordé claramente que este adverso y enmohecido sueño había iniciado el día que Rogelio llegó aquí, la tarde en que supo lo que ocurría entre Néstor y Marisa. De hecho, no había empezado así... no exactamente, reflexioné. Una hora antes de que Rogelio llegara, había venido Néstor con las copias de su nuevo libro, algo torvo y siniestro, creo que me advirtió. Luego se tomó dos expresos que lo alteraron más de lo que ya estaba, y de inmediato se largó sin contarme *eso* que me *tenía* que contar. Así había empezado todo... pero ¿por qué había iniciado en ese preciso momento? ¿Qué había de especial en su visita? Eso sí no podía determinarlo. Podía, no obstante, asegurar que había ocurrido la semana pasada... un miércoles, un martes o el jueves... O quizá fue mucho antes, la semana en que mataron a la adolescente en el Parque de los Muertos, pero no, no podía ser desde entonces... De hecho, el infierno se desató en el Schweik, cuando, en lugar de Daniela, me encontré con Herminia, la ramera, la mistificadora. Ella era la culpable y no Rogelio o Néstor, mis amigos. Era ella y sus pastillas y el vino y sus artimañas femeninas... Desde entonces, el mundo se había transfigurado, los eventos se traslapaban o difuminaban y ya no estaba seguro de maldita cosa, dudaba a cada instante entre el sueño o la vigilia, entre la fantasía y la realidad. O bien todo había sido una larga, densa, pesadilla...

Ya era hora de terminarla, pensé antes de quedarme profundamente

dormido.

¿Cómo voy a terminar este maldito libro?, pensaba cuando sonó el timbre de la puerta. Bajé la tapa de mi computadora, salí de mi habitación y me dirigí corriendo a abrir.

—Hola, Nes —dijo Viviana.

—Hola —respondí, vacilante, temeroso, cogido fuera de guardia: ¿qué diablos hacía Vivi en mi casa? ¿Qué quería? Jamás había venido sola hasta aquí, no al menos que yo recordara—. Pasa.

—Gracias —entró sin hacerse del rogar y fue directo a la sala. Se sentó sin que yo la invitara y cruzó las piernas con soltura, como una alta ejecutiva que viniera a cerrar, expedito, un negocio importante. Se veía hermosa, como sus hermanas, sólo que más madura, más alta y mejor vestida, mucho más segura de sí, más porfiada. A diferencia de Marisa y Cristina, sus caderas eran de mujer; no las concisas, escuetas, caderas de sus hermanas menores. También sus pechos eran, a la vista, más erguidos y túrgidos que los senos breves, puntiagudos, de Marisa. ¿Qué edad podría tener? ¿24, 25? Llevaba unos pequeños aretes de jade que combinaban a la perfección con su vestido corto verde limón. Sonreía y no llevaba medias. Sus piernas eran maravillosas. Su cabello oscuro caía, libre, sobre sus hombros desnudos. No parecía enfadada. Ni siquiera parecía que me quisiese reclamar nada...

—No esperaba verte, la verdad —balbucí, un poco atolondrado.

—Lo imagino, pero necesitaba hablar contigo. Es más o menos urgente.

—¿Se trata de Cristina? —traté de descifrar.

—No, realmente.

—¿De Marisa? —repliqué tembloroso, y de inmediato añadí, conciliador, adivinando hacia dónde se dirigía esta sorpresiva visita—: Debes saber, ante todo, que lo nuestro ha terminado. Ya no hay de qué preocuparse. De hecho, quería hablar sobre *esto* contigo y Rogelio, sólo que no ha habido oportunidad. Estos últimos días han sido, para mí, espantosos... ¡no te lo

puedes imaginar! Pensaba hacerlo hoy, charlar con ustedes después del concierto de Fabián, si aceptan, claro... ¿Supongo que irás?

—Sé que invitaste a Cristina...

—Sí, pero si quieres, podemos ir juntos a cenar más tarde. Así festejamos a Fabián y a su amiga pianista —no conseguía salir de mi enredo, justificarme, por lo que, absurdamente, añadí—: Fue un error lo de Marisa; la enorme diferencia de edades, lo tengo claro...

—No, no, no quiero hablar de Marisa.

—¿De tu padre? —titubeé.

—Tampoco.

—¿De qué se trata entonces?

—De nosotros, Nes.

Después de largarme del departamento de don Eulalio el miércoles por la mañana, arrastrando una resaca de los mil demonios, un dolor infame en el trasero y la ropa de mujer como único ajuar con que salir a la calle y poder tomar el primer taxi que vi pasar por la avenida Tlalpan; luego de todos estos infortunios, digo, yo ya no quería saber nada de los Ricart, ni de Fabián ni de mi hermano Raimundo y su revista de mierda. De nada quería enterarme. Ahora deseaba sobre todo olvidar la deshonra y esconderme en mi casa; quería ponerme a escribir cuanto antes, terminar mi pequeña novela torva y siniestra. Eso deseaba con todas las fibras de mi alma. Y eso hice toda la mañana y tarde que me restaban del miércoles, hasta las diez u once de la noche en que, delirante y hambriento, salí por primera vez a la calle a comerme unos tacos al pastor y volví, con ansias renovadas, a mi habitación a trabajar en las últimas páginas de mi relato. Quería acabarlo a como diera lugar y sólo por eso continué como un completo enajenado durante la noche del miércoles y hasta el jueves por la madrugada, hora en que me tomé dos cafés, casi sin dejar de teclear en mi computadora. Quería terminarlo hoy mismo, a ser posible antes del recital de Fabián y Daniela en la UNAM. ¿Lo conseguiría? Faltaba poco, muy poco, de hecho; estaba justo en eso que se llama “la recta final”. Había un par de cabos sueltos, cabos que ni siquiera sé si debían o no ser amarrados, pues la mía no pretendía ser una novela policial; era, si acaso, una novela negra, un híbrido a caballo entre Lynch y Buñuel, un relato de nocturnidad. A Raimundo ni siquiera lo saludé, pues si nos vimos un instante no lo recuerdo, o no recuerdo si entró a mi cuarto en

algún momento y me saludó y yo no respondí al saludo y ni siquiera sé si durmió en la casa o si se quedó en casa de Paty, su novia, a dormir. En cualquier caso, eran las once, creo, cuando sonó el timbre y tuve que parar en seco, salir de mi habitación y abrir la puerta de la calle a quien menos imaginaba encontrarme: Viviana.

Ya lo dije: estaba decidida a todo. Néstor no iba a salirse con la suya otra vez. No le había sido suficiente seducir a mi hermana pequeña, sino que ahora la había cambiado como traste viejo por Cristina, como si con eso resarciera su primera falta, su genial estupidez: salir con una adolescente pura e inocente. Que quede claro: Néstor Canal no es cualquier tipo, cualquier villano, cualquier hijo de vecino. Néstor era —y digo *era* con toda intención— *casi* un hermano, un primo, el mejor amigo de Rogelio, alguien entrañable y cercano. Sus padres siempre fueron nuestros tíos “de cariño”. Evelina, su madre, para colmo, es mi madrina. Desde que tengo memoria lo he visto cerca de mí, pegado como costra a nosotros, en mi casa o en la suya, en paseos y viajes de familia, en cumpleaños o en el Club de Golf. Con él he jugado al tenis, he visto películas, he ganado y perdido al turista mundial, me he encaramado al árbol donde se encuentra todavía la casita de madera... Incluso conocí a esa novia con la que tuvo un hijo que jamás reconoció. A quien no conocí fue a una criada suya, que, según me dijo mi mamá, Néstor había embarazado cuando tenía 17 o 18 y la muchacha 21 o 22, no sé las edades exactamente, pero da igual. Néstor no ha usado condón en su vida; el tema “protección” no le ha importado y mucho menos el tema familia, amigos, respeto, lealtad, fidelidad... Salta a la vista. ¿Por qué cejaría en mi empeño entonces? ¿Por qué debía cruzarme de brazos mientras Néstor hacía desmán y medio, mientras venía, ufano y procaz, a torcer nuestras vidas más de lo que han estado desde que mi padre nos abandonó? No, no podía quedarme con los brazos cruzados. La gota que, al final, ha derramado el vaso fue ver con mis propios ojos a mi hermanita derrumbarse cuando Néstor le envió un largo correo electrónico mandándola al diablo con palabras bonitas. Se me revolvieron las tripas cuando Marisa me llevó a su cuarto el lunes, creo, y me lo mostró. No, no... fue el martes. En cualquier caso, le decía que lo suyo no podía prosperar, que lo perdonara, que siempre la querría como a una hermana pequeña, pero que, a quien amaba de verdad, era a Cristina; que había estado en un error durante meses, etcétera. Pura

cháchara de quinta, buena para enternecer a una niña de secundaria; nauseabunda para enternecerme a mí. Marisa lloraba en mi hombro, gimoteaba. Finalmente, luego de una hora, se calmó y se quedó profundamente dormida. Sin embargo, la suerte ya estaba echada. Iría a su casa, lo enfrentaría, lo derrotaría con sus propias armas, o mejor: lo aniquilaría con su propia (estúpida) debilidad. Por eso me puse tan exageradamente guapa y me depilé las piernas con cera, por eso me puse el vestido verde limón y los tacones más sexys que tengo, los que sólo llevo a las fiestas de gala o a las bodas de mis amigas. Por eso me puse los aretes de jade que combinan a la perfección. Salí de casa hecha una fiera dispuesta a destrozarse la carne que me apeteciera, y esa carne era la del maldito Néstor Canal... Tomé el coche de mi madre y me lancé a la Condesa a riesgo de no encontrarlo y de haber viajado en balde por toda la ciudad... pero felizmente lo encontré: desvelado, ojeroso, repugnante. Cuando abrió la puerta, de inmediato pensé: “Pero ¿de veras de este andrajo se enamoraron mis hermanas? Si parece una piltrafa...” Me hizo pasar y yo me dirigí a la sala dispuesta a seducirlo, acostarme con él y hacer de tripas corazón. A diferencia de Cristina y Marisa, yo no soy virgen desde los 19. He tenido novios y con más de uno he hecho el amor. Sí, el amor, que es muy distinto a lo que hace el barabaján de Néstor, quien no tiene idea, por supuesto, de lo que eso significa. Pues hoy tampoco lo sabrá, me dije entre dientes. No vine a enseñárselo yo, está claro. Sólo le recetaría un poco de su propio chocolate, pensé, mientras lo escuchaba balbucir tonterías, justificaciones sin ton ni son, sentado allí, a mi lado, en el sofá de su sala. Que si Marisa, que si Cristina, que si Rogelio, que si la manga del muerto... No cabía de rabia mientras lo escuchaba. Nes sólo parloteaba sin dejarme decir lo que había venido a decirle, hacer lo que había venido a hacer y cumplir mi promesa. Por fin, enmudeció el cretino. Y entonces yo le dije, muy campante, que había ido a su casa para hablar “de nosotros”. Sí, eso le dije, tal cual, y sin mediar palabra lo besé en la boca. Nada más. No sé cómo lo hice ni de dónde saqué las agallas. Todo lo que vino después no me atrevería a contarlo —no me interesa meterme en oscuros detalles, obscenidades literarias, como a él le gusta hacer en sus libros— si no fuera porque, francamente, no me lo esperaba, porque jamás miré venir lo que, poco más tarde, comenzó a desenvolverse frente a mis narices. ¡Qué va! ¡Ni siquiera él mismo lo esperaba! Nadie en el mundo lo habría predicho, ¡eso sí lo puedo asegurar!

Aunque al principio Néstor no pareció reaccionar a mis besos —cuestión

predecible, hasta cierto punto—, poco después conseguí que, por fin, respondiera: entonces ya no sólo lo besaba yo, sino que también él me besaba a mí. Surgió lo que con exasperación yo aguardaba: reciprocidad. Nuestras lenguas chocaron. Con ello Néstor traicionaba a Cristina y traicionaba a Marisa y yo las traicionaba a las dos... aunque también (¡que quede claro!) con ese infame acto liquidaba al sinvergüenza, lo desterraba del mapa familiar. Pensé: “¡En cuanto mis hermanas sepan lo que ha pasado! ¡En cuanto Marisa y Cristina se enteren que su novio se ha acostado con su hermana mayor! ¡Cuando entiendan que Néstor no respeta nada ni a nadie! Por supuesto que le echaría la culpa a él, ¡faltaba más! Por supuesto que retorcería la verdadera historia y les diría que había ido a verlo para rogarle que dejara en paz a Cristina, a Marisa, qué sé yo... ¡Cualquier cosa! Diría que me sedujo... Ellas me odiarían, pero luego, con el tiempo, llegarían a comprender, sabrían por qué había hecho lo que me había atrevido a hacer, lo que estaba a punto de perpetrar. Confiaba en ello, acaso excesivamente; me repetía que la absolución que madura con el paso del tiempo estaría a mi favor, el lazo inextinguible de la sangre, etcétera...

Lo que, sin embargo, no esperaba, lo que Néstor tampoco imaginó, era, como digo, lo que justo sucedió cuando, con mano diestra, deslicé (suave) el zíper de su pantalón, cuando cogí su miembro e intenté ponerlo duro, listo para mí, listo para que me penetrara y yo me lo cogiera, pero...

No se erguía, no subía, no se alzaba.

Estaba, al contrario, allí, blando y repugnante, entre mis manos. Muerto en vida, lánguido, impotente y nauseabundo. Retiré mi boca de sus labios (los labios reseco de Néstor) y sin mediar palabra la acerqué a su pene, a ese pedazo de carne blancuzco, el cual apenas resurgía, tímido, entre una maraña de pelos ensortijados. Lo lamí, lo metí en mi boca, lo saqué. Volví a repetir la operación muchas veces, pero nada.

Así pasaron, no sé, cinco, seis minutos, él dejándose hacer, yo gastando mi saliva, hasta que, desesperado, harto o quizás arrepentido, Néstor se levantó del sofá de un brusco salto.

—No sigas, Viviana.

—Espera —respondí—. Déjame lo intento de nuevo. Me gustas muchísimo.

—Vete, por favor.

—Espera —insistí, y luego añadí levantándome el vestido hasta la cintura

—: ¿No te gusto? ¿No te gusta lo que ves? Júralo.

—Pero ¿qué carajos quieres, Viviana?

—Nada. Hacer el amor. ¿Tiene algo de malo?

Salió corriendo de su casa, dejándome allí dentro como una imbécil, parada en medio de la sala y con el vestido verde limón levantado hasta la cintura.

Estaba más que perpleja... Estaba furiosa. Y temblaba de rabia.

Me acomodé el vestido, me senté de nuevo en el sofá y me quedé pensando: ¿y ahora qué diablos voy a decirle a mis hermanas? ¿No sería mejor callarme la boca, enterrar lo que ha pasado? El plan o lo que fuera había salido mal, estaba claro. Abrí mi bolso y saqué la pequeña camarita. Seguía encendida. Pulsé “stop”. Oprimí “rewind” y allí mismo volví a ver, segmento a segmento, lo sucedido desde mi llegada. Mierda. No podía chantajearlo con imágenes que, muy a mi pesar, lo favorecían a él y no precisamente a mí. Sobre todo el momento final, cuando, indignado o cobarde, se largó en estampida. Eso enardecería más el platónico amor de Cristina, lo avivaría hasta grados difíciles de imaginar. ¡Dios! Guardé la camarita en el bolso e intenté calmarme, respirar un poco. Tenía que pensar las cosas con serenidad, tranquilizarme. Me estiré el vestido y luego me miré en el espejo que cuelga en la pared entre el sofá y un hermoso sillón antiguo. Justo me acomodaba unos mechones sueltos enredados en uno de los aretes de jade cuando —con total estupor— vi a Néstor volver a entrar a su casa por la misma puerta entornada por la que había salido a la calle unos minutos atrás. De un solo, duro empujón la cerró tras de sí; luego se acercó hasta donde yo estaba parada...

Temblaba de pies a cabeza.

Sin decir nada, me tomó del cuello.

¿Me ahorcaría? ¿Me iría a golpear? ¿Estaba herido en su ego por lo que acababa de ocurrir? ¿Iba, pues, a asfixiar a su única testigo? Sus ojos eran algo así como un lago indescifrable y quieto. Sentí miedo, pero también un vívido placer inexplicable... Incluso pensé si, acaso, no habría vuelto para besarme locamente y hacerme el amor con violencia.

Debí haber dormido varias horas; el cielo era una nata gris y la luna estaba suspendida en el cielo como un globo ocular con cataratas. Era algo feo. No había nada hermoso en esa luna... El globo, lleno de estrías, permanecía sobre el edificio de enfrente, inmóvil e hipnótico. Parecía mirarme, perseguir mis movimientos y ademanes. Me rehíce con trabajos y me senté al filo de la cama. Miré la hora en el reloj despertador: las 11:45 de la noche. Habré dormido cinco o seis horas, pensé. Me desperecé, me tallé los ojos y me quedé otro rato meditando. ¡Cuánta falta me hacía este descanso! ¡Dios! ¡Qué alivio saber que, por fin, las sonatas estaban listas para ser tocadas en público mañana!

Fui a la cocina, saqué una cerveza del refri, di un par de vueltas por la sala y abrí el ventanal de la terraza. Allí seguía, entera y fea, la luna blanca bordada sobre un cielo gris pimienta. Hacía calor afuera. El aire casi hervía adentro. Alcancé a escuchar, lejano, un murmullo de coches en la calle, algún ladrido extraviado en el horizonte de casas y edificios, pero el universo seguía quieto. La ciudad parecía a punto de caer dormida, justo cuando yo me despertaba. Frente a mis ojos, en la esquina de la sala, estaba el estuche de piel con mi violín dentro; junto, el atril doblado; más allá, en el librero de nogal, un montón de partituras y un centenar de libros esperando ser leídos. Sólo entonces recordé el relato de Néstor, la tarea inconclusa. ¿Dónde estaban esas malditas hojas? No había vuelto a retomar su lectura. Por fin, las hallé, hacinadas, debajo de otro libro grueso: *Nicolas Poussin. The Master of Color*. ¡Qué extraño! No recordaba ese libro. ¿Cuándo me hice de él, en qué viaje, en qué museo...? ¿O habrá sido un regalo? Lo abrí al azar, recorrí sus láminas, hasta que una, de pronto, llamó mi atención: “Tancredo y Herminia” (1630, Museo del Hermitage). A partir de la *Jerusalén liberada* de Torcuato Tasso, Poussin había pintado a una joven Herminia cortándose el cabello para secar la sangre de Tancredo. Detrás de Herminia se miraba un caballo blanco y detrás del caballo el cadáver del guerrero perdedor, Argante. Se me había

espantado el sueño. Pasé a la siguiente lámina y otra vez se repetía la escena de Tancredo y Herminia, pero en esta ocasión se trataba de un cuadro posterior (1634, Barber Institute of Fine Arts). Esta segunda pintura perdía en lirismo y personalidad, según leí bajo la lámina, pero ganaba en clasicismo y rigor. Los colores eran mucho más intensos y el rostro de Herminia cortándose el cabello frente al cuerpo agónico de Tancredo era más definido, mucho más estilizado, tanto que creí reconocer a Daniela en él: sus mismos largos cabellos castaños cayendo en cascada hasta los hombros de alabastro, una diadema recogiendo infructuosamente unos cuantos, unas cejas pobladas del mismo color del cabello y el singular hoyuelo en la mejilla izquierda. Podía ser ella, pero también podría haber sido Herminia. ¡Basta de tonterías! Cerré el libro. Lo dejé en el estante otra vez... Mejor haría leyendo ese montón de hojas y acaso intentaría dormirme más tarde. Me acomodé en el sillón reclinable y empecé a leer apuntando, primero, la luz de la pequeña lámpara de base. Di un trago a mi cerveza. Sentí un zumbido en las sienes, como cuando uno tose muy fuerte contra su voluntad y le punza la cabeza. El espasmo desapareció, no obstante seguía sin concentrarme: las láminas de Poussin intervenían, una y otra vez, en mi lectura, se posaban frente a mí como si quisieran decirme algo, balbucir la verdad de un enigma. No habían pasado diez minutos cuando, intempestiva, sonó la puerta. Era el golpecito típico de unos nudillos en el filo de la madera, un ínfimo ruido que sin embargo no desea alterar el silencio sepulcral de la noche. Ni siquiera tuve que levantarme a abrir: la puerta se había quedado entreabierta. Supuse que se habría quedado así cuando la anciana del 4 vino a decirme la historia de los inspectores del agua, pero era un poco tarde para esa reflexión: la silueta de una mujer se recortaba contra el vano de la puerta.

A pesar de las grisallas, pude reconocerla sin dificultad:

—¿Cómo entraste?

—Dejaste la puerta entreabierta, Fabián.

—Digo que ¿cómo entraste al edificio?

—Estaba abierto.

—¡Mentiras! —le contesté—. Esa puerta siempre está cerrada. Y más a esta hora. ¿Quién te abrió?

—El portero.

—No hay portero. Ya déjate de engaños y tonterías. ¿Qué quieres?

—Nada —dijo con su pérfida sonrisa al mismo tiempo que se

aproximaba, lenta pero inexorable, al sillón donde continuaba yo inmóvil, sin soltar las hojas impresas—. Te he escrito tres veces y no me contestas, Fabián. ¿Por qué?

—No he visto mis correos desde ayer —y era cierto: no había tenido tiempo o no había querido verlos, quién sabe...

Llevaba una larga bata azul, delgada y vaporosa, como la del cuadro de Poussin. A través de ella se veían sus muslos morenos y sus largas piernas bronceadas; sus pezones se transparentaban tras la suave y seductora muselina. Sentí una inmediata erección, una involuntaria maraña de deseos. Me grité en lo más íntimo: “No, ahora no puedes, Fabián... y menos cuando tienes un concierto en puerta, cuando por fin has logrado eliminarla, sacarla de tu vida”.

Se lo dije:

—Las sonatas están listas. Daniela y yo hemos ensayado sin descanso. No te necesitamos. No te necesito...

—No vengo por eso.

—¿Entonces qué quieres y por qué te metes en mi casa sin pedir permiso? Siempre haces lo mismo: apareces y desapareces cuando se te da la gana —la tenía muy cerca, sus rodillas tocaban mis rodillas. ¡Qué hermosa era, Dios! Sus ojos eran un pozo del que no querría salir nadie...

—Nunca he entrado aquí, Fabián —se subió la prenda liviana, luego se sentó sobre mis piernas como una niña traviesa que quiere jugar, una adolescente que de pronto pide que la columpie en mis brazos, sobre mis rodillas. *Aserrín, aserrán, / los maderos de San Juan / piden queso, piden pan. / No les dan. / Les dan un hueso / y les retuercen el pescuezo...* Recordé, aterrado, el estribillo de mi infancia justo al darme cuenta de que no llevaba calzoncitos puestos. La luz de la lámpara me lo mostraba. De hecho, no llevaba nada bajo esa gasa fina, translúcida, sólo su piel dorada y su carne novísima... Su cabello caía sobre los hombros bronceados, sobre las clavículas bien alineadas. Vi su hermoso rostro casi pegado al mío: ella me miró profundamente y yo miré sus diabólicos ojos negrísimo. No podía resistir. Herminia era más fuerte que mi voluntad, más fuerte que yo mismo. Las hojas cayeron desparramándose en la alfombra. Me había rendido, imbele, al enemigo. Su carne apetitosa, sus labios rojísimos, su piel ardiente y satinada, todo era más inteligente que yo. Respondí a sus besos de inmediato (como la primera vez) y empecé a sudar. Besaba y mordía sus pechos

inexistentes, luego sus pezones, mientras ella me cogía la cabeza contra su seno omnipotente, como un bebé en lactancia o un ingenuo becerrito huérfano. No podía desprenderme de esas tetillas, pasaba de una a otra con fruición, con sed, con hambre. Mientras la lamía con vértigo, ella consiguió bajarme de un tirón el pantalón de la pijama, luego los calzones y en un santiamén había logrado introducir mi sexo duro dentro de su cuerpo. El reducto era estrecho, ¡Dios, qué sensación! ¿Y por qué ahora hacía su cuerpo hacia atrás, por qué despegaba sus blandos pezones de mi boca? Comprendí: la penetraba por el culo. Era eso. Herminia parecía gozarlo con mayor intensidad. Yo, en cambio, sentí que una fuerza inmarcesible, una especie de marea, me engullía. Junto con mi verga, también mi mente y mi esqueleto se hundían (cada vez) un poco más... Ella se columpiaba, se mecía cogiéndome del cuello. Sostener ese balanceo era hartamente difícil estando (como estaba) frente a mí, mirándome a los ojos, coordinando el ritmo, las pausas, indicándome (sin decir palabra) la forma correcta, la importancia de no eyacular, de seguir aguantando, de seguir dejando que su ano me tragara... pero yo ya no podía: el ritmo, el balanceo fue aumentando, supe que estaba a punto de venirme, imposible soportar un segundo más... hasta que, por fin, mi cuerpo sometido se deshizo entero dentro de su cuerpo y mi carne se hizo añicos. La gruta negra de su espíritu me había engullido y yo había dejado de existir.

No recordaba una ocasión parecida. Jamás con tal intensidad y arrebatos y paroxismo. Y mucho menos en esa posición.

¿Por qué habría querido que me la cogiera así, ella mirándome de frente, a horcajadas, columpiándose como una niña adolescente, tierna y malvada a la vez? Era una locura, pero había ocurrido, así lo había dictado (como siempre) su santa voluntad.

Habíamos consumado —por fin y para mi desgracia— lo que hacía una semana había empezado, lo que estuvo a punto de ocurrir en su casa de la calle Poussin y yo detuve en seco por espanto, por un pueril miedo de niño embrujado.

Era, no obstante, mi oportunidad para preguntar, para saber, por fin, la verdad antes de que nuevamente huyera de mi vida, antes de que la volviera a ver o no la viera nunca más:

—¿Vas a decirme quién mató a la adolescente del parque?

Se levantó de mis piernas, recogió su bata transparente y me respondió

muy tranquila, casi dócil y serena:

—Tú, Fabián.

—¿Qué dices?

—Piensa... Encontraste al chico; lo seguiste hasta el parque. Era casi medianoche... como ahora. No había absolutamente nadie.

—¿De qué carajos hablas?

—Piensa...

—Asesinaron a una chica; no a un chico.

—Eso te empeñas en creer. Lo seguiste porque querías jugar con él, Fabián. Sí, igual como he jugado yo contigo.

Me restregué los ojos. Su voz había cambiado: ahora era mucho más ronca y gutural, casi la voz de un borracho.

Acto seguido lo escuché decir como si nada, como si cualquier cosa, como se pide el precio de una lata de conservas en una tienda de abarrotes:

—En cualquier caso, no olvides dejar en la entrada los boletos para Cristina y para mí. Prometí llevarla, ¿recuerdas? —se detuvo y añadió como si nada—. De lo del chico, no te aflijas, Fabián. Nadie lo sabe. Será nuestro *segundo* secreto. Ahora hazme aserrín, aserrán...

Sólo entonces, hasta ese lúcido momento, pude verlo. Sólo hasta ese instante la luz de la lámpara de base apuntó, enérgica, a su rostro sin afeitar, a sus duros maxilares y a sus labios delgadísimos. Miré sus piernas otra vez: eran musculosas, morenas y peludas.

—¿Eres tú?

—¿Quién más, si no?

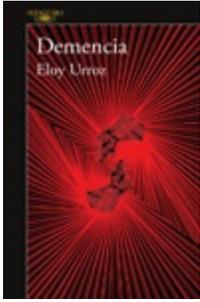
Escrutando, acaso, mi silencio, mi indescriptible pavor, añadió con plácida y macabra sonrisa:

—¿Terminaste, por fin, las páginas de mi novela?

Charleston, verano 2014

Madrid, verano 2015

«...no fuesen a asesinarme como a esa adolescente que mataron la semana pasada a cuchilladas»



Dos asesinatos. Tres amigos. Dos hermosas pianistas. Una ciudad enloquecida y una historia trepidante. Estos son los ingredientes con los que Urroz construye este salvaje *thriller* capitalino.

Novela negra y surrealista, *Demencia* es el relato alucinado del violinista Fabián Alfaro, quien tiene comprometido el jueves 27 de junio para tocar públicamente las tres sonatas Opus 30 de Beethoven. El tiempo apremia... Sin embargo, cada vez que intenta ensayar con Daniela, su acompañante al piano, aparece otra mujer: Herminia... mitad sueño, mitad bruja, posible media hermana de Daniela.

Pero ¿quién es esta mujer? ¿Acaso existe? ¿Por qué todo se despeña en la locura tras de su encuentro? ¿Qué imprecisa relación guarda Herminia con los dos asesinatos? ¿O es acaso su padre, “el hombre del bigotito ralo”, el verdadero imán que une y trastorna las vidas en *Demencia*?



Eloy Urroz (Nueva York, 1967). Es autor de las novelas *Las leyes que el amor elige* (1993), *Las Rémoras* (1996), *Herir tu fiera carne* (1997), *Las almas abatidas* (2000), *Un siglo tras de mí* (2004), *Fricción* (Alfaguara, 2008), *La familia interrumpida* (Alfaguara, 2011) y *La mujer del novelista* (Alfaguara, 2014). Es coautor de *Tres bosquejos del mal* (1994) y *Crack. Instrucciones de uso* (2004). Ha escrito los ensayos *Las formas de la inteligencia amorosa: D. H. Lawrence y James Joyce* (1999), *La silenciosa herejía: forma y contrautopía en las novelas de Jorge Volpi* (2000), *Siete ensayos capitales* (Taurus, 2004), *Êthos, forma, deseo entre España y México* (2007), *La trama incesante* (2015) y *El ensayo del arte* (2016). Ha publicado los libros de poesía *Ver de viento* (1988), *Sobre cómo apresar la vida de las estrellas* (1989), *Yo soy ella* (1998), *Poemas en exhibición* (2003) y *Yer blues* (2011), así como la crónica política *El águila, la serpiente y el tucán* (2000). Varias de sus novelas han sido traducidas al inglés, francés, italiano, alemán y portugués. Actualmente es profesor de literatura latinoamericana en The Citadel College, en Charleston, South Carolina.

Demencia

Primera edición digital: junio, 2016

D. R. © 2016, Eloy Urroz

D. R. © 2016, derechos de edición en lengua castellana
para todo el mundo excepto en España:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso, colonia Granada, delegación
Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

D. R. © Ana Paula Dávila, por la ilustración de cubierta

D. R. © Michel Berda, por fotografía del autor

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el
conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por
comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor
y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe
publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o
parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de
ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro
Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor,

<http://www.cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-314-599-2

Penguin
Random House
Grupo Editorial



/megustaleermexico



@megustaleermex

Conversión eBook: eGIANTS, Pre-Impresión y Edición Digital

Índice

Demencia

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos